Alfred Bekker

El comisario Marquanteur y el asesino de Saint Loup: Francia Thriller criminal

Alfred Bekker
El comisario Marquanteur y el asesino de Saint Loup: Francia Thriller criminal

Alfred Bekker

El comisario Marquanteur y el asesino de Saint Loup: Francia Thriller criminal

El comisario Marquanteur y el asesino de Saint Loup: Francia Thriller criminal

El comisario Marquanteur y el asesino de Saint Loup: Francia
Thriller criminal

por Alfred Bekker

Las mortales pruebas de valor para unirse a una banda aterrorizan Marsella. Se dispara a la gente al azar sin motivo y la policía busca a los autores y a quienes están detrás de los asesinatos. Pero entonces uno de los asesinatos es diferente a los demás, y el comisario Pierre Marquanteur y su colega Leroc temen una segunda serie de asesinatos.

Alfred Bekker es un conocido autor de novelas fantásticas, thrillers policíacos y libros juveniles. Además de sus grandes éxitos literarios, ha escrito numerosas novelas para series de suspense como Ren Dhark, Jerry Cotton, Cotton Reloaded, Kommissar X, John Sinclair y Jessica Bannister. También ha publicado bajo los nombres de Neal Chadwick, Jack Raymond, Jonas Herlin, Dave Branford, Chris Heller, Henry Rohmer, Conny Walden y Janet Farell.



1

Marsella ...

Christophe Latisse vio la luz al final del túnel de St-Loup, que conecta Saint Loup con Air-Bel. El túnel discurre por debajo del laberinto de carreteras y emerge de nuevo a la superficie en Air-Bel.

Latisse entrecerró los ojos mientras conducía hacia el final del túnel. La deslumbrante luz del día le cegó un poco.

Poco sabía que en ese mismo momento su rostro se haría visible en la mira de un arma de precisión.

¡El punto de mira justo en su frente!

Latisse respiró hondo, pensando en la cita que tenía ante sí en un bufete de abogados.

Conocía la ruta como la palma de su mano.

Sólo faltaban unos doscientos cincuenta metros para que el camino saliera a campo abierto.

Latisse levantó los ojos.

A la salida del túnel, continuamos por la avenida Florian.

Contra la brillante luz del sol de este frío y claro día, no podía ver al tipo del rifle que estaba allí de pie con él en su punto de mira.

Sólo habían pasado unos segundos desde que su BMW rebasó la salida del túnel de St-Loup.

Una bala destrozó el parabrisas y penetró en su frente. Un pequeño agujero redondo se formó ligeramente por encima de sus ojos. Un punto rojo que rápidamente se hizo más grande.

La fuerza del proyectil hizo que el cráneo de Latisse golpeara con una sacudida el reposacabezas, que no estaba bien ajustado. Su cuello ya estaba extrañamente contorsionado cuando el segundo disparo le atravesó la mandíbula y se alojó en el cojín del asiento trasero tras destrozar el reposacabezas.

El BMW se salió de su carril.

Las manos del muerto se apretaron alrededor del volante. Y su pie seguía presionando el acelerador.

El coche chocó contra una furgoneta de reparto, que intentó frenar y derrapó. Un coupé deportivo lo persiguió por el lateral hasta el compartimento de carga.

La sábana se dobló como si fuera de cartón.

Los neumáticos chirriaron.

Con un estruendo, le siguieron otros vehículos. Un camión articulado consiguió apartarse del camino, obligando a un turismo a salirse de la carretera y provocando que ambos quedaran atrapados en las barreras de contención un momento después.

Mientras tanto, el BMW continuaba la persecución a una velocidad que no disminuía.

Como un proyectil.

Un cadáver al volante.

Por supuesto, allí ya no pudo tomar la curva de la autopista.

El coche chocó frontalmente contra una barrera de hormigón.

La sección del motor del BMW se plegó en segundos como si estuviera hecha de papel de periódico. El coche se detuvo con un tremendo estruendo.

Una figura se alzaba sobre la carretera, observando con calma lo que ocurría. El asesino hizo una mueca.

Guardó el fusil de precisión en una funda. Luego metió la mano

en el bolsillo interior de su desgastada chaqueta de cuero y sacó un bote de spray de pintura negra.

Con movimientos rápidos y seguros, roció hábilmente las letras sobre el asfalto.

ANGES TUEURS estaba escrito allí al momento siguiente en letras grandes y dentadas.

Y un poco más abajo: ¡ESTAMOS EN TODAS PARTES!

Un Renault se detuvo al borde de la calzada.

El asesino dio unos pasos rápidos hacia el coche y se subió. El Renault se alejó chirriando los neumáticos y desapareció en el atasco instantes después.

"¿Va todo bien?", preguntó el conductor.

El asesino respiró hondo.

"Creo que sí", dijo.

"Ahora tomaremos la siguiente salida y volveremos a Air-Bel".

"¿Por qué?"

"Porque saqué el coche de allí. Lo vuelvo a poner exactamente donde estaba".

"El propietario estará encantado".

"Si alguien ha estado vigilando el coche y la policía aparece en casa del tipo, probablemente ya no". Siguió una risita loca. El conductor parecía muy divertido con esta idea.

El asesino, en cambio, se limitó a encogerse de hombros.

2

Cuando François y yo llegamos a la salida del túnel de St-Loup, se estaba desatando el infierno. Mi amigo y colega François Leroc estaba al volante de un Mercedes que había puesto a nuestra disposición el parque móvil de FoPoCri Marsella. Era una gran limusina.

François los aparcó al borde de la carretera. La salida del túnel de St-Loup había sido cerrada en ambas direcciones. Y sin duda seguiría así unas horas más.

Salimos del coche.

Me subí el cuello del abrigo. Soplaba un fuerte viento de la costa.

Numerosos vehículos de emergencia de la policía, de la policía de autopistas y de los bomberos se agolpaban en el asfalto. También había varios equipos médicos de rescate y agentes de la brigada de homicidios, el servicio centralizado de identificación de los distintos departamentos de policía de la ciudad de Marsella, al que también recurrió con frecuencia nuestra oficina.

"Tiene una pinta terrible", murmuró François con el ceño fruncido.

Me limité a asentir.

Mostramos nuestras placas a un policía uniformado.

El oficial asintió secamente.

"Mala cosa", dijo.

"¿Otro ataque de esa banda llamada los ANGES TUEURS?", pregunté. No nos habían dicho gran cosa. La noticia nos había llegado justo después de entrar en nuestro despacho del presidium. Nos habíamos marchado inmediatamente.

"Ya era hora de que esta banda de terroristas fuera finalmente limpiada, si me lo pregunta", dijo el oficial. "¡Mire lo que han hecho aquí!" Señaló en la dirección del caos resultante y luego en la dirección opuesta. "El tipo estaba allí de pie y apretó el gatillo. Al azar, contra algún coche. Sólo para demostrar su valía o porque no le gustaban los BMW". El agente respiró hondo.

Como patrullero, estaba ciertamente acostumbrado a mucho. No

era un trabajo para pusilánimes.

Pero esto le afectó visiblemente.

"Puedo entender si alguien quiere ser rico y roba en una empresa de transporte de fondos porque cree que es su gran oportunidad. También puedo entender que alguien mate a alguien en una pelea porque se le acaba de fundir un fusible. Dios mío, pero esto..." Sacudió la cabeza. "Es completamente inútil". Sólo pude estar de acuerdo con él. Asentí con la cabeza. Dijo: "Espero que el tipo reciba su merecido".

"Yo también lo espero", le contesté.

Miré una furgoneta que parecía un ataúd de metal aplastado. Unos hombres estaban ocupados cortando a alguien del montón de chatarra. Había un charco de sangre sobre el frío asfalto. Ya se había secado.

Una tragedia, pensé. Comprendía perfectamente el enfado del policía.

"Cinco muertos", me murmuró. "Y aún no está claro si alguno de los heridos sobrevivirá".

El comisario Louis Dubois, jefe de la brigada de homicidios del centro de Marsella, se acercó a nosotros. Su walkie-talkie sobresalía del bolsillo de su abrigo. Llevaba el pelo despeinado y desde luego no había desayunado. Su rostro parecía gris.

"Hola, Pierre", me saludó secamente. Le conocía de varias misiones. Saludó a François con un movimiento de cabeza. "Los forenses estarán ocupados todavía un tiempo, pero parece una de esas malditas pruebas de valor que los ANGES TUEURS utilizan para dar la bienvenida a sus nuevos miembros". Señaló el montón de metal que antes de este ataque había sido un BMW. Algunos miembros del equipo forense se pusieron entonces a trabajar en el coche.

"¿Saben ya quién era la víctima?", pregunté.

"No. Primero tenemos que cortar minuciosamente el cuerpo del BMW. Tampoco creo que eso le ayude. La víctima fue elegida completamente al azar. El tipo estaba parado allí en lo alto de la carretera y eligió uno de los vehículos que acababa de salir del túnel de St-Loup".

Asentí con la cabeza.

Probablemente se encontrarían más detalles en los informes. Tanto en el informe del forense como en lo que averiguaran los expertos en balística. Seguimos al comisario Dubois hasta el BMW.

¡Un espectáculo terrible!

Tomé nota del número. Que el diablo sepa para qué lo necesitaría.

Dubois respiró hondo y luego dijo sombríamente: "La última vez que estuve aquí fue hace quince días. Casi exactamente en el mismo lugar y por la misma razón".

"Lo sé", le dije.

"¡Es difícil de creer! Estos hermanos se han vuelto realmente descarados. Dos veces seguidas en el mismo lugar!" Se encogió de anchos hombros. "Quizá fue un acto de especial valentía", dijo con un matiz cáustico.

"Estamos haciendo todo lo posible para atrapar a los autores", explicó François. "Pero después de todo, no podemos ir a Pointe-Rouge y detener a todas las personas que lleven extrañas chaquetas de cuero".

"Eso no debería ser una acusación", respondió el comisario Dubois. "Pero cuando uno ve algo así, puede enfadarse". Señaló el lugar donde había estado de pie el tirador. "Supongo que aún querrá ver desde dónde se efectuó el disparo".

"Sí", asentí.

"El autor no puede haber tenido mala puntería", se dio cuenta entonces Dubois.

"¿Qué le hace pensar eso?", dijo François. "¡Un BMW como ese no es un objetivo pequeño!"

"No, pero móvil. El tirador sólo tuvo unos segundos para golpear el coche antes de que hubiera pasado zumbando. Dónde golpeó el BMW es casi irrelevante. Incluso si es sólo un neumático, el desastre es inevitable. Más o menos, de todos modos".

"¿Nos llevamos el coche?", preguntó François.

El comisario Dubois asintió.

"Mi colega viaja actualmente con el mío".

Subimos al Mercedes. Esta vez yo iba al volante. Pasamos junto a un subterráneo y luego tuvimos que tomar una curva para llegar finalmente a la avenida Florian, que discurría en dirección contraria. Era difícil no ver el lugar donde el asesino había estado acechando a su víctima, ya que allí también había muchos vehículos policiales.

Se cerró un carril.

Nos detuvimos a un lado de la carretera y nos bajamos.

Un poco más tarde, los tres estábamos de pie en el lugar exacto desde el que el autor había tenido su maravillosa vista. Justo a la salida del túnel de St-Loup.

Dubois dijo: "Parece que el asesino golpeó al conductor del BMW. Eso significa que debió de golpearle bastante poco después de que el coche saliera del túnel. De lo contrario, el ángulo habría sido

demasiado desfavorable".

Miré la escritura que se había esparcido por el suelo.

"Las letras de ANGES TUEURS están bien hechas", dijo François.

"Me gustaría tener lo antes posible las copias de las fotos que, con suerte, tomó el equipo forense".

"Untar", dijo Lothar Dubois con ligereza.

"Espere y verá", respondí. Cada pequeña cosa podía significar la pista decisiva al final.

Uno de los policías se acercó ahora y se dirigió a Dubois.

"Sr. Dubois, tengo al jefe de policía al teléfono".

Dubois asintió.

"Ya voy", dijo y siguió al agente hasta su coche patrulla.

François le miró un momento.

"Parece que la gente también se está poniendo nerviosa en los pisos superiores, Pierre".

"¿Le sorprende?"

"En realidad no", respondió François. "Después de todo, estos ANGES TUEURS se están extendiendo por Pointe-Rouge como una epidemia, manzana a manzana, calle a calle. Recuerda a la guerra de guerrillas".

Intercambiamos una rápida mirada.

Sí, fue una guerra emprendida por los ANGES TUEURS.

Una guerra contra la policía, los ciudadanos, las bandas hostiles y todos los traficantes de crack del distrito que no tuvieran la desfachatez de darles al menos la mitad de sus beneficios.

Pointe-Rouge y partes del distrito 10 eran los lugares de Marsella donde reinaba la droga. Las bandas que dominaban algunas calles no eran nada inusual. Y el hecho de que dichas bandas estiraran el dedo por cualquier cosa que les prometiera beneficios también estaba, por desgracia, a la orden del día.

Aún se podía ganar más como traficante de drogas en Pointe-Rouge que en cualquiera de los trabajos que había aquí. Mucho más.

Pero los ANGES TUEURS no eran una banda cualquiera. Ni una de las muchas bandas, algunas de las cuales operaban muy abiertamente y se aseguraban de que en ciertas calles la policía sólo se atreviera a salir de sus coches con una escopeta de bombeo en ristre.

Pero los ANGES TUEURS eran algo especial en todos los aspectos. Mejor equipados, mejor armados y mejor organizados que todos los demás que los conducían carretera tras carretera.

Por supuesto, teníamos a nuestros informadores in situ. Así que sabíamos al menos las líneas generales de lo que estaba ocurriendo. Todos los hallazgos apuntaban en una dirección muy concreta.

Los ANGES TUEURS trabajaban probablemente para alguien que quería hacerse con el control del tráfico de crack llevando a cabo una campaña extremadamente sangrienta contra la competencia.

Alguien con mucho dinero - mucho dinero.

No teníamos ni idea de quiénes eran. Probablemente la mayoría de los traficantes de crack y los rangos inferiores de los ANGES TUEURS tampoco lo sabían. Quizá incluso los líderes sólo conocían a algunos de los intermediarios.

De este modo, este desconocido en segundo plano se mantuvo completamente fuera de la línea de fuego. Y los ANGES no sólo hicieron el trabajo sucio por él, sino que asumieron todo el riesgo.

Volví la vista hacia la entrada del túnel de St-Loup, que se había convertido en una trampa mortal para el hasta entonces desconocido conductor del BMW.

Por trágico que fuera este suceso, en el fondo no fue más que una nota a pie de página en una cruel guerra contra las drogas con la que el hombre al volante del BMW ciertamente no tuvo nada que ver.

François se puso a mi lado.

"¿En qué estás pensando?", preguntó. "Algo zumba en tu cabeza".

Sonreí con desgana. "¿Eres telépata?"

"No, pero te conozco desde hace tiempo, Pierre".

"Se queda un poco corto, ¿eh?"

"Quizá un poco".

Hubo una pausa. Volví a repasar todo en mi mente. François lo había reconocido correctamente. Efectivamente, había algo que me preocupaba.

"No es el primer ataque de este tipo de los ANGES TUEURS", dije con cautela. "Pero hasta ahora nunca han atacado dos veces seguidas en el mismo lugar".

François levantó las cejas.

"Entonces, ¿qué opinas de eso, Pierre?"

Me encogí de hombros.

"Nada", le dije. "Sólo me di cuenta y me pregunté si podría haber alguna razón sensata para ello".

François hizo un gesto despectivo con la mano.

"¿Una razón razonable?", me citó. Sacudió la cabeza enérgicamente. "Lo siento, Pierre, pero eso suena un poco extraño en este contexto".

Eric-Pascal Bouvier se asomó a la ventana de la casa, bastante destartalada, y apartó la cortina. Comprobó brevemente el ajuste del enorme revólver Magnum que llevaba a la espalda en la cintura.

Su hermano Jean-Jules, mientras tanto, se retorcía en uno de los sillones de cuero, bastante desgastado, intentando desesperadamente abrir una lata de cerveza después de haber sido lo bastante torpe como para romper el tirador. Jean-Jules maldijo obscenamente mientras ensuciaba sus vaqueros. Sostenía la lata sobre la mesa baja de cristal, en la que se veían restos de polvo blanco.

Polvo de hornear.

Se podía hervir junto con la cocaína para hacer crack. Era un buen negocio porque los consumidores no tenían forma de comprobar después el contenido del polvo de hornear.

Y a menudo la cocaína ya había sido adulterada.

El crack era cosa del diablo. Mucho más barato que la heroína y la cocaína, pero igual de adictivo. La droga de los pequeños que no podían permitirse cocaína pura.

"¿Qué hay que ver?", preguntó Jean-Jules, volviéndose hacia su hermano después de haberse bebido la mitad de la lata.

Eric-Pascal entrecerró los ojos.

"Nuestro cliente", dijo.

"Está bien. El negocio ha ido bastante lento hoy".

Eric-Pascal observó un Ford parado al borde de la carretera. Se apeó un hombre. Era de mediana edad, tenía barriga y apenas le quedaba pelo en la cabeza. Se subió el cuello del abrigo y miró nervioso a su alrededor.

"¿De qué tipo es?", preguntó Jean-Jules.

"Nunca había estado aquí", respondió Eric-Pascal. "En mi opinión: pequeño empleado que no soporta el estrés. Vive en Le Blanc. Un cobarde, según su voz telefónica".

Jean-Jules se rió a carcajadas.

"Juicio severo", dijo.

"Rara vez me equivoco".

"¡No te lo imagines!"

Eric-Pascal observaba ahora cómo el cliente se acercaba a la puerta principal.

Dio largas zancadas por el pequeño trozo de césped cubierto de maleza que en realidad había sido una vez un jardín delantero. Volvió a mirar a su alrededor. El nerviosismo se reflejaba en su rostro. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre. Luego se agachó e introdujo el sobre en el buzón.

"Iré a la puerta y contaré", dijo Jean-Jules.

Mientras tanto, Eric-Pascal observaba al cliente.

Caminó de nuevo hacia el coche. Tras darse la vuelta de nuevo, se dirigió a uno de los cubos de basura desbordados. Lo abrió y sacó un periódico. Un ejemplar del Journal de Marseille . Lo abrió, sacó algo, que guardó inmediatamente en el bolsillo de su abrigo y luego subió a su coche.

Mientras tanto, Jean-Jules gritó desde el pasillo que conducía a la puerta: "¡El dinero está bien!".

"De acuerdo".

En el otro caso, Eric-Pascal podría haber detenido al cliente con un disparo certero en el neumático.

Pero eso nunca ocurrió realmente. El riesgo de que los clientes fueran engañados era bajo porque sabían lo que les podía pasar si el comerciante se apoderaba de ellos.

Pero así se minimizaba el riesgo de ser condenado. De vez en cuando, la brigada antidroga o los departamentos de policía competentes hacían redadas en esas casas de crack y detenían a los traficantes. Pero si la policía no era muy diligente, no salía nada útil en los tribunales. Al fin y al cabo, cualquiera podía haber tirado la droga a la basura. Y el cliente podría haberse limitado a ir a la puerta principal para ver si estaba en la dirección correcta.

Se necesitaban abogados hábiles, pero con algún pequeño cambio

no había problema.

Jean-Jules regresó al salón. Colocó el sobre sobre la mesa.

Eric-Pascal respiró hondo. Parecía casi aliviado.

"¿Qué ocurre?", preguntó Jean-Jules.

"Tenía un mal presentimiento", dijo Eric-Pascal.

"¿Por qué?"

"Siempre hay que tener cuidado con los nuevos clientes. Siempre puede ser un poli".

"Somos cuidadosos", dijo Jean-Jules. Y eso significaba, en concreto, que no había ni un solo gramo de crack o cocaína en toda la casa.

Ahora no.

"No temo especialmente a la policía", dijo Eric-Pascal. "Están obligados por la ley. Me preocupan más los que hacen su propia ley".

El sonido de un motor hizo que Eric-Pascal se incorporara y prestara atención. Miró por la ventana pero aún no veía nada. Entonces vio unas motos corriendo por la carretera. No prestaban atención a nadie, simplemente asumían que tenían preferencia de paso. Eran motos pintadas de negro con emblemas marciales pintados con aerógrafo. Aquí y allá, podían leerse las palabras ANGES TUEURS en letras mayúsculas dentadas.

Los cascos también eran negros, las viseras bajadas y provistas de cristales tintados para que no se viera ni la más mínima parte del rostro de los conductores.

Estos cascos tenían una cruz blanca en la frente.

"Espero que no quieran unirse a nosotros", dijo Eric-Pascal.

Su hermano ya había desaparecido por una puerta hacia una habitación contigua y había regresado con un rifle de acción de bombeo.

Jean-Jules había captado la situación de inmediato.

"Por supuesto que esos bastardos quieren unirse a nosotros", siseó

entre sus labios. "¡Quieren la guerra, ya lo creo! Que la tengan".

Eric-Pascal no había desenfundado el revólver Magnum. En su lugar, hizo un gesto con la mano para que su hermano se detuviera en seco.

"¡Tranquilo, Jean-Jules! Si no tenemos cuidado ahora, nuestras cabelleras estarán colgadas en estas sillas de fuego como trofeos".

"Malditos gilipollas", siseó Jean-Jules entre labios finos. Cargó la escopeta de bombeo con un movimiento enérgico.

Eric-Pascal se quedó en la ventana y miró hacia fuera. Observó a los motoristas. Contó al menos una docena. ¡Y montaban como una escolta!

Tres o cuatro limusinas pasaron entonces rugiendo. Todos coches de clase de lujo. Mercedes o BMW. Ningún Toyota u Honda, y desde luego ningún coche coreano.

A los ANGES TUEURS no les gustaban los asiáticos, eso lo sabía todo el mundo. Por eso también detestaban los coches asiáticos. Esto sólo era una ventaja para los propietarios, porque por supuesto ninguno de estos vehículos había sido comprado nunca.

Si necesitaban un buen trineo, uno de ellos simplemente conducía hasta el centro de Marsella u otro barrio y conseguía uno.

Entrega gratuita para la auto-recolección, solían llamarlo cínicamente.

Eric-Pascal empezó a sudar.

El hecho de que la banda hubiera llegado con todo un ejército no podía significar nada bueno. Se le ocurrió por un momento que tal vez hubiera sido mejor abandonar la zona cuando aparecieron aquellas figuras vestidas de cuero negro.

Los motoristas tomaron posiciones.

Desenfundaron sus armas.

Pistolas automáticas, ametralladoras Uzi y, sobre todo, pistolas de bombeo, que habían arrebatado a las patrullas de policía. Era una mezcla variopinta. Una fuerza temible que parecía estar bien equipada.

Algunos se quitaron los cascos. Y ahora se podía ver lo jóvenes que eran. La media de edad difícilmente podía superar los veinte años. Sólo los líderes eran bastante mayores. Quizás hasta treinta años. Las puertas de las limusinas se abrieron. Hombres armados tomaron posiciones por todas partes.

"No tenemos ninguna posibilidad", dijo Eric-Pascal Bouvier. "Ni siquiera podemos escapar".

"Me pregunto quién los habrá enviado", gruñó Jean-Jules.

"No nos importa. No podemos competir con ellos de ninguna manera".

"Reuniré a algunas personas", dijo Jean-Jules. El sudor del miedo ya estaba en su frente. Le brillaban los ojos. Cogió el teléfono. Luego volvió a colgar el auricular.

"Muerto", dijo sin voz.

Al momento siguiente, estalló el infierno.

Decenas de armas dispararon sin cesar.

Los discos se rompieron. Eric-Pascal se lanzó a cubierto. Jean-Jules corrió hacia la ventana. Quería devolverle los disparos, pero no podía librarse de más de una carga de plomo sin puntería. Entonces tuvo que agachar la cabeza lo más rápidamente posible.

Se oían pasos.

Venían de todas partes.

Algo atravesó el parabrisas.

Una granada de mano.

Fue lo último que vio Eric-Pascal. Entonces se produjo una enorme detonación. Eric-Pascal quedó completamente destrozado. Incluso los especialistas tendrían más tarde dificultades para identificarle.

Jean-Jules se lanzó de lado justo antes de que estallara la granada. Se dobló mientras el ruido ensordecedor de la explosión llenaba la habitación. Al momento siguiente sintió un dolor infernal en la espalda. Una astilla debía de haberle alcanzado allí. El dolor se extendió por todo su cuerpo. Sus manos seguían aferrando la escopeta

de bombeo. Sentía el sabor de la sangre en la boca. Intentó darse la vuelta en el suelo. Le dolía muchísimo.

Un sonido metálico escapó de sus labios.

Oyó un golpe, como si se rompiera madera. Alguien derribó la puerta principal.

Luego, pasos en el pasillo.

Jean-Jules Bouvier levantó la vista y vio sobre él una figura esbelta y altísima vestida de cuero negro. El rostro era pálido, los ojos marrón oscuro. La barbilla sobresalía ligeramente. Una sonrisa cínica jugueteaba alrededor de los finos labios. Sostenía una automática en la mano derecha.

Este hombre tenía unos treinta años. Estaba flanqueado por dos hombres más jóvenes, uno de ellos armado con un fusil de asalto y el otro con una automática.

Jean-Jules reconoció al hombre de rostro pálido y cabello oscuro, que en aquel momento le pareció la encarnación de la muerte misma. Le había visto brevemente en una ocasión.

Era Tueur-Cédric. (Asesino Cedric)

Se le conocía por este nombre en Pointe-Rouge. Aquí nadie conocía su verdadero nombre. Era despiadado y frío como el hielo. Y sus jóvenes seguidores le admiraban con admiración. Era su modelo a seguir. Y un día, quizás uno de estos jóvenes le atravesaría el cráneo con una bala para colocarse en la cima.

Pero aún no estaban preparados.

Tueur-Cédric se agachó. A diferencia de sus hombres, no llevaba guantes. Los símbolos marciales que llevaba tatuados en el dorso de las manos eran claramente visibles.

Hubo un destello en sus ojos.

"¡Deberías haberme escuchado, Bouvier!"

Jean-Jules Bouvier respondió con un traqueteo.

Quería sacar la pistola de bombeo y disparar una carga completa de plomo a la cara cínica de este pálido ángel de la muerte. Pero sus manos y brazos ya no obedecían al traficante de crack.

Jugado, pensó. *Acabado.*

Cédric rió con dureza.

"Espero que el mayor número posible de vecinos se entere de la miserable forma en que moriste, Bouvier. Y tal vez entonces se den cuenta por fin de lo que le pasa a cualquiera que no entienda a quién se le permite traficar con crack en esta zona y a quién no. Tal vez salves algunas vidas más de esa manera, Bouvier. ¿Te gusta la idea?"

Tueur-Cédric cogió su automática y la colocó contra el cráneo de Jean-Jules Bouvier. Jean-Jules cerró los ojos.

Pero entonces Cédric decidió lo contrario.

Se volvió hacia el joven que estaba a su izquierda.

"¡Hazlo tú, Fabrice!"

"¿Yo?"

"¿Lo tienes con las orejas?"

"Pero..."

"¡Eso del túnel de St-Loup fue sólo un truco! ¡Ahora puedes demostrar que eres uno de los nuestros, Fabrice! ¡Adelante, entonces! ¡Mátalo y míralo a los ojos!"

Fabrice tragó saliva.

Tueur-Cédric se hizo a un lado.

Fabrice levantó su automática, apuntó y apretó el gatillo. Disparó casi la mitad del contenido del cargador.

Era primera hora de la tarde cuando François y yo nos dirigíamos a encontrarnos con Paul Claviére. Claviére era uno de nuestros informadores. Era uno de los pocos hombres de negocios que había conseguido sobrevivir en Pointe-Rouge hasta hoy. Era propietario de una tienda y un bistró. También tenía un quiosco de prensa. Durante décadas, había pagado dinero por protección a la banda dominante. Ahora seguía pagando, pero como su mujer había muerto de rebote en un tiroteo entre bandas juveniles rivales, no le importaba.

Nunca se había capturado a los autores. Y probablemente nunca serían llevados ante la justicia.

Es posible que ya no estuvieran vivos, pero que hubieran muerto en un conflicto armado sin haber tenido nunca un trabajo normal.

En cualquier caso, Claviére estaba dispuesto a correr un cierto riesgo. Porque si salía a la luz que estaba cooperando con el FoPoCri, entonces era hombre muerto. Eso era tan seguro como el Amén en la iglesia.

Nuestro punto de encuentro era un café un poco más alejado de Pointe-Rouge. Y un lugar donde era extremadamente improbable encontrar a un miembro de ANGES TUEURS.

"Si Claviére se arriesga a reunirse con nosotros, debe tener algo que ofrecer", se convenció François.

Me encogí de hombros.

"Siempre ocurre lo mismo. Los grandes animales se escudan de tal forma que es difícil acercarse a ellos".

"Los atraparemos, Pierre".

"¡Optimista!"

Aparcamos el coche a un lado de la carretera. Caminamos los últimos metros hasta el café de Antonio, donde habíamos quedado con Claviére.

Era un lugar pequeño y acogedor. Tal y como uno se imagina un café italiano en un libro ilustrado o en una guía de viajes.

Entramos.

Paul Claviére estaba sentado acurrucado en un rincón bebiendo un espresso. Era un hombre pequeño y delgado de unos cincuenta años, con ojos marrones de cachorro y mejillas caídas. Estaba demacrado y su piel arrugada y gris ceniza le hacía parecer más viejo de lo que era.

"¿Sr. Claviére?", le dije.

Claviére levantó la vista.

Le enseñamos nuestros carnés de identidad. Los comprobó cuidadosamente. Luego respiró hondo.

"Pensé que su colega Kronbourg ..."

"Actualmente está en un curso de formación", le dije. "Pero puede dar por hecho que disponemos de la misma información que nuestro colega Kronbourg".

"Bien", dijo, estirándose un poco. "Si usted lo dice, Monsieur Marquanteur". Se inclinó un poco hacia delante. "Siempre estoy bien informado. Mucha gente de nuestro barrio nunca hablaría con la policía porque están demasiado asustados. Pero hablan conmigo ". Había algo conspirativo en su tono.

"¿Qué tiene que ofrecer?", le pregunté.

"Una foto", susurró en voz baja.

"¡Déjame ver!"

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de cuadros pequeños y sacó una foto Polaroid. La calidad no era muy buena. Mostraba a un par de hombres vestidos de cuero negro. Al fondo había un Corvette azul cielo que parecía recién robado a un proxeneta en una calle en rojo.

La imitación de buen gusto de un cuerno de ganado en el capó probablemente acabaría como trofeo en una Harley.

François y yo miramos la foto uno tras otro. Ni él ni yo nos dimos cuenta inmediatamente de lo explosiva que obviamente era.

"¿Ve al hombre del pelo oscuro? Parece un poco mayor que los otros".

"Sí", asentí.

"Se supone que es este misterioso Cédric - el líder de los ANGES TUEURS".

"Tueur-Cédric", dijo François.

"Exactamente", confirmó Claviére.

Circulaban algunos rumores sobre quién era el tal Cédric. Pero el hecho era que se había escudado excelentemente hasta ahora. No había ninguna foto suya, sólo algunas descripciones vagas, que además eran contradictorias.

Volví a mirar la foto.

La calidad de la imagen era mala. Pero quizás nuestro personal de oficina podría hacer algo sensato con ella. Rasterizarla, ampliarla, procesarla electrónicamente. Y si luego la comparaban con las innumerables imágenes de nuestras bases de datos y archivos, tal vez dieran con alguien conocido.

¡Si tuviéramos suerte!

"Me recuerda un poco al joven Alain Delon", murmuré pensativo. "¿Quién hizo la foto?"

"No tengo ni idea. Me lo filtró alguien que tiene los contactos pertinentes y siempre ha sido muy digno de confianza".

"¿Y qué más?", preguntó François. "¿De qué habla la gente?"

Claviére se encogió de hombros.

"No mucho. Todo el mundo está muy callado, y si me pregunta, eso no presagia nada bueno".

"Parece que hay una verdadera oleada de ANGES TUEURS uniéndose en este momento", me di cuenta. "Al menos si nos atenemos al número de estas supuestas pruebas de valor".

Claviére me tendió su escuálido dedo índice como si fuera la hoja de una navaja plegable.

"Señor Marquanteur, si usted hubiera crecido allí y se hubiera dado cuenta de que sus compañeros conducen coches estupendos, llevan ropa chula y tienen los bolsillos llenos de dinero sin haber trabajado nunca para ello, entonces usted también querría formar parte de ello. Ofrecen a los niños exactamente lo que quieren y lo que

la mayoría de ellos probablemente nunca conseguirían de otra forma: sin una educación escolar completa."

No le respondí nada.

Antonio, el dueño del café, se acercó. Los ojos de Clavière parpadearon nerviosos. François pidió un café, yo un expreso. Antonio nos escrutó un momento antes de marcharse.

Cuando se fue, me incliné un poco hacia delante.

"Creemos que los ANGES TUEURS están siendo utilizados por alguien. Alguien que permanece en segundo plano y mueve los hilos".

"Eso sería posible".

"¿Tiene alguna idea de quién puede ser?"

"Si averiguo algo, se lo haré saber, Sr. Marquanteur".

"¡Hazlo!"

Miró su reloj. Luego dijo de repente: "Llevo aquí sentado demasiado tiempo. Supongo que el Estado pagará mi cuenta aquí".

Asentí con la cabeza.

"Está bien".

Se puso en pie. Intercambié una rápida mirada con él antes de que cogiera su abrigo y saliera de la habitación con un adiós apretado entre los labios.

"¿Qué piensa de él?", inquirió François.

Antonio vino y nos sirvió lo que habíamos pedido.

Me encogí de hombros.

"No lo sé".

"No tengo ni idea. ¿Por qué, Pierre? Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que intenta darse importancia".

Sin mediar palabra, guardé la Polaroid en mi bolsillo interior.

Mi espresso aún estaba demasiado caliente para tomarlo.

Entonces sonó en el bolsillo de mi abrigo. Era mi teléfono móvil. Saqué el teléfono, lo abrí y me lo llevé a la oreja.

Era el centro de control.

Había habido una verdadera ejecución en Pointe-Rouge.

Los ANGES TUEURS habían hecho un corto trabajo a dos traficantes de crack que obviamente no querían bailar a su son.

No estaría de más pasarse por allí.

Es difícil decir cuál era la dirección correcta de la casa de crack. Algún bromista especialmente listo había quitado recientemente todas las señales de las calles de la zona y las había vuelto a poner en un orden diferente. No le hizo gracia a nadie. Pero, de nuevo, o te sabías mover por este barrio o le dabas mil vueltas a Pointe-Rouge.

No hicimos ningún giro.

Era una escena del crimen como muchas otras. Quizá el número de agentes uniformados era un poco mayor y su armamento un poco más pesado. Los agentes con chalecos antibalas tomaron posiciones y aseguraron el perímetro. Nunca se sabía.

Un agente de policía nos explicó el estado de la investigación.

Las víctimas eran Eric-Pascal y Jean-Jules Bouvier. Habían sido traficantes de crack y, al parecer, se habían negado a cumplir las órdenes de los ANGES TUEURS.

En cualquier caso, había muchos indicios de que estaban detrás de esta ejecución. Después de todo, estábamos en medio de lo que ellos llamaban su territorio.

"Todo acabará como el tiroteo de Hornberg", dijo el policía, no sin ira en su voz. "Mi gente está yendo de casa en casa e interrogando a los testigos. Pero, ¿cree que alguno de ellos abrirá la boca?".

"No obstante, debemos proceder con el máximo cuidado", dije. "Aunque al principio no parezca que vaya a salir nada... Cualquier pequeña cosa puede ayudarnos al final".

Algunos grupos de curiosos del barrio se mantuvieron a una distancia prudencial y observaron las actividades policiales.

Un joven me llamó la atención. Tenía el pelo oscuro y bigote. Tenía un anillo en la oreja derecha que brillaba bajo el frío sol invernal. Su rostro parecía pensativo.

Contempló embelesado los dos ataúdes metálicos con los que se llevaban los cadáveres.

"¿Qué pasa, Pierre?", oí la voz de François.

No contesté.

En el mismo momento, el joven se dio la vuelta de un tirón y echó a correr. Salió a toda velocidad antes de detenerse al cabo de unas decenas de metros. Respiró hondo y se secó la cara con gesto agitado.

Me pregunté qué le pasaba al chico.

¿Qué había provocado en él la visión de los ataúdes metálicos?

Hice caso a mi instinto y seguí al hombre.

"¿Adónde vas, Pierre?"

"Un momento".

No podría haberlo explicado. Ni siquiera François.

Pronto alcancé al joven. Sentí los ojos de los curiosos sobre mí. Miradas suspicaces.

El joven se quedó de pie, perdido en sus pensamientos. Un surco profundo se había formado en el centro de su frente. Entonces giró la cabeza en mi dirección con un movimiento brusco.

Intercambiamos una mirada.

Podía ver claramente en sus ojos la idea de escapar.

"¿Qué quieres?", preguntó.

Busqué mi identificación y recé mi conjuro.

"¡Pierre Marquanteur, FoPoCri!"

Un músculo se crispó inquieto en su cara. Me tendió las manos.

"Sé que tengo derecho a guardar silencio..."

"¡Déjate de tonterías!", le contesté.

Hizo una mueca.

"¿Han cambiado de línea los policías? Es curioso, los últimos con los que traté aún no estaban al día".

"Sólo tengo unas preguntas", le dije.

Sonrió.

"Ah, ahora estáis haciendo el baboso y fingiendo ser trabajadores sociales. Y ya tenéis las esposas colgando del cinturón listas para entregar".

"Crees que sabes moverte", le contesté.

"¡Por supuesto!"

François, mientras tanto, me había seguido. Estaba de pie junto a mí.

Al joven del pendiente no parecía gustarle. No me gustaba el parpadeo inquieto de sus ojos. Tampoco el hecho de que casi todos los músculos de su cuerpo estuvieran tensos.

"¿Cómo te llamas?", le pregunté.

Parecía congelado. Y entonces hizo algo estúpido.

De repente metió la mano bajo su chaqueta de cuero. En un instante, sacó algo. En el mismo momento, François y yo habíamos desenfundado nuestras pistolas.

El joven sonrió.

No tenía un arma en la mano, sino un permiso de conducir. Nos lo tiró.

Lo recogí.

"Lo que hizo allí puso en peligro su vida", se dio cuenta François.

"Sin una cierta dosis de riesgo, uno no siente que esté realmente vivo", respondió el joven.

Miré su permiso de conducir. Se llamaba Fabrice Subiere. Daba una dirección en el este de La Villette, que probablemente ya no era correcta.

Subiere abrió la chaqueta de cuero.

"Estoy desarmado", explicó.

"¿Por qué hace esto?", le pregunté.

"¡Quería ver lo rápido que eres, poli!"

"¡No digas tonterías como esa!"

"¿No le gusta la respuesta? Entonces dése una mejor".

Di un paso hacia él. Volví a meter la pistola en la funda del cinturón. Le devolví su permiso de conducir.

"¿Satisfecho?", preguntó.

No dejé que su tono agresivo me irritara.

"Dos hombres fueron asesinados a tiros en esa casa".

"¿Y qué?"

"Lleva usted bastante tiempo aquí parado para no interesarse en absoluto por esto. ¿Conocía a las víctimas?"

"Conozco a mucha gente".

"¿Eric-Pascal y Jean-Jules Bouvier también?"

Se encogió de hombros. Evitó mi mirada. Su tono despectivo se desvaneció. Luego, un poco más apagado, dijo: "Eran traficantes de crack. Parece que alguien les quitó el trabajo a ustedes, los policías".

"Ninguno de nosotros lo ve así".

"¿Ah, no?", rugió.

"Al menos no a cualquiera que se tome su trabajo en serio - y esa es la gran mayoría de ellos".

"¡Debe saberlo!"

"¿Tiene idea de quién los tiene en su conciencia?"

Me miró. Y guardó silencio durante un largo momento. Respiró profundamente. Su rostro adoptó una expresión sombría.

"¿Hay algo contra mí?", preguntó entonces.

"No que yo sepa".

"¿Estoy bajo arresto?"

"No."

"Entonces me iré ahora". Sonrió. "¡Váyanse al infierno, policías!"

"¿Qué quería realmente de él?", me preguntó François un momento después, cuando el joven ya caminaba rápidamente calle abajo.

Me encogí de hombros.

"No tengo ni idea. Tenía la sensación de que podría saber algo".

"Todos saben algo aquí, Pierre. El problema es que nadie les dice nada. Y menos cuando todo el vecindario está mirando".

Le miré.

"Donde tienes razón, tienes razón", murmuré.

El Porsche se detuvo frente al edificio de cinco plantas, una casa de vecindad del siglo pasado. La dirección estaba cerca de la autopista.

Este barrio era uno de los llamados focos sociales. En este barrio reinaban el abandono, la violencia y la delincuencia.

Y Fabrice Subiere también vino aquí originalmente. Aunque él siempre lo había visto como un defecto. Pero no podía disimular sus orígenes. Se le pegaba como un chicle bajo la suela del zapato. Por mucho que intentaran deshacerse de él, siempre quedaba un poco.

Fabrice vivía ahora más al norte, en Marsella, en Pointe-Rouge. Y tenía la sensación de que por fin lo había conseguido.

Al menos eso se dijo a sí mismo. Alguien que conducía un Porsche en plena jornada laboral sólo por diversión debía de haberlo conseguido.

Fabrice tocó el claxon. Dos veces en rápida sucesión.

Miró su reloj.

En realidad llegaba un poco tarde. Pero Deborah le estaría esperando.

La entrada al edificio no tardó en abrirse.

Deborah era guapa, con el pelo largo y ligeramente rizado que le caía sobre los hombros. Llevaba el abrigo abierto. El vestido rojo ajustado, casi ceñido a la piel, que mostraba su curvilínea figura en todo su esplendor, le sentaba como un guante. Fabrice se lo había comprado. A ella no le gustaba mucho ir por ahí arreglada. Pero a Fabrice le gustaba. Y por eso se lo ponía.

Fabrice salió y le abrió la puerta del pasajero del Porsche.

No podía apartar los ojos del noble vehículo.

Fabrice sonrió.

"Estás asombrado, ¿verdad?"

"¿De dónde lo has sacado?"

"¿Importa?"

"Para mí, sí".

"¡No digas tonterías y siéntate en él!" Le guiñó un ojo: "No tienes por qué saberlo todo, ¿vale?".

Ella le miró pensativa.

Un poco más tarde, estaban sentados juntos en el coche. El calefactor del coche proporcionaba un calor agradable.

"No lo sé", murmuró.

"¿Qué es lo que no sabes? Vamos, toma una pizca de nieve primero, ¡así te aflojarás un poco!"

"¡No!" Su tono tenía ahora un matiz muy definido.

Fabrice se sorprendió.

Y un poco molesto.

"¿Qué te pasa de repente?", gruñó.

Metió la mano por encima de sus piernas, las acarició brevemente y abrió la guantera. Sacó un pequeño paquete de polvo blanco. Un poco le cayó sobre las rodillas. Fabrice se puso una pizca de cocaína en el dorso de la mano y luego la esnifó. Después cerró los ojos durante unos instantes. Luego la miró.

"¡Ahora tú!"

"¡No!"

"¡No seas tan tímida! Te sientes fácil después".

"¡No!"

Quiso acercarle la carta de plástico abierta a la nariz. Ella giró la cabeza.

"¡Basta, maldita sea!"

Levantó la mano en señal de defensa y un poco del preciado polvo blanco goteó por la zona.

"¡Maldita sea!", regañó. "¡Crees que esto es gratis!"

"¡Dios mío, hoy estás de mal humor, Fabrice!", se dio cuenta Deborah. Respiró hondo y se cerró la parte delantera del abrigo. Fabrice sabía lo que eso significaba. Si ella se negaba a dirigirle esa mirada, significaba que estaba realmente enfadada con él.

Se encogió de hombros.

Luego arrancó el motor y se marchó.

"Yo tampoco lo sé", dijo.

"¿Ha pasado algo?"

"¿Qué se supone que ha pasado?"

Por supuesto que algo había sucedido. Fabrice tenía constantemente en la cabeza la imagen del traficante de crack al que había disparado. La nieve en su nariz lo hacía un poco más llevadero, o eso había pensado. No había mejorado.

"Será mejor que me baje enseguida", dijo.

"¿Por qué?"

"Me parece que hoy no estás de buen humor".

"Pensé que podríamos ir al centro. Comprar algo de ropa para ti".

"Tengo suficiente ropa".

"¡Nunca pensé que una novia me diría eso!"

"Y nunca pensé que iría de compras en un Porsche robado".

Fabrice rió roncamente.

"Guay, ¿eh?"

"Audaz, diría yo. Y arriesgado".

"¿Qué sería de la vida sin riesgo, Deborah?"

Fabrice persiguió al Porsche por la carretera a una velocidad de vértigo. Un Ford tuvo que apartarse en el último momento. Fabrice sonrió de una forma que a Deborah no le gustó. Sus pupilas se

ensancharon.

"¡Déjenme salir!", dijo inequívocamente.

"¡No digas tonterías!"

"¡Fabrice!"

En la siguiente curva, Fabrice giró bruscamente el volante. Los neumáticos chirriaron. La parte trasera del Porsche derrapó. Y entonces Fabrice volvió a pisar el acelerador.

"¡Era una calle de un solo sentido, Fabrice!"

"¡Un atajo, Deborah!"

Se maldijo por haberse subido a este coche. En la siguiente curva, unos cientos de metros más adelante, Fabrice volvió a girar. Al menos el sentido de la marcha coincidía ahora con lo que los planificadores del tráfico de Marsella habían previsto para este tramo de asfalto.

Deborah respiró hondo.

Lo peor había pasado, pensó.

"Es usted imposible", dijo ella, secándose la cara con gesto agitado.

"Tal vez", dijo. Tenía la sensación de que el subidón de adrenalina que le había dado el viaje infernal le había sentado bien. Había sido capaz de olvidar lo sucedido. Al menos durante unos instantes. Y ahora...

Ahora estaba de nuevo frente a su ojo interior.

El cadáver crispado.

Todo rojo ...

Cerró los ojos durante mucho más tiempo del que se debe en el tráfico. Literalmente entrecerró los ojos y luego sacudió la cabeza.

Estás metido en un buen lío, le dijo una voz en su cabeza. Y sospechó que era totalmente cierto. Incluso con la cocaína más pura, no se podía esnifar nada agradable.

"Vamos a pasar una gran tarde", dijo.

"Fabrice ..."

"Desgraciadamente, no puedo ir esta noche".

"¿Por qué no?"

Permaneció en silencio. Ella sabía de qué se trataba. Siempre que él guardaba silencio de ese modo, se trataba de esto.

"Vas a reunirte con ellos, ¿verdad?"

"¿Y qué? No eres nada por ti misma, Deborah. Un pedazo de suciedad, un felpudo ... Pero si eres uno de ellos, entonces ..."

No habló más. Completó su frase en su mente. *Entonces debe estar preparado para convertirse en un asesino.*

Tragó saliva.

"¿Tiene algo que ver con lo ocurrido esta mañana? ¿En el túnel de St-Loup? Quizá la policía te sigue y ahora tu todopoderoso Cédric se está poniendo nervioso".

La miró hasta que llegó al semáforo. Entonces detuvo el Porsche bruscamente.

"¿De qué estás hablando?"

"¿Nunca escucha las noticias o ve la televisión local?"

"¿Parece que tengo tiempo para esto?"

"¡Quizás deberías! Además, no creo que no supierais lo del maldito desafío que estabais montando".

La miró con los ojos entrecerrados.

"¿Fuiste tú el que disparó al BMW? Fabrice, ¡había cinco muertos!"

Fabrice apretó los labios. Ahora formaban una fina línea.

"¡Escucha, no quiero oír más de esta mierda! ¡Toma nieve si no puedes callarte y ser feliz! ¡Tenemos un gran coche y mucho dinero! Así que sé feliz, maldita sea, ¡y no me hagas preguntas! Si no, sólo te interesará un poco saber de dónde salió el dinero con el que te compraste la ropa".

Abrió la puerta.

"¡Puedes meter ese trapo donde quieras!", siseó y se bajó.

"¡Deborah!", llamó tras ella, algo confuso.

Le miró a los ojos. Las grandes pupilas hablaban por sí solas. El semáforo se puso en verde. Y en algún lugar detrás de ellos, un conductor impaciente tocó el claxon.

"¡Adiós, Fabrice!", dijo y cerró la puerta de golpe. Salió haciendo cabriolas entre los coches hacia la acera.

Fabrice estaba tan perplejo que se olvidó de cerrar la boca.

Este no es mi día, pensó.

Con la ayuda de nuestros especialistas de oficina y unas cuantas búsquedas por ordenador, por la noche ya habíamos averiguado quién era el hombre de la foto que nos había dado Paul Claviére.

Era Cédric Danton. Tenía una docena de condenas menores, había crecido en Allauch, supuestamente fue soldado en la antigua Yugoslavia antes de que su rastro se perdiera en el vacío.

Y ahora obviamente estaba de vuelta en la ciudad - suponiendo que la foto no fuera ya antigua.

No había nada contra él por el momento.

"La única pregunta es si este tipo es idéntico al hombre llamado Tueur-Cédric en Pointe-Rouge", dijo François con escepticismo. "No podemos estar seguros de eso en absoluto".

"Lo averiguaremos", dije.

Circulaban muchos rumores. Y era muy posible que alguien hubiera lanzado esta foto sobre Claviére para saldar una cuenta completamente diferente con Cédric Danton que no tenía nada que ver con nuestro caso.

Entonces recibimos un valioso consejo de nuestro colega Maxime Valois, del departamento de búsqueda.

En la calle Fabienne vivía un tal Jean Rumien, con el que Cédric Danton había compartido celda cuando estuvo un tiempo fuera de circulación por delitos de drogas y por violar la ley de registro de armas. Rumien y Danton habían sido inseparables, como reveló una llamada telefónica al director de la prisión.

"Si Danton está en Pointe-Rouge, seguro que se ha puesto en contacto con Rumien", se convenció el director. "Rumien era una especie de figura paterna para Danton. Rumien le enseñó todas las cosas desagradables que Danton aún no había aprendido - ¡y no puede haber sido mucho! - Rumien le enseñó".

François y yo hicimos que el parque móvil nos diera un coche lo menos llamativo posible. Un Renault que incluso tenía algunas manchas de óxido. Como un auténtico coche usado.

"Imagínese aparcar su deportivo en Pointe-Rouge", dijo François mientras nos dirigíamos a la calle Fabienne.

Sonreí.

"¡Habría una multitud de tamaño medio!"

"Y probablemente desaparecería aunque la conectáramos a la farola más cercana con una larga cadena".

Viajaba bastante rápido. Justo en el límite superior de lo permitido.

La dirección de Rumien ya no estaba actualizada. Pasamos algún tiempo preguntando por él en la zona y también enseñamos la foto de Danton por ahí. Nadie quería conocer a ninguno de los dos.

Después de todo, hemos encontrado a Rumia.

Un antiguo cuidador nos dijo que se había mudado a unas calles de distancia. hace medio año.

El nuevo piso de Rumien estaba en una calle destartalada que sin duda había visto días mejores. La fachada estaba desconchada. El piso inferior había sido en otro tiempo un local comercial. Eso era claramente visible. Ahora la planta baja estaba tapiada. Los pequeños comerciantes habían huido del barrio. Sencillamente, estaban hartos de que les robaran constantemente o de que los chantajistas de la protección les tomaran el pelo, y a menudo ni siquiera podían garantizar la protección prometida.

Para muchos, esto simplemente no era viable desde el punto de vista financiero. Cuando el número de siniestros aumentó, las compañías de seguros de robo cancelaron sus pólizas. Y entonces las cosas se pusieron difíciles. Cada nuevo siniestro podía significar la ruina.

"Desolador ver morir una calle como ésta", dijo François.

Fue realmente deprimente.

Salimos del coche.

Miré a mi alrededor. Había unos cuantos niños merodeando en la siguiente esquina, observándonos con caras llenas de sospecha. Unos cientos de metros más allá había un terreno marcado por una gran

pila de escombros. Grandes trozos de hormigón yacían sobre una enorme pila que parecía una extraña escultura de destrucción. Al parecer, uno de los bloques de aquí había sido demolido recientemente. Con cualquier motivo oculto.

Ahora ardía allí un fuego.

Unos cuantos indigentes estaban sentados en barriles oxidados alrededor del fuego, calentándose los dedos. Sus ojos también estaban fijos en nosotros.

No pertenecíamos a este lugar, y ninguna cantidad de abolladuras de óxido en nuestro coche de empresa podría ocultar ese hecho.

Aquí éramos forasteros que se encontraban con un muro de silencio. Normalmente, al menos.

La entrada estaba abierta. La cerradura de la puerta estaba forzada. François y yo entramos por la escalera. El ascensor estaba roto. Había una jeringuilla usada en el suelo del tercer rellano.

Rumien vivía en el quinto piso. En cualquier caso, esa fue la última dirección que tuvimos de él.

Llamé a su puerta. El letrero de la puerta apenas era legible y el timbre estaba roto.

"¡Señor Rumien! Por favor, ¡abra la puerta!"

No hubo respuesta.

"¡Sr. Jean Rumien! ¡Aquí el FoPoCri! ¡Abra la puerta! Queremos hacerle unas preguntas".

Ahora se oían sonidos del otro lado de la puerta. La cerradura estaba abierta.

Entonces, un momento después, una voz quebradiza y ronca gritó: "¡Presione el picaporte! Puede entrar".

Abrí la puerta.

La habitación en la que entramos estaba amueblada con muebles bastante destartalados. Muebles tapizados desgastados, un sofá voluminoso y armarios hechos de madera aglomerada. El papel pintado aún tenía un estampado floral de moda que podría haber sido popular en los años setenta. El moho se abría paso por las paredes en

algunos lugares.

Y hacía un frío espantoso.

En la puerta de la habitación contigua había un hombre de unos sesenta años con una escopeta recortada en la mano.

Por el rabillo del ojo, le había visto saltar y reaccioné un segundo demasiado despacio. Mi mano había ido a mi cadera para sacar la pistola Sig Sauer P 226 de la funda del cinturón.

François había sido más rápido.

Tenía la pistola preparada y apuntaba al tipo de la puerta.

Era Jean Rumien.

Le reconocí inmediatamente por las fotos que había visto de él en la pantalla del ordenador. Sin embargo, había que fijarse bien. No había cambiado precisamente a mejor en los últimos tiempos. Tenía un aspecto desaliñado y bastante descuidado. La barba incipiente gris destacaba en su rostro. Había un penetrante olor a cerveza y vómito en todo el piso.

Rumia tembló.

"Guarde el arma", dijo François. "No hay nada contra usted. Sólo unas preguntas, es todo lo que queremos de usted".

"¿FoPoCri?" Se rió roncamente. Sus ojos parpadearon inquietos. Daba una impresión nerviosa. Y dado que con su escopeta recortada probablemente podría herir de gravedad a todos los presentes, incluido él mismo, en cuanto apretara el gatillo, era mejor no irritarle innecesariamente.

La pistola de François y la escopeta.

Fue un punto muerto.

Ninguno de los cañones bajó.

"¡Vamos!" gritó Rumien. "¡Bájala!"

"¿No lo ha entendido?", le contesté. "Estamos..."

Se rió roncamente.

"¿Qué trucos cree que la gente ha intentado utilizar para entrar aquí? Pero ninguno salió bien".

"Traeré mi identificación, Sr. Rumien".

"¿Crees que puedes impresionarme con eso?"

Metí la mano en el bolsillo. Con cuidado y despacio, lo suficiente para que él pudiera seguirlo todo. Y luego le tendí la cosa para que pudiera verla con claridad.

"Hasta ahora no ha pasado nada", señalé. "Pero si montas un escándalo aquí, podría verse como un ataque a dos agentes de policía. Y eso significaría que pasaría el resto de sus días entre rejas".

Aún dudaba. Miraba nervioso de uno a otro. No parecía creérselo realmente. Entonces bajó finalmente la escopeta. Pero la mantuvo en la mano, listo para volver a levantarla en cualquier momento.

François bajó ligeramente la P 226. Pero también se mantuvo en guardia.

"¿Qué quieres?", preguntó.

Volví a guardar la tarjeta de identificación. En su lugar, saqué una impresión del ordenador. Mostraba el rostro de Cédric Danton en un formato tamaño calendario.

"¿Conoce a este hombre?"

"¡Nunca lo he visto!"

Le envié una mirada gélida.

"Si cree que puede mentirnos a su antojo, Sr. Rumien, entonces se equivoca. Podemos resolver el asunto de varias maneras. Una opción sería leerle primero sus derechos y llevarle al Presidium".

"¿Por qué razón, por ejemplo?"

"¡Apuesto, por ejemplo, a que su arma de fuego casera no está registrada! Y quién sabe si no está compinchado con la gente que buscamos".

Di un paso hacia él. Aún era un poco arriesgado por la escopeta que llevaba en la mano.

Colocó el rifle contra el poste de la puerta.

"De todas formas no está cargada", dijo. "No hay dinero para munición. Disparé los últimos cartuchos para ahuyentar a las ratas".

Volví a tenderle la foto. La cogió con dedos temblorosos.

Luego entró en la habitación contigua. Era la cocina. Había una botella de whisky medio llena sobre el aparador. La cogió, se la llevó a la boca y bebió un sorbo.

"Pasaron algún tiempo juntos en la cárcel", le recordé. "Y se llevaron bien".

"Y tú no traicionas a los amigos, ¿verdad?"

"Se trata de un asesinato".

"No me diga".

"Cédric Danton está de vuelta en el barrio después de haber estado escondido unos años. Así es, ¿no?"

"Yo qué sé".

"Fue fotografiado cerca".

"¡Oh, no! Y siempre me decía que nadie tenía una foto suya excepto la policía".

"¿Dónde podemos encontrarle?"

Me miró con sus ojos azules llorosos.

"No tengo ni idea".

Una rebeca colgaba sobre una de las dos sillas de la cocina.

Tras dar otro paso hacia delante, pude ver también lo que sobresalía del bolsillo lateral de la chaqueta. Un fajo de billetes de cien euros.

Lo saqué del bolsillo de mi chaqueta.

El pánico brilló en los ojos de Rumia.

"Así que Danton estuvo aquí", me di cuenta. "No ha olvidado a su viejo amigo".

"Si quiere acusarme de algo..."

Sacudí la cabeza.

"Ni pensarlo", le aseguré. "Sólo queremos saber dónde podemos encontrar a Danton".

"No tengo ni idea... Y si la tuviera, no se lo diría. Aunque sólo fuera para seguir viva".

"Danton no permite la amistad entonces, ¿verdad?"

"Yo tampoco lo haría si fuera él".

Me incliné hacia él. Nuestros ojos se encontraron.

"Es inútil, Pierre", oí decir a François.

Al principio no quería admitirlo, pero probablemente era cierto. Este hombre estaba demasiado asustado. Puse el dinero en el aparador.

"¿Por casualidad sabe si Danton ha adquirido un nombre recientemente?"

"Escuche..."

"¿Es él... Tueur-Cédric?"

"Nadie lo sabe", dijo.

No le creí. Pero podía sentir el miedo en el sonido de su voz.

Una sonrisa apareció en su rostro. Una sonrisa que parecía casi triunfante.

"Así que por eso estás aquí". Se rió entre dientes. "Ya no interfiero en nada. En nada en absoluto. Ni en lo uno ni en lo otro. Ya he dado con mis huesos demasiadas veces. Ahora tiene que parar".

El crepúsculo gris se había posado sobre los feos bloques de pisos. El fuego de las ruinas ardía con fuerza.

Al otro lado de la calle había un bloque de cinco plantas que parecía haber pasado sin solución de continuidad de un cascarón a una ruina. Un edificio sin ventanas ni fachada. Los elementos de hormigón eran claramente visibles, en algunos lugares incluso las oxidadas vigas de acero del interior. Como las espinas de un pez muerto cuyos trozos hacía tiempo que se habían disputado los gatos. Algún objeto especulativo de días pasados, cuyos constructores probablemente habían quebrado hacía tiempo.

"Se está callando", dijo François desde un lado, refiriéndose a la conversación con Rumien.

"El tipo está asustado", señalé. "Y está recibiendo dinero".

"No será tan fácil encontrar a este Danton. Independientemente de si es idéntico a este Tueur-Cédric o no".

"Desgraciadamente es cierto".

"¿Crees que tiene algún sentido seguir a ese Rumien, Pierre?"

"Siempre se puede intentar. Pero la cuestión es si el riesgo para nuestro colega sigue siendo proporcional a las posibilidades de éxito".

Por supuesto, estaba claro que ni François ni yo podíamos acechar aquí. Porque era bastante seguro que habíamos sido observados por nuestros adversarios.

Si los ANGES TUEURS tenían realmente su barrio tan bajo control como decían, no podía ser de otra manera.

Los ANGES tenían que estar en guardia por el bien de su supervivencia. Después de todo, sus competidores no soportarían que los ANGES les dieran vueltas como gallinas asustadas y les hicieran retroceder calle por calle para siempre. El contragolpe llegaría.

Tarde o temprano.

Y entonces hubo una guerra aquí.

Caminamos hacia nuestro coche. Un esquinero con un gorro de

lana demasiado grande desapareció en el hueco de una puerta al vernos.

"¡Eh, hay alguien en nuestro coche!", oí a François a mi lado.

Ahora yo también lo he visto.

Una mata negra de pelo rizado apareció brevemente detrás del guardabarros delantero derecho, luego el tipo volvió a agacharse. Se había dado cuenta de que le habíamos visto.

François ya había sacado la P 226 de su funda.

También tiré mi abrigo y mi chaqueta a un lado para coger mi arma.

Nos separamos.

François se agachó y se dirigió hacia la carretera, escondiéndose detrás de un Peugeot aparcado que parecía estar hecho de óxido más que de otra cosa. Mientras tanto, yo seguía avanzando por la acera.

La cabeza rizada emergió de nuevo, esta vez de detrás del capó.

"¡Alto ahí! ¡FoPoCri!", grité.

Dos ojos oscuros me miraban. Era un rostro joven.

El chico tenía dieciséis o diecisiete años como mucho. Podía ver la indecisión en sus rasgos. Probablemente no estaba tan cocinado como sus cómplices mayores, con los que presumiblemente recorría estas calles.

Dudó un momento y luego echó a correr. Simplemente corrió, a través de la carretera.

Maldije con rabia para mis adentros.

Odiaba tener que apuntar con un arma a medio niños. Por otra parte, no podía dejarse engañar por su juventud. El número de compañeros que habían pagado por ello con su vida crecía sin cesar.

Aquí había asesinos que ni siquiera eran mayores de edad.

Y el dinero del crack también garantizaba un suministro constante de armas.

Emprendí un corto sprint.

Pero la cabeza rizada era rápida. Demasiado rápida.

Ya había llegado al otro lado de la carretera y se agachaba mientras se acercaba al edificio en ruinas. Era casi imposible encontrarle allí. Al menos cuando sólo éramos dos, como François y yo. Respiré hondo.

Tal vez fuera mi instinto el que no me dejaba volver a poner la pistola en la funda del cinturón.

François también había llegado al coche y lo había inspeccionado.

"¡Parece que no falta nada!", se dio cuenta. "Quizá tuvimos suerte y nos las vimos con un ladrón de coches novato, Pierre".

"¿A esa edad?" Negué con la cabeza. "O son perfectos o ya están tan drogados que no podrían meter un trozo de alambre en la cerradura de una puerta con mano firme".

"Entremos", dijo François.

Vi un movimiento en una de las ventanas del gran edificio en ruinas.

En ese mismo momento, recordé que había visto la cabeza rizada en la parte delantera del capó.

No quería entrar en nuestro coche en absoluto, me di cuenta una fracción de segundo después, hirviendo de calor.

Entonces oí el tic-tac...

"¡A cubierto! François!" grité y me lancé de lado.

François se dio cuenta inmediatamente y saltó a un lado.

Golpeé el suelo con fuerza y rodé en redondo. En el mismo momento, se oyó un estruendo ensordecedor. El coche voló por los aires. Una enorme llamarada se disparó en el aire. La ola de calor era asesina.

Al cabo de unos segundos, nuestro coche no era más que un montón de metal carbonizado.

Me di la vuelta e intenté levantarme de nuevo. Miré a François,

que no parecía gravemente herido.

Y entonces vi el punto rojo en mi hombro. Un punto rojo de luz que se movía inquieto de un lado a otro.

Sabía muy bien de qué se trataba.

El puntero láser de un fusil de asalto ultramoderno que podía apuntarse con una precisión milimétrica.

El tirador tenía que estar al acecho en uno de los huecos de ventana del otro lado de la calle.

Me lancé a un lado en un instante. El disparo rozó mi abrigo y destrozó la hombrera. Me puse a cubierto detrás de dos cubos de basura desbordados, de los que emanaba un hedor bestial. Más disparos nos alcanzaron a François y a mí en rápida sucesión. Y los cubos de basura no eran una protección real. Los proyectiles atravesaban tan suavemente la chapa que después uno podía tener la impresión de que el cubo había sido colocado accidentalmente bajo una máquina perforadora.

Le contesté.

Se podían disparar dieciséis cartuchos con la P 226, el arma de servicio oficial de la FoPoCri. Las miras facilitaban mucho la puntería.

Vi fogonazos en uno de los huecos de la ventana y disparé allí. François también disparó.

Le siguió una ráfaga de disparos.

Veinte disparos en dos segundos. Me apreté contra el suelo mientras las balas desgarraban la papelera que tenía encima. La tapa bailó sobre la papelera y luego cayó estrepitosamente al suelo.

François estaba en una posición ligeramente mejor. Había encontrado cobertura detrás de uno de los coches aparcados. Y eso interceptó la mayor parte de la lluvia de plomo.

François disparó un tiro tras otro.

Al otro lado, la lluvia de balas se calmó. Probablemente sólo por poco tiempo, hasta que se sustituyó un cargador o el tirador se desplazó a una mejor posición de disparo.

No dudé mucho.

François me miró.

"¡Vamos!", gritó.

Pero para entonces yo ya estaba en pie. Me había recompuesto y salí en cuclillas.

La primera etapa llegó hasta el hueco de una puerta principal, entonces apunté rápidamente y disparé donde había visto al tirador por última vez. La respuesta llegó de inmediato. Las balas arañaron el yeso y enviaron más de dos puñados al suelo.

Aproveché para recargar mi cargador. Luego volví a disparar.

Se oyó un grito procedente del agujero de la ventana. Era bastante fuerte y resonó en el edificio vacío.

No hubo más disparos.

Me agaché y corrí hacia François.

"Han pillado a alguien", dijo.

"Parece que alguien no aprecia especialmente nuestra visita aquí", respondí.

"La única pregunta es si los hermanos nos han confundido con sus competidores o si intentan ahuyentarnos deliberadamente".

"Puede que nunca lo sepamos".

François cogió su teléfono móvil y llamó al centro de control, cuyo número había programado en el menú del aparato. Pidió refuerzos. Después volvió a cerrar el aparato.

"Nuestra gente está en camino", explicó.

Le miré.

"¡Cúbrame con fuego!", exigí.

"¿Qué?"

"Quiero saber quién era".

"¡Pierre, esto es una locura!"

"¡Vamos! Hasta ahora sólo hemos estado husmeando en la niebla. Y si no hacemos grandes progresos en este asunto pronto, la situación se agravará".

No esperé la respuesta de François. En lugar de eso, me levanté y salí corriendo.

Corrí a lo largo de la carretera. Al menos tenía algo de cobertura de los coches aparcados. Y François vigilaba. Vigilaba para ver si ocurría algo al otro lado y disparaba inmediatamente si era así. Pero, por supuesto, no podía vigilar todas las ventanas de las ruinas a la vez. Eso era imposible. Así que había un cierto riesgo.

Intenté estar atento al resplandor rojo de un puntero láser. Nuestro adversario estaba muy bien equipado.

Corrí hasta la altura de una propiedad donde ardía un fuego.

Los hombres que antes habían estado de pie alrededor del fuego se habían alejado. Desde una distancia segura, probablemente estaban ahora observando lo que ocurría.

Crucé la carretera. Me alejé mucho de las ruinas.

Era mi única oportunidad.

Giré hacia una calle lateral más estrecha.

Y entonces me acerqué a las paredes sin enlucir, me apreté contra el muro y miré a mi alrededor. Siempre tenía la P 226 lista para disparar.

Unos instantes después, estaba de pie en la esquina y podía ver la parte trasera de las ruinas. Allí había una plaza asfaltada.

El sonido de un motor aulló.

Pude ver a alguien subiendo a un Porsche blanco cuyo conductor parecía estar pisando el acelerador. El Porsche arrancó a toda velocidad.

Durante una fracción de segundo, vi la cara del conductor.

Un comisario tiene que tener memoria para las caras, de lo contrario está perdido en nuestro trabajo. El ordenador no puede hacerlo todo por usted.

Reconocí esta cara inmediatamente.

Pertenecía a Fabrice Subiere, el joven que había visto cerca de la casa donde habían disparado a los hermanos Bouvier.

Nuestras miradas se cruzaron durante un pequeño instante y supe que él también me reconocía. Levanté la P 226.

Fabrice dio una sacudida al volante del Porsche. El coche giró sobre sí mismo haciendo chirriar los neumáticos y se alejó. A través de un arcén de hierba mal cuidada, que ahora no era más que una mezcla de ecotopo de maleza y montón de basura.

Un cañón de pistola asomaba por la ventanilla de la puerta del pasajero. Al momento siguiente hubo disparos. Me puse a cubierto. Cuando la ráfaga de disparos mal dirigidos se hubo calmado, salí de nuevo de detrás de la esquina y probé suerte. Dos disparos bien dirigidos al neumático trasero derecho.

El conductor era un profesional.

Dejó que el Porsche diera un golpe. Los disparos arañaron el asfalto y, en el instante siguiente, el deportivo había atravesado un hueco entre dos bloques y derribado un seto. Luego estaba en la carretera principal.

Fuera de mi alcance. El Porsche arrancó a toda velocidad.

Me adelanté un poco y miré a mi alrededor. No había nadie alrededor. No estaba segura de si eso era realmente una señal tranquilizadora. Mi mirada se deslizó hacia arriba, a lo largo de las largas filas de huecos de las ventanas.

Me pregunté si el chico de los rizos seguiría por ahí. No habría sitio para él en el Porsche. Sin duda, el chico había colocado la bomba con el temporizador en nuestro coche.

Poco después vi algo rojo oscuro en el suelo.

Sangre.

Sangre fresca.

Un verdadero sendero conducía desde las ruinas hasta el lugar donde había visto a un hombre subir al Porsche, a través del asfalto. El tirador estaba obviamente herido. Entonces, por el rabillo del ojo,

noté un movimiento. Procedía del edificio en ruinas. Había algo cerca de una puerta.

A alguien.

Me di la vuelta y levanté mi pistola.

Al segundo siguiente volví a bajarla. La figura de François podía verse en la penumbra del interior de las ruinas.

"¿Estás bien, Pierre?"

Me encogí de hombros.

"¡Cómo lo tomas!"

A lo lejos, ya se oían las sirenas de la policía enviada hasta aquí. Los nuestros tardarían un poco más en llegar hasta nosotros. Pero al menos no teníamos que volver andando a la comisaría.

"¡Necesita un médico!", dijo Fabrice Subiere, cuyo rostro se había puesto rojo oscuro.

La habitación estaba en penumbra. Las cortinas estaban corridas. La luz se filtraba por la puerta. El herido estaba tendido en una cama de matrimonio. Sus gemidos se habían calmado un poco después de que Tueur-Cédric le diera unos paños. La herida de su hombro estaba vendada provisionalmente.

Mucha sangre había empapado sus ropas de rojo. Pero Cédric se había dado cuenta enseguida de que no era tan grave como parecía.

Se volvió hacia Fabrice.

"¿Qué te parece, Fabrice?", dijo en voz baja. Su voz tenía un tono susurrante. "No podemos ir a cualquier hospital y que le traten. Entonces tendremos al FoPoCri en nuestra puerta en veinte minutos". Lanzó una mirada fría a Fabrice. "Lástima que no te ocuparas de esos policías entrometidos".

"No fue culpa mía", dijo Fabrice. "Después de todo, yo sólo conducía el coche".

Cédric asintió.

"Lo sé", dijo. Le dio una palmada en el hombro a Fabrice.

"Lo habrías hecho mejor, Fabrice".

"Es posible", apretó Fabrice Subiere entre dientes.

"¡Estoy seguro!"

"¡Oh, qué!"

"Tendrá la oportunidad de demostrarlo. Hay mucho trabajo por hacer".

Los pensamientos de Fabrice no coincidían. Las imágenes se mezclaban en el ojo de su mente. Vio el bonito rostro de Deborah con el ceño fruncido entre los ojos. Ella se había enfadado cuando le había dejado en la encrucijada.

No era la primera vez que se ponía así. Y él siempre había estado

seguro de poder arreglarlo. Pero esta vez no lo sabía.

La imagen del rostro de Deborah se fundió con la del traficante de crack al que había metido una bala en el cráneo. Cerró los ojos.

"¿Estás bien?" preguntó Cédric.

Fabrice asintió.

Cédric le miró pensativo.

"Ahora necesito gente en la que pueda confiar al cien por cien. ¿Lo entiende?"

"¡Claro!"

"El asunto del túnel de St-Loup ha causado un gran revuelo. Ya hemos hablado de ello. Algunas personas importantes se han puesto muy nerviosas... y no queremos olvidarnos de los policías. Como hemos visto hoy, ellos también siguen por aquí".

Fabrice no sabía a dónde quería llegar Tueur-Cédric.

Cédric se acercó a la mesilla de noche y encendió una lámpara. Brilló un poco más. Miró al herido, que yacía en una profunda inconsciencia.

"Sólo nos causaría problemas en la situación actual", dijo.

"¿Qué quieres decir?"

"Hay cosas más importantes que el individuo, Fabrice. ¿Nadie te lo ha dicho todavía?"

Fabrice quiso replicar. Pero no pudo. Era incapaz de emitir un solo sonido. Cédric señaló con el dedo al herido y dijo: "No volverá a despertarse, Fabrice. Le he dado lo suficiente para que se deslice tranquilamente en el reino de los sueños eternos. Pero para los demás, necesitamos otra herida de bala. De lo contrario, nadie creerá que esos cabrones de la policía lo tienen en su conciencia". La mirada de Cédric era acerada. "¿Estás de acuerdo, Fabrice?" La voz del líder se quebró como el hielo.

Fabrice Subiere asintió. "¡Ve con los demás y díselo! Hoy estás tan pálido que prefiero hacer el trabajo yo mismo".

"De acuerdo", murmuró Fabrice. Al salir, vio a Cédric sacar una

pistola y atornillar un silenciador.

Fabrice no se volvió cuando oyó el sonido de un disparo. Sonaba como si alguien golpeara con fuerza una almohada.

Estábamos sentados en el despacho de Monsieur Jean-Claude Marteau, Commissaire général de police, jefe de la Force spéciale de la police criminelle , FoPoCri para abreviar , nuestro departamento aquí en Marsella y, por tanto, nuestro superior directo.

La secretaria de Monsieur Marteau, Melanie, había servido su famoso café. Un café que no se prepararía por segunda vez tan pronto. En realidad era una pena tener que disfrutar de semejante manjar en vasos de papel.

Además de François Leroc y yo, también estuvieron presentes los comisarios del servicio exterior Stéphane Caron, Boubou Ndonga y Fred Lacroix.

Además, Maxime Valois, agente interno de nuestro departamento de búsqueda, David Hollande, del laboratorio de balística, y Pascal Montpierre, del servicio de detección.

En realidad había muchas noticias interesantes.

"En primer lugar, se ha identificado al conductor del BMW tiroteado a la salida del túnel de St-Loup", explicó el Sr. Marteau con naturalidad. "Se trata de Christophe Latisse, antiguo miembro del Servicio de Contrainteligencia Militar de la Marina, ahora consultor de seguridad privada para grandes empresas y corporaciones. La policía tuvo la amabilidad de informar a su familia. Parece que Latisse fue sólo una víctima al azar. Elegida al azar de la cola de coches. Podría haberle ocurrido a cualquiera".

"Cuando pienso en el hecho de que poco antes crucé el túnel de St-Loup en la otra dirección en un viaje de negocios", dijo Fred Lacroix pensativo. "Pensarlo puede provocar náuseas. Sobre todo si se tiene en cuenta que probablemente no fue el último incidente de este tipo".

El Sr. Marteau se dirigió a David Hollande, del laboratorio de balística.

"¡Quizás sigas ahora, David!"

El Sr. Hollande asintió. Se levantó, encendió un retroproyector y proyectó unas diapositivas en la pared. Pulsando un botón, el Sr. Marteau cerró las cortinas lo suficiente para oscurecer un poco la sala.

Observé detenidamente las imágenes y los gráficos generados por ordenador que David Hollande nos presentaba. Algunos no parecían muy apetitosos.

"El autor disparó con mucha precisión", explicó David con naturalidad. "La primera bala le dio directamente en la frente, la segunda le atravesó el cuello. Debió de disparar dos veces en rápida sucesión, porque unos segundos después el ángulo del disparo desde lo alto de la carretera habría sido tan desfavorable que sólo habría podido darle en las piernas."

"Lo dice como si el autor hubiera querido matar a este hombre de forma muy específica", interpuse.

David asintió.

"Supongo que sí, Pierre. Y asumo que fue alguien que, en primer lugar, tiene un arma muy precisa y, en segundo lugar, un entrenamiento de tiro muy especializado."

"¿Acaso un rambo callejero tan salvaje de Pointe-Rouge no puede entrenarse lo suficiente?", preguntó Stéphane Caron, de pelo lino.

David Hollande volvió la mirada en dirección a Stéphane.

"Ese puede ser el caso", dijo. "Pero deberíamos considerar a alguien con formación militar".

"No parece la clientela típica de una banda como los ANGES TUEURS", me di cuenta.

"Yo no diría que de forma generalizada", intervino Fred Lacroix.

"Para recibir este tipo de formación especializada, no basta con haber estado en el ejército unos meses", le contesté.

"¿Y si uno de los mayores enseña a los niños cómo se hace?". Fred Lacroix levantó las cejas y me miró.

Sonreí finamente.

"Uno a cero para ti, Fred", le dije.

Ahora intervino Monsieur Marteau. Se dirigió directamente a mí.

"¿No cree que ha sido una prueba de valor de los ANGES TUEURS?"

Sacudí la cabeza.

"No, basándonos en lo que sabemos hasta ahora, no podemos ir tan lejos todavía. Pero todavía hay algunas cosas que son un poco extrañas".

"¿Y cuáles son?"

"Sólo el hecho de que los ANGES atacaron dos veces en la misma escena del crimen. No puedo quitármelo de la cabeza. Debe haber una razón para ello, después de todo, siempre han intentado evitar este tipo de cosas antes".

Tal y como estaban las cosas, esta pregunta no podía responderse ahora.

Seguimos escuchando las explicaciones de nuestro experto en balística. Aún no había respondido a todas nuestras preguntas.

"El calibre coincide", dijo David. "Pero el arma que se utilizó en el último ataque definitivamente no es la que se utilizó en los últimos ataques".

Eso alimentó mi desconfianza.

Por supuesto, los ANGES podrían tener en su poder más de un fusil de precisión.

Y sin embargo...

Fue sorprendente.

Otra pieza del mosaico en una especie de puzzle. Me preguntaba qué imagen surgiría al final.

Hollande también explicó que una de las armas utilizadas en el ataque a los hermanos Bouvier también se había utilizado en el tiroteo en el que François y yo habíamos estado implicados la noche anterior. Pero eso no sorprendió a nadie.

Una vez terminada la presentación de David, fue el turno de Pascal Montpierre de presentar las demás pistas que había.

Los restos de sangre del asesino herido se analizaron mediante ADN, pero esta huella genética sólo nos serviría una vez que tuviéramos al tipo. Ahora se buscaba a alguien en una zona amplia que tuviera una herida de bala y tal vez quisiera ir al médico.

Monsieur Marteau escuchaba todo con rostro pensativo.

Por último, le tocó el turno a Maxime Valois, del departamento de búsqueda. Había averiguado algunas cosas interesantes sobre Cédric Danton. Según él, Danton había estado brevemente al servicio del narcotraficante Omar Chengiz. Era colombiano, pero también tenía pasaporte francés.

"¿Chengiz sigue en activo?", preguntó François.

"Por lo que he oído, se retiró hace mucho tiempo".

"Se ha vuelto precavido", explicó Valois. "Tan cauto que probablemente tendría problemas para demostrar que aparca ilegalmente en este momento".

"Después de todo, es posible que Chengiz sea el hombre que buscamos en el fondo", explicó el Sr. Marteau. "¿Por qué Cédric Danton no habría reanudado simplemente la antigua conexión?".

Eso tenía sentido para todos.

"¿Es Danton idéntico a este Tueur-Cédric o no?" preguntó Valois. "Mucho depende de eso".

Por supuesto, esta pregunta iba dirigida principalmente a François y a mí.

"La probabilidad es muy alta, aunque la prueba final siga pendiente", le expliqué. "Pero, ¿cómo entender si no el nerviosismo de esta gente? ¿Sólo porque enseñamos esta foto y charlamos un poco con Jean Rumien, van a tirotear a dos agentes del FoPoCri?". Sacudí la cabeza. "Alguien debe haberse acobardado".

"Algo se está cociendo", se convenció el Sr. Marteau. "Stéphane y Boubou, deberíais preguntar por ahí en esta neblina de Omar Chengiz. Quizá os topéis con algo". El señor Marteau se volvió entonces hacia François y hacia mí antes de continuar: "Y vosotros dos seguid la pista del tal Danton. Si está aquí, en Marsella, debéis ser capaces de seguirle la pista".

"¿Qué hay del entorno personal de este conductor de BMW?", pregunté.

"Ya se ha hablado mucho de ello", respondió el Sr. Marteau.

"Pero no lo suficiente".

"Pierre, ¿qué sentido tiene?"

"Según el estado de la investigación, es posible que el último atentado en el túnel de St-Loup -a diferencia de sus predecesores- no fuera perpetrado por los ANGES TUEURS".

"La posibilidad está ahí", concedió el Sr. Marteau. "Está pensando en una especie de free rider, ¿no?"

"¡Alguien que quiere cometer un asesinato sin que se sospeche inmediatamente de él como autor!"

"¡Me temo que te estás atascando, Pierre!"

"Pero no creo que podamos simplemente ignorar esta cara de la moneda. La incoherencia que he señalado antes es un hecho".

"De acuerdo", cedió el Sr. Marteau. "El Sr. Lacroix se encargará de esta línea de investigación".

Comprobé lo que había disponible sobre Fabrice Subiere en el ordenador.

Estábamos conectados en línea con las bases de datos de los demás departamentos de policía del edificio FoPoCri a través del sistema de red de datos SIS. Si necesitábamos información almacenada por la policía, la brigada antidroga u otro departamento de policía, la teníamos en nuestra pantalla en unos instantes y podíamos descargarla.

Fabrice tenía algunos delitos menores en su historial. Agresión, alteración del orden público, unos gramos de cocaína que, sin embargo, parecían identificarle más como consumidor que como traficante. Por supuesto, esto último podría haber cambiado entretanto.

La última vez que le habían detenido, aún vivía con su madre en La Villette. Probablemente eso ya no era relevante tampoco, pero al menos se podía empezar por ahí.

"Pongámonos en marcha entonces", dijo François.

"Espero que el parque móvil saque otro coche para nosotros, después de lo que pasó ayer".

En ese momento, mi colega Fred Lacroix entró en el despacho que François y yo compartíamos. Llevaba en las manos unas coloridas impresiones de ordenador. Se detuvo en la puerta. François acababa de guardar su P 226 en la funda de su cinturón.

"Bueno, ¿un espíritu de optimismo?", preguntó Lacroix.

"Ya nos hemos ido", le dije.

"Lo que tengo aquí no llevará mucho tiempo. Te interesará, Pierre. Debería investigar la vida pasada de este conductor de BMW".

"Sí". Le miré atentamente.

Fred sonrió y puso las impresiones sobre el escritorio.

"Toma, esto acaba de llegar. Parece que tus dudas no eran tan descabelladas después de todo".

Eché un vistazo al material. Lo primero que me llamó la atención fueron las fotos de la escena del crimen del túnel de St-Loup. Un motivo podía verse varias veces. Era la inscripción pintada con spray ANGES TUEURS, de la que también había varias ampliaciones detalladas en los documentos.

"¿De qué se trata?", le pregunté.

Fred dijo: "Nuestro experto en caligrafía Derek Bandere ha llegado muy lejos con su análisis del spray de color".

"¿Y?", pregunté mientras intentaba hojear el texto.

"Ha habido este tipo de pulverizaciones en todos estos ataques hasta ahora. Incluido el primer ataque a la salida del túnel de St-Loup".

Me acordé. A diferencia del segundo ataque, en el que el conductor del BMW había sido alcanzado, el autor no había disparado desde lo alto de la calzada, sino que se había subido a una de las barreras antirruido que protegían la entrada del metro.

Miré a Lacroix.

"Difícilmente estarías aquí si todo fuera como esperas que sea, ¿verdad, Fred?"

Asintió con la cabeza. "Tú lo has dicho, Pierre".

"¡No lo hagas tan emocionante!"

Fred Lacroix respiró hondo e hizo una pausa significativa.

"En pocas palabras, todos los graffiti pueden haber sido escritos por personas diferentes, pero contienen todos los rasgos característicos de esta letra. Le ahorraré el trabajo de enumerarlos todos".

"¿Y la última?", interrumpí a Lacroix con cierta impaciencia.

Fred escogió una hoja concreta de las impresiones y me la mostró. Mostraba una gran ampliación de la pintura en spray sobre el asfalto de la carretera superior, junto a una imagen de las mismas letras tal y como habían sido embadurnadas en la barrera antirruido desde la que se había llevado a cabo el primer ataque al túnel de St-Loup.

"¿Ve estos tres pinchos en el travesaño de la A de ANGES?"

"Es evidente que la persona que llevó a cabo el último ataque se ha olvidado de ellos", me di cuenta.

Fred Lacroix asintió.

François se unió a nosotros y miró por encima de mi hombro.

"O el tipo que lo roció debería haber practicado un poco antes, o tienes razón en tu suposición, Pierre", dijo Fred.

"Es una indicación", aclaró François. "Pero nada más que eso".

"Cierto", dijo Lacroix. "Pero si estos locos tienen algo sagrado, son los símbolos de su banda. Tal vez no sepan leer bien, pero con letras como esas, conocen cada mierda de mosca".

Miré a Fred.

"Quizá salga algo de ello si se examina más de cerca la vida de este conductor de BMW".

François hizo un gesto despectivo con la mano.

"No sé si desearía eso", dijo François.

Lacroix enarcó las cejas.

"¿Por qué, François?"

"Porque entonces tendríamos que empezar de nuevo. Y odio ese tipo de cosas".

"Como si ya estuviéramos tan increíblemente avanzados en la otra pista de nuestra investigación", repliqué.

Danielle Subiere, la madre de Fabrice, vivía en el ático de una casa de la calle Ruffi, en cuya planta baja había una bodega, un bar de vinos. Madame Subiere no estaba en casa. Nos enteramos por un vecino de que trabajaba en la bodega de la planta baja.

Así que la buscamos allí.

No había mucho movimiento en la bodega a estas horas de la noche. Unos cuantos hombres, que hablaban tranquilamente en español, nos miraban como si fuéramos animales exóticos. No era demasiado frecuente que personas como François y yo acabáramos en un lugar como éste. Y normalmente lo hacían en nombre de las autoridades y como portadores de malas noticias. No es de extrañar que no nos pusieran precisamente caras de buen humor.

Las conversaciones se silenciaron.

Me volví hacia el hombre gordo que estaba detrás del mostrador. Lo único que daba estructura a su cara hinchada era su poblado bigote negro azulado.

Le enseñamos nuestras marcas.

Su postura parecía congelada.

"¿Qué quieren, señores?", preguntó. Hablaba con un fuerte acento. Pero al menos hablaba francés.

"¿Trabaja aquí una tal Danielle Subiere?", le pregunté.

"¿Qué quieres de ella?"

"Tendré que decírselo yo mismo. Son sólo unas preguntas".

Dudó, luego miró casi con aire de ayuda a los hombres del mostrador de la bodega.

Luego asintió y gritó unas palabras.

Un momento después, una mujer regordeta salió de una puerta que presumiblemente conducía a la cocina. El olor de los calamares y las tortillas impregnó la taberna.

"¿Danielle Subiere?", pregunté.

Asintió y miró mi carné con evidente respeto.

"¿De qué se trata?", preguntó.

"¿Hay algún sitio donde podamos hablar sin que nos molesten?"

"Tome la habitación de al lado", sugirió el dueño de la bodega.

Por lo demás, la habitación contigua se utilizaba probablemente para el juego ilegal. En cualquier caso, habría sido ideal para ello, ya que una salida trasera conducía al exterior desde allí.

Danielle Subiere se sentó desplomada a la mesa. François también se sentó. Yo permanecí de pie.

"Se trata de su hijo", le dije.

"¡Fabrice!"

"Sí".

"¿Qué le pasa? ¿Qué ha hecho?"

"Probablemente sea miembro de una banda llamada ANGES TUEURS. Puede que haya oído ese nombre antes".

Danielle Subiere palideció. Había oído ese nombre.

"¿Está diciendo que tiene algo que ver con esos terribles incidentes del túnel de St-Loup? ¿Disparando indiscriminadamente a automovilistas indefensos como si fueran palomas de arcilla?" Ella negó enérgicamente con la cabeza. "Él nunca haría eso".

"Posiblemente", dije.

Y François le preguntó: "¿Sabe dónde está ahora su hijo?".

Ella tragó saliva.

"No", susurró, "ya no vive conmigo".

"¿Le visita de vez en cuando?", preguntó François.

Ella no respondió. Su mirada se entrecerró. Sus manos se tensaron y se cerraron en puños.

Miré a Danielle.

"Quizá sepas dónde está y no quieras decírnoslo. Puedo imaginar lo que pasa dentro de ti. No quieres traicionar a tu hijo. Puedo entenderlo".

"Usted no entiende nada, Sr. Marquanteur", murmuró sombríamente.

"Lo único que se ha establecido sin lugar a dudas sobre su hijo hasta ahora es que anoche iba en un Porsche que se denunció como robado, como hemos descubierto desde entonces. Pero no iba solo. Estaba con un tipo que había abierto fuego contra mi colega el Sr. Leroc y contra mí minutos antes. Su hijo conducía el coche de la huida. También estuvo en el lugar de los hechos poco después de la ejecución de dos traficantes de droga por los ANGES TUEURS. Eso también es seguro. Hasta ahora, no parece que haya cometido un asesinato, pero si no lo ha hecho ya, probablemente lo hará".

"¡Lo que mi colega está diciendo es que aún puede haber un camino de regreso para su hijo!"

Levantó la cabeza con orgullo y se echó el pelo hacia atrás. En otro tiempo debió de ser negro azulado. Ahora estaba mechado con numerosas hebras grises que le daban un brillo plateado.

"No estás aquí por pura filantropía", afirmó con frialdad. "Quieren tenderle una trampa a mi hijo, y saben exactamente cómo es eso. Le meterán en la cárcel para toda la eternidad. Alguien como él no tiene cabida en ninguna parte. Será un placer para el tribunal condenarlo y algún fiscal se lo prenderá en la camisa como trofeo".

"Eso depende", le contesté.

Pero parecía estar sorda de oído. Algo brilló en sus ojos.

Lágrimas.

Era muy consciente de lo que hacía su hijo. Mi instinto me lo decía, y siempre había hecho bien en confiar en él.

François, por su parte, dijo con toda la naturalidad que pudo: "Estos ANGES TUEURS controlan el tráfico de crack en una parte de Pointe-Rouge. Asesinan a sus competidores o los expulsan del barrio para hacer ellos mismos el negocio. Llevan la droga a las escuelas, Madame Subiere. Y hay otros padres que quieren a sus hijos tanto como usted a su hijo, cuyos hijos se convierten en cadáveres andantes por culpa de esta sustancia. Momias que ya están muertas antes de haber vivido de verdad... ¿La mantiene con dinero, señora Subiere?"

"No", dijo ella. Tragó saliva. "Él siempre se ofrecía, pero yo no quería". Sollozó. "No quería nada de eso. Nada de ese dinero".

Entonces levantó la vista y nos miró desafiante. "Han venido al lugar equivocado. No puedo ayudaros".

"No es a su hijo a quien buscamos", le dije.

"¿Ah, no?"

"Buscamos al jefe de la banda y a la gente que está detrás. Los que dejan que los niños hagan el trabajo sucio por ellos y les pasan todo el riesgo. Fabrice se adentrará cada vez más en el pantano. Le exigirán que cometa delitos. No sólo cosas inofensivas. Sino asesinato o algo parecido. Eso lo atará a los ANGES, lo convertirá en una herramienta obediente. ¡Sra. Subiere, su hijo no saldrá solo de esto! Cuanto antes lo encontremos, ¡mejor para él!"

"¿Puede garantizarme que no será condenado?"

La miré.

Y sacudió la cabeza.

"No, no puedo hacer eso. Aunque sólo sea porque no sé hasta qué punto está ya metido".

"¡Ya está!"

"Además, yo no soy el fiscal. Pero puedo decirle una cosa: siempre hay que ser el primero si se quiere hacer cualquier tipo de trato. Los últimos muerden a los perros. Créame, después de todo, no llevo en este trabajo sólo desde ayer".

"Lo siento", dijo y luego empezó a sollozar.

Le di una de las tarjetas de visita que FoPoCri había impreso para sus empleados.

"Puede llamarme en cualquier momento, señora Subiere. Cuando la llamada llegue a la centralita, será desviada a mi teléfono móvil. Espero que lo reconsidere".

Miró la tarjeta como si fuera algo travieso. Pero luego la cogió y se la guardó en el bolsillo.

Pensé que era un signo de esperanza. Pero quizá sólo sea un optimista sin remedio.

Preguntamos en el barrio. Fabrice Subiere no llevaba el tiempo

suficiente como para que nadie de aquí le conociera.

Enseñamos su foto por todas partes, y la mayoría de las veces nos encontramos con un muro de silencio glacial. No pondrían a uno de los suyos bajo el bisturí, hubiera hecho lo que hubiera hecho.

Sin duda, también temían posibles actos de venganza. Era mejor guardar silencio, parecían pensar la mayoría de ellos.

Sin embargo, al final conseguimos algo útil.

El dueño de una tienda, que dijo haber sido acosado a menudo por los amigos de Fabrice en el pasado, nos llevó a su trastienda y nos contó que el joven ÁNGEL se paseaba a menudo por el barrio. Con coches diferentes, pero siempre con clase y mucho dinero en el bolsillo.

"Se metía coca", dijo. "Créame, la gente de aquí tiene buen ojo para ese tipo de cosas. Siempre tenía la nariz roja. Las membranas mucosas estaban carcomidas por la nieve... Eso viene del frío a la larga".

"¿Con qué frecuencia visita a su madre?", le pregunté.

"No tanto últimamente. Ella tenía algo en contra de los chicos con los que él se juntaba. Estaba en el barrio más a menudo por Deborah".

"¿Quién es?"

"Su amor de arena. Lástima de ella. Nunca pensé que se convertiría en la novia de un traficante. Pero el dinero hace girar el mundo. Por desgracia, así son las cosas. Y el hecho es que Fabrice tiene más que la mayoría de la gente de la calle".

"¿Dónde vive esta Deborah?"

"Está a la vuelta de la esquina".

Mientras tanto, Fabrice Subiere había colocado nuevas matrículas en el Porsche blanco. Esperaba poder salirse con la suya durante un tiempo más. No tenía ningún deseo de comprarse un coche nuevo por el momento. Simplemente, no le apetecía.

Le pasaban muchas cosas por la cabeza.

Todo lo que ayer le había parecido importante ahora parecía ponerse en duda. Necesitaba a alguien con quien poder hablar. Pero no había nadie. Nadie que le comprendiera en ese momento.

Pensó que había encontrado lo que siempre había echado de menos en la banda. Una cierta protección y la sensación de tener sentido. Casi había adorado a Tueur-Cédric. Había querido llegar a ser como él. Cédric lo había conseguido de verdad. Había hecho su propia ley y no había nadie que pudiera bailar alrededor de su nariz. Nadie que se atreviera a hacerlo.

Toda Pointe-Rouge tembló ante Cédric.

Pero el incidente de la noche anterior había dado que pensar a Fabrice.

Es frío como el hielo, pensó Fabrice. Cuando se trataba de su ventaja, Cédric no conocía amigos, aunque por lo demás hablara mucho de amistad. Entonces Tueur-Cédric hizo honor a su nombre de guerrero y pasó literalmente por encima de cadáveres. Y no sólo los del otro bando.

Tampoco perdonaba a su propio pueblo si ello le prometía alguna ventaja.

Eres un asesino, pensó Fabrice. *¡Y ese bastardo te obligó a hacerlo!* Aquel pensamiento le aterrorizó.

¡Son hechos, Fabrice! ¡Mírelos a los ojos!

Fabrice no sabía qué hacer. Ni siquiera se atrevía a soñar con marcharse. Sabía lo que les ocurría a los llamados traidores. Y la sola idea le revolvía el estómago.

No tiene ninguna posibilidad, pensó amargamente. *Es demasiado tarde para cambiar de bando. Ya tienes demasiadas cosas en tu plato.*

Sintió que se encontraba en un callejón sin salida.

La sensación de no poder respirar se había vuelto cada vez más abrumadora. Se sentía como en una camisa de fuerza.

Lo primero que quería hacer era hablar con Deborah. Quizá ella le entendería…

Tal vez.

Fabrice aparcó el coche a un lado de la carretera. Estaba muy distraído. Los pensamientos se agolpaban en su cerebro como relámpagos y, en consecuencia, se descuidó. Casi choca contra el parachoques de otro coche aparcado.

No se meta en líos, pensó.

Salió del coche. Se subió el cuello de su chaqueta de cuero. Un viento helado barría entre los lóbregos bloques de casas.

Llevaba una gran automática bajo la axila. El cargador estaba lleno.

Tueur-Cédric le había enseñado cómo afrontarlo. Cédric había sido un buen maestro.

Tiene que decidirse, pensó. *¡Decide por fin qué camino quieres tomar! ¡Debería haberlo hecho hace mucho tiempo!*

Respiró hondo.

Y entonces miró hacia la fachada de la casa donde vivía Deborah.

Antes de irse, esnifó una pizca de cocaína.

Deborah Villiers era una belleza. Pero tanto su vestuario como la decoración de su piso eran demasiado lujosos para una joven que acababa de dejar un trabajo temporal en una peluquería, como ella misma nos contó.

El mobiliario era todo nuevo. Muebles modernos de estilo ligeramente futurista. Algunas de las piezas procedían de tiendas de moda.

Estaba muda como un pez.

"No tengo nada que ver con las drogas ni con los ANGES TUEURS", siseó finalmente, echándose la melena rizada al cuello. Cuando levantó la barbilla, parecía bastante altiva. "Y en cuanto a Fabrice, no tengo ni idea de dónde está ni de dónde ha sacado el dinero".

Había unas cuantas fotos de Fabrice en la pared. Una le mostraba en una Harley con un traje de cuero oscuro. El casco también era oscuro y tenía pintada una cruz blanca. Lo llevaba bajo el brazo y hacía un signo de victoria a la cámara. Había otras figuras en el fondo cuyos rostros no eran más que pequeños puntos oscuros.

Quité el cuadro de la pared.

"¿Qué estás haciendo?"

"Lo recuperarás", le dije. "Pero por ahora, tendré que confiscarlo".

"Pero..."

No ahondé más en el tema, sino que se lo pasé a François, que me miró interrogante.

"El fondo podría ser interesante", dije. "Hay manchas de hielo en la carretera. Así que probablemente sea de este invierno".

En ese momento, alguien llamó al timbre del piso de Deborah.

François y yo desenfundamos nuestras pistolas casi simultáneamente.

François se colocó a la derecha de la puerta, yo a la izquierda. Miré a Deborah.

"¡Abre!", le susurré.

Tragó saliva. Luego respiró hondo y se dirigió a la puerta.

Echó un vistazo por la mirilla.

"¿Eres tú, Fabrice? ¡Huye! El FoPoCri está aquí!", gritó.

Fuera, en el pasillo, se oían pasos rápidos. Me precipité, abrí la puerta de un tirón y salí furiosa. Me disparaban desde el otro extremo del pasillo. Fogonazos. Me agaché instintivamente cuando el proyectil pasó cerca de mí y se estrelló contra la pared que tenía detrás.

"¡Alto ahí! FoPoCri!" grité mientras subía la P 226.

Fabrice nunca soñó con rendirse. Disparó salvajemente. Me tiré al suelo, rodé mientras las balas acribillaban el suelo raspado a diestro y siniestro y luego devolví el fuego.

Pero Fabrice ya se había ido. Había desaparecido en el único ascensor.

Era de todo menos moderno, pero sin duda llegaría a la planta baja más rápido que nosotros.

Me puse en pie y bajé corriendo las escaleras. François me siguió. Por el rabillo del ojo, vi que François se detenía de repente. Golpeó con el puño una caja de fusibles empotrada en la pared.

Completado.

Con un certero disparo de su Sig Sauer P 226, hizo que la caja metálica se abriera de golpe. Y luego accionó todos los interruptores. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Las luces y los televisores se apagaron en toda la casa.

Se oía un estruendo procedente del hueco del ascensor. Luego un chirrido de cables de acero y el gemido de ruedas dentadas y cabrestantes.

Yo también me había detenido mientras tanto.

François me siguió y sonrió.

"Parece que he acertado", dijo. "En cualquier caso, Fabrice Subiere está tan seguro como en una de nuestras celdas de custodia en este momento".

Sonreí.

"¡Una vez más se ve que los pocos años de servicio que me quedan por delante siempre se hacen notar en alguna ocasión!"

Omar Chengiz se asomó a la ventana en albornoz y miró hacia el jardín. Guardias con subfusiles Uzi y perros afilados patrullaban la zona. Las cámaras de vigilancia se movían entre los arbustos. Reaccionaban automáticamente a cada movimiento.

La lujosa casa de Chengiz parecía una fortaleza. El anterior propietario había sido cónsul de un dictador asiático tan dependiente de la máxima seguridad como Chengiz.

Entonces los vientos políticos cambiaron en el país de origen del embajador. Había caído en desgracia y no pudo conservar la propiedad. Chengiz pudo adquirirla a un precio favorable.

Hubo incluso la oportunidad de aterrizar un helicóptero en el jardín.

Por si acaso.

Con el negocio que dirigía Omar Chengiz, nunca estaba a salvo de tener que huir repentinamente.

Chengiz levantó el vaso con la bebida de color amarillo limón y lo vació de un trago.

Era un hombre de unos cincuenta años. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, lo que le daba una expresión a la vez severa y aristocrática. Quería dar esta impresión. En realidad, procedía de un entorno muy humilde.

Una fina sonrisa jugueteó alrededor de los labios de Chengiz, que hasta entonces habían formado una línea recta.

El negocio iba bien.

Pronto estarán todos bailando a mi son, pensó.

Tenía grandes planes.

Chengiz se dio la vuelta. Una mujer joven estaba repantigada en la gran cama de agua extra ancha. La manta se deslizó hacia un lado, revelando la línea curva de su espalda desnuda. Su larga melena rubia le caía hasta el omóplato izquierdo.

"Es temprano por la tarde", dijo Chengiz después de saborear un

rato la vista de ella. "Es hora de levantarse".

Giró la cabeza. Su mirada estaba nublada.

Se agarró la cabeza y se frotó las sienes.

"Veo que ha sobrevivido bastante bien a esta noche salvaje", sonrió Chengiz.

Respiró profundamente. Sus pechos llenos subían y bajaban.

"Pero la tela era basura", dijo.

"Quizá no deberías tomarlo tanto. Vendes algo así, pero no te lo llevas tú. Sólo los idiotas hacen eso".

"¡Gracias por el consejo!" Curvó los labios en un mohín.

"De nada".

"Si yo también pudiera darte una". Se levantó y recogió sus cosas, que estaban esparcidas por el suelo, una a una.

"Claro".

"¡Disparen a sus proveedores! Le están engañando y estirando el tejido".

"Error".

"¿Eh?"

"Estiraré la tela para que pueda disfrutar de su cerebro un rato más".

Hizo una mueca.

"¡Muy gracioso!" Se fue con sus cosas en dirección al baño.

Chengiz sonrió. Observó sus gráciles movimientos. En realidad no había ni un defecto en su cuerpo. Excepto la mucosa nasal dañada por la inhalación de cocaína. A menudo tenía la nariz enrojecida, pero eso podía cubrirse con polvos.

En cuanto empiece a inyectar, tendré que quitármela, pensó. Esas marcas de pinchazos le parecían poco apetecibles. No quería ver ni tocar nada así.

Se detuvo ante la puerta del cuarto de baño y le miró.

"Necesitas algo para animarte, ¿verdad?", dijo. "Sírvete. Aquí hay mucho".

Sonó un timbre. Era la señal del sistema interno de intercomunicación. Si alguien le molestaba ahora, significaba que debía de ser realmente importante.

Chengiz se acercó a la mesilla de noche y encendió el intercomunicador.

"¿Qué pasa?", gruñó.

"Un tal Sr. Valdez desea hablar con usted. Dijo que le recibiría a cualquier hora del día o de la noche".

"¡Así es, Almendar!"

Chengiz respiró hondo. Su rostro se volvió muy serio.

"Enseguida voy", murmuró por el intercomunicador.

El propio Pedro Valdez era un hombre sin importancia. Ostensiblemente un comerciante de importación y exportación, era en realidad un mensajero que viajaba por cuenta de proveedores de droga sudamericanos.

Y cuando se presentó aquí y pidió una reunión, las alarmas de Chengiz empezaron a sonar de golpe.

Diez minutos más tarde, Omar Chengiz, vestido con un traje gris de doble botonadura, entró en la espaciosa sala de recepción, decorada exclusivamente en blanco y negro, donde había hecho esperar a Valdez.

Chengiz no vino solo.

Le acompañaba un hombre alto de rostro anguloso: Diego Almendar, su confidente y guardaespaldas. Una de las pocas personas en las que realmente confiaba.

Valdez era un hombre bajo y regordete con ojos astutos. Llevaba un maletín en la mano.

Cuando vio a Chengiz, se levantó del sillón de cuero negro en el que se había sentado y estrechó la mano del barón de la droga.

"¡Saludos, Sr. Chengiz!"

Pedro Valdez hablaba francés. Su español estaba bastante oxidado, como solía decir. Después de todo, sus padres habían nacido en Francia y los pocos conocimientos que había adquirido en su infancia no eran suficientes para negociaciones complicadas.

"Buenas tardes, Pedro. Quédese sentado". Chengiz escrutó atentamente a su homólogo.

Se sentó frente a Valdez. Diego Almendar se giró de lado, se acercó a la ventana y se apoyó en la pared. Cruzó los brazos delante del pecho de forma que la pistola que llevaba en la funda del hombro sobresalía claramente de la ajustada chaqueta de 500 euros.

"¿Un trago, Pedro?"

"No, gracias. Sabes que mi estómago no aguanta más".

"Ah, sí, lo recuerdo".

"Seré breve, señor Chengiz. Acabo de llegar de Bogotá. Algunas personas de allí, con las que usted trabaja estrechamente por negocios, están muy preocupadas."

"¿Preocupada?"

Chengiz intentó parecer relajado. Se echó hacia atrás, sacó con los dedos un estuche plateado del bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un delgado cigarrito del estuche.

Los ojos saltones de Valdez fijaron en Chengiz una mirada penetrante.

"Se trata de la guerra que están organizando en Pointe-Rouge".

Chengiz mantuvo la calma por fuera, encendió el cigarrito, expulsó el humo e intentó formar anillos con él. Pero por dentro hervía.

"¿De qué guerra está hablando?", preguntó.

"No hace falta que se haga el despistado conmigo, Sr. Chengiz".

"Creer".

"Lo que yo crea no importa en absoluto. La gente en cuyo nombre viajo tampoco está interesada en escupir en su sopa. Aprecian los muchos años de buena cooperación".

"Me alegra oírlo".

"Lamentarían tener que buscar otros socios".

Chengiz se sobresaltó. Su rostro se tornó de un rojo oscuro. "¿Se supone que eso es una amenaza?"

Mientras tanto, intentaba *mantener el control.*

Intentó respirar con calma. Tenía que ocurrir en algún momento. Chengiz maldijo para sus adentros.

"No le estoy amenazando de ninguna manera", dijo Valdez.

"Oh, ¿y cómo se supone que voy a entender eso entonces?"

El rostro de Valdez permaneció completamente inmóvil. Parecía tan frío como un pez.

"La gente para la que trabajo está interesada en un mercado tranquilo. Lo que están organizando provocará una reacción violenta de las autoridades".

"Parece que los señores de Bogotá saben exactamente qué hacer.

¿Qué cree que debo hacer?"

"¡Encadenen a sus perros de ataque en Pointe-Rouge y siéntense a la mesa con Montgomery Whaylor!"

"¿El jamaicano?"

"Sí".

"Escuche..."

"Sé que han expulsado casi por completo a los comerciantes de Whaylor de Pointe-Rouge, pero nadie en Bogotá cree que pronto podrán apoderarse de todos los negocios de los jamaicanos. Esto significa que la guerra continuará interminablemente y al final todos sufrirán".

Chengiz se lo pensó. Sus proveedores también entregaban a los jamaicanos, podía suponer. Por supuesto, la posición de los proveedores era mejor si uno de los importadores no se hacía demasiado poderoso y dominaba una parte demasiado grande del mercado.

Pero Chengiz no estaba dispuesto a doblegarse ante los de Bogotá. Su cerebro funcionaba. Chengiz tenía grandes planes. Planes en los que no estaba dispuesto a transigir.

El ataque es la mejor defensa, pensó.

"Esta noche vuelo de regreso a Bogotá", dijo Pedro Valdez. "¿Qué les digo a mis clientes?"

Chengiz respiró hondo. Su sonrisa parecía torturada.

"Bueno, los deseos de los buenos socios comerciales son casi órdenes para mí".

"Me alegra oírlo. Habría lamentado que una larga y fructífera colaboración hubiera llegado a un abrupto final".

"No lo habría pensado ni por un momento".

"Bien", dijo Valdez y se levantó. "Sólo espero que tenga a su gente en Pointe-Rouge bajo control".

"Por supuesto".

"Adiós, Sr. Chengiz".

"Adiós, Pedro".

La mano que Chengiz tendió a su homólogo estaba helada. El hombre bajo y gordo se volvió hacia la puerta. Cuando hubo salido, Chengiz se volvió hacia Diego Almendar.

"¡Tengo un trabajo para ti, Almendar!"

Almendar se acercó y comprobó el ajuste del arma en la funda del hombro.

"¿De qué se trata, jefe?"

"¡Maten al gordito!"

Diego Almendar frunció el ceño. Pensó que le había oído mal.

Chengiz sonrió con superioridad. "¡Deprisa! No debe llegar nunca a Bogotá".

"¡Enviarán a otro!"

"Por supuesto. Pero nos hará ganar unos días. Unos pocos días. Tal vez tiempo suficiente para darle la vuelta a todo el asunto. ¡Asegúrate de que el cuerpo de Valdez no sea encontrado, o al menos no pueda ser identificado!"

"Sugiero que echemos la culpa a los jamaicanos".

"También bien".

Almendar asintió y salió de la habitación.

Para cuando el sucesor de Valdez hubiera llegado aquí, a Marsella, la exigencia de Bogotá de sentarse a la mesa con Montgomery Whaylor habría dejado de tener importancia.

Para entonces, el jamaicano ya no existiría.

François y yo habíamos detenido debidamente a Fabrice Subiere tras sacarle del ascensor. Básicamente, era bastante sencillo. En cuanto volvía a conectar el fusible, el ascensor continuaba su descenso.

La puerta se abrió automáticamente y pudimos recoger a Fabrice. No tenía ninguna posibilidad.

Le trajimos a nuestra oficina.

Por supuesto, esperábamos sacarle alguna información.

Lo necesitábamos urgentemente.

Nuestros especialistas en interrogatorios Davide Cherdan y Derek Bajere se habían turnado para interrogar a Fabrice Subiere. Pero no pudieron sacarle nada. Estaba callado como una tumba.

Bajere me lanzó una mirada de impotencia.

Se sentó en la pequeña mesa de la sala de interrogatorios, con las manos cruzadas y la mirada fija en el tablero.

Tenía delante unas fotos de Cédric Danton. Fabrice no quería confirmar que este Cédric Danton era idéntico al infame Tueur-Cédric. Pero la primera reacción que apareció en su rostro fue inconfundible.

Aunque no pueda utilizarse en los tribunales.

Pero ahora tenía claro que Danton era el jefe de los ANGES TUEURS.

Bajere le sugirió que compareciera como testigo clave o que cooperara con nosotros. Pero lo rechazó todo.

"¡Escuche, usted condujo un coche robado y lo utilizó como vehículo de huida en un atentado contra dos agentes federales!", dijo Bajere secamente. "Sólo eso puede meterte en más problemas de los que crees posibles. Después de todo, ya no eres una pizarra en blanco. Y luego están los pocos gramos de cocaína que te encontramos".

"¿Dónde se reúnen? ¿Dónde está el cuartel general?", pregunté.

"Ni siquiera puedes demostrarme que soy realmente miembro de estos ANGES TUEURS", dijo entonces Fabrice Subiere con mucha calma. "Entonces, ¿qué es lo que quiere? Y en cuanto a lo otro: ahí tiene su declaración, Sr. Marquanteur, y si yo la impugno..."

"No, no es tan sencillo".

"¿Ah, no?"

"Encontramos restos de sangre en el Porsche robado".

"El dueño debió rascarse demasiado la nariz".

"Es fácil de determinar mediante un análisis genético", respondí. "Creo que es la sangre del tipo que nos disparó. Pero pronto lo averiguaremos. El tipo tiene una herida de bala. Tendrá que recibir tratamiento en algún sitio".

Fabrice tragó saliva.

"Ya no lo necesita", susurró entonces sin ton ni son.

Hablaba muy despacio, casi como en trance. Una sacudida parecía haberle atravesado. Pudo ver el conflicto interior que le atormentaba.

Eché una rápida mirada a Bajere. Y él asintió secamente.

Fabrice estaba ahora dispuesto a hablar.

En el momento siguiente me di cuenta de cuál era el factor

desencadenante.

"¿Por qué el hombre ya no necesita tratamiento médico?", pregunté.

Fabrice no me miró. Su rostro estaba petrificado.

"Porque Tueur-Cédric simplemente le disparó". Su rostro enrojeció. Podía ver cómo la ira sacudía sus entrañas. Y finalmente algo de ella salió.

Golpeó la mesa con los puños. "Le admiraba", tartamudeó. "Admiraba". Lo repitió como un eco. Sacudió ligeramente la cabeza, como si no pudiera entenderse a sí mismo. Su mirada se dirigía hacia el interior.

"¿Por qué hizo eso?"

"Porque una persona herida causa problemas. Por eso. Les dijo a los demás que habían sido los cerdos de la policía quienes le habían herido tanto que había sucumbido a sus heridas. Yo era la única a la que no podía mentir. Después de todo, Birdie había estado sentada a mi lado en el coche. Sabía que aunque su herida sangraba como una loca, era inofensiva. Nadie muere por un disparo en el hombro. Ningún ser humano".

Tragó saliva. Luego levantó la vista.

Por qué no aclarar las cosas por completo, pensó. Se sentía mejor desde que había empezado a hablar. Se había quitado un peso de encima. Parecía casi aliviado. Una sonrisa débil y contenida jugueteó alrededor de sus labios. El impulso era fuerte para seguir hablando.

"Maté a un ser humano", dijo.

"No deberías decir nada que te incrimine, Fabrice", le dije. "Sabes que, de lo contrario, podría ser utilizado en tu contra ante un tribunal".

"Sí, ya lo sé".

"¿Fue en el túnel de St-Loup?"

"No. Era un traficante de crack que básicamente estaba como muerto".

Ahora intervino Bajere.

"Se hacen pruebas de valor de vez en cuando cuando se acoge a alguien".

Asintió con la cabeza. "Sí".

Continué: "Y siempre te aseguras de que todo el mundo sepa que fuiste tú".

"¡Por supuesto! ¿Por qué me preguntas cosas que ya sabes?"

"¿Podría utilizar un bote de spray para rociar el logotipo de ANGES TUEURS en el asfalto?"

"¡Cualquiera de nosotros puede hacerlo!"

"¿Olvidaría las tres puntas de la A de ANGES?"

"¡Por supuesto que no! Eso sería un sacrilegio!"

"Pero su marido no pareció tomárselo demasiado en serio durante el último ataque al túnel de St-Loup".

"¿Se refiere al ataque que dejó tantos muertos?"

"Sí".

Me miró. "Ese no era uno de nosotros".

"¿Quién más?"

"No lo sé. Algunos de nosotros nos enfadamos mucho porque alguien utilizó nuestro nombre. Ya queríamos enviar un mensaje a la policía distanciándonos de ello".

"Pero no lo hizo", aclaró el Sr. Bajere.

"Cédric dijo que debíamos dejar descansar el asunto".

"¿Por qué?"

"Sería bueno para nuestra imagen. Queremos que a nuestros enemigos se les ponga la carne de gallina cuando oigan nuestro nombre. Y el incidente llegó en el momento justo".

"No me parece muy creíble", dijo Bajere.

"¡Cree lo que quieras, poli!", siseó Fabrice.

"No pasa nada", le dije, intentando calmarle un poco. "¿Quieres un café? ¿O cigarrillos?"

"De todos modos, no se puede hacer bien el café con leche".

"Dependería de un intento".

Se encogió de hombros. "Lo que sea".

Un poco más tarde, puse una foto sobre la mesa delante de Fabrice. Era la foto de él en una Harley.

Se sorprendió.

"Lo cogimos del piso de Deborah", le dije. "¿El edificio del fondo es su lugar de encuentro?"

Se rió roncamente.

"No. No existe un punto de encuentro fijo. Cambiamos de base a intervalos regulares. De lo contrario es demasiado peligroso".

"¿Y dónde se reúnen en este momento?"

No contestó.

"No quieres ser un traidor", le dije. "Lo comprendo. Pero este Tueur-Cédric sólo te está utilizando. Te está atrayendo con dinero de la droga para sus propios fines y tú le sigues ciegamente. Probablemente habla mucho de amistad y cosas así, pero a la hora de la verdad, sacrificaría a cualquiera de vosotros. Lo has visto por ti misma".

Asintió ligeramente.

"Hay una casa vacía".

Nos dio la dirección.

Entonces le entregué una de las pocas fotos de Omar Chengiz que figuraban en nuestras bases de datos. El barón de la droga siempre se había cuidado meticulosamente de no ser fotografiado con demasiada frecuencia.

"¿Usted también conoce a este hombre?"

"No. No sé quién es".

"¿Le has visto antes? ¡Trata de recordar, Fabrice! Fíjate bien en esa cara".

Así lo hizo. Finalmente asintió.

"No estoy del todo seguro. El hombre que vi era un poco mayor y tenía bigote".

"La imagen no está del todo actualizada".

"Fue muy breve. Una limusina oscura se acercó y bajó una ventanilla tintada. Tueur-Cédric se acercó y habló con alguien a través de la ventanilla abierta. Vi su cara durante medio segundo".

"¿Cuándo fue eso?"

"Hace tres semanas".

"¿Y no otra vez después?"

"No." Respiró hondo. "Lo recordaría. La gente así no viene a nosotros tan a menudo".

"¿Le preguntó a Tueur-Cédric quién era?"

"Sí".

"¿Y?"

"No me contestó".

"Y usted lo aceptó".

"¡Hombre, es el jefe!"

Asentí con la cabeza. "Ya veo".

Poco a poco, empezó a formarse una imagen. Los ANGES TUEURS eran efectivamente los secuaces de Omar Chengiz, tal y como habíamos sospechado. Y eso a su vez significaba que no estaban librando su guerra de conquista por iniciativa propia. Chengiz estaba detrás. Parecía estar poniendo todos los huevos en la misma cesta para ahuyentar a la competencia. Al mismo tiempo, el fino caballero quería hacer borrón y cuenta nueva. Dejó el riesgo y las manos ensangrentadas a los chicos de los ANGES TUEURS. Un juego pérfido.

Con una buena docena de vehículos de emergencia, nos dirigimos a la dirección que nos había dado Fabrice. Las unidades de policía nos apoyarían.

Yo estaba al volante de un Renault. François iba en el asiento del copiloto. Las luces azules parpadeaban en el techo.

La dirección pertenecía a los antiguos locales de un taller de reparación que había quebrado hacía unos años. Pertenecía a una gasolinera, pero ya no había surtidores.

Nuestra gente saltó de los vehículos de emergencia. La mayoría de ellos llevaban chalecos de combate y chalecos antibalas debajo. Muchos iban equipados con subfusiles. No sabíamos cuánta resistencia encontraríamos. Teníamos que esperar lo peor.

También llegaron al lugar vehículos de la policía. Agentes fuertemente armados acordonaron la zona. Todo tuvo que suceder muy rápidamente antes de que alguien fuera alertado.

Los agentes del FoPoCri se colocaron en los tejados y detrás de los muros y sacaron sus armas. Todos estábamos conectados entre nosotros mediante walkie-talkie.

El edificio principal era un gran cobertizo para herramientas. A su lado había un edificio de viviendas de tres plantas con una tienda en el piso inferior. Ahora los escaparates estaban tapiados. La fachada se estaba desmoronando. Pero había cortinas colgando de las ventanas, lo que indicaba que alguien seguía viviendo aquí.

He comprobado el cargador de mi P 226.

François estaba oficialmente al mando de la operación. Dirigió a los oficiales por radio para que pronto tuvieran rodeado el taller y los edificios vecinos.

"Ya deben haberse dado cuenta de nuestra presencia", dije.

"En cualquier caso, ya nadie puede salir de aquí", dijo François. "O tendría que ser cosa del diablo".

"A veces es así".

Acechamos hacia ellos. Siempre con cuidado de tener suficiente

cobertura.

QUARTIER GÈNÈRAL DES ANGES TUEURS estaba escrito en la verja del taller. Alguien lo había rociado con pintura negra sobre el metal oxidado del que estaba hecha la verja.

Registré las tres puntas en la A de ANGES.

Pero eso no significaba nada más que el pulverizador conocía los detalles. Pintadas con spray como ésta no eran infrecuentes aquí en Pointe-Rouge. No eran necesariamente sólo miembros de los ANGES o de otras bandas los que rociaban algo así en las paredes. A menudo, los rociadores eran también jóvenes que aún no eran lo suficientemente mayores o curtidos como para ser aceptados por las bandas.

Pero dejaron claro quiénes eran sus modelos a seguir.

Se avanzaba lentamente. Los primeros agentes del FoPoCri se habían situado en las entradas del bloque de apartamentos.

"Casi parece que ya no hay nadie aquí", me susurró François.

Agachados, nos habíamos abierto camino hasta los restos oxidados de una antigua furgoneta Peugeot con dispositivo de remolque. Un vehículo que podría haber entrado en un museo si hubiera estado en mejores condiciones. François dejó vagar su mirada.

Todo estaba bajo control. Nadie podía moverse sin que nosotros pudiéramos controlarlo.

"¡Ahora!", señaló François a través del walkie-talkie.

Los ANGES TUEURS fueron llamados por megáfono a rendirse y a salir al exterior con las manos en alto.

Pero no hubo ninguna reacción.

Pasaron unos momentos.

"Hace tiempo que se fueron", dijo François.

"Posiblemente", dije.

"Se habrán preguntado dónde estaba ese tal Fabrice Subiere".

"Y quiere decir que todas las alarmas sonaron en el ANGES",

terminé.

"¿Es tan absurdo? La noticia de nuestra aparición en el centro se habrá extendido rápidamente. Ya sabe que Marsella es básicamente un gran pueblo. Al menos en lo que se refiere a la velocidad a la que se propagan las noticias y los rumores".

Dejo vagar mi mirada por la sala de talleres y el edificio residencial.

Estaba condenadamente tranquilo.

Sólo una rata gorda salió de un agujero en la pared del taller y se arrastró tranquilamente por el centro de la plaza.

La llamada del megáfono se repitió.

Como no hubo reacción, François dio la señal de partida.

Unos segundos después, se desató el infierno.

Dos agentes de FoPoCri intentaron abrir la puerta de la sala de talleres.

Una enorme explosión los lanzó hacia atrás. Cayeron de espaldas al suelo y quedaron inmóviles sobre el asfalto, mientras un enorme agujero aparecía en la puerta del taller.

Nuevas explosiones convirtieron la sala en un infierno en llamas en unos instantes. Hongos calientes de fuego salieron disparados hacia arriba y destrozaron todos los cristales con el calor.

Al mismo tiempo, varias cargas explosivas detonaron en el edificio residencial. Las ventanas se hicieron añicos. Estallaron las llamas. Nuestra gente, que se había situado cerca, intentó ponerse a salvo como pudo.

Los bomberos y el médico de urgencias llegaron rápidamente. Pero nadie pudo ayudar a los dos compañeros que habían permanecido de pie a la entrada del taller. Estaban muertos.

El horror de esto estaba escrito en la cara de algunos de nosotros.

Varios policías más resultaron heridos. Los equipos de ambulancias de emergencia les atendieron.

Pronto se pudo controlar el fuego. Pero pasarían horas antes de que todo estuviera extinguido y se pudiera entrar en los edificios.

Ya se había solicitado un equipo forense como medida de precaución.

Pero los ANGES TUEURS se habían asegurado de que no encontráramos demasiado.

"Este Tueur-Cédric parece ir siempre un paso por delante de nosotros", gruñó François con los puños apretados, mientras los bomberos seguían enfocando sus chorros de agua sobre los edificios en llamas.

"Lo atraparemos", prometí.

La única pregunta era ¡cuánto daño pudieron causar él y su banda antes de ese momento!

Omar Chengiz se recostó en el asiento trasero de su limusina extralarga. La puerta se abrió y Diego Almendar se sentó a su lado.

"¿Y?", preguntó Chengiz.

Diego Almendar parecía satisfecho.

"El hombrecillo está muerto". Sonrió ampliamente. "Lo arrojé al mar, bien lastrado. Un barril de ácido habría sido aún mejor, pero no se puede organizar algo así a toda prisa".

"¡Ahórreme los detalles! Lo principal es que no vuelva a aparecer".

"¿Cree que soy una principiante, Sr. Chengiz?"

Chengiz se encogió de hombros.

"El éxito te hace arrogante - ¡y descuidado!"

Almendar se rió. Cerró la puerta de golpe. El chófer de Chengiz arrancó el coche y se adentró en el tráfico vespertino de Marsella.

"¿Adónde va, Sr. Chengiz? Parecía urgente cuando me llamó al móvil".

"También es urgente".

"¿De qué se trata?"

"No quería decirlo por teléfono porque no estoy segura de si podrían estar escuchándonos".

"¿Cree que la policía le sigue el rastro lo suficiente como para que un juez autorice algo así?"

Chengiz se encogió de hombros.

"Nunca se es demasiado precavido". Sonrió y continuó: "Vamos a reunirnos con Cédric Danton".

"Un poco complicado en este momento, ¿no cree?"

"Pero es inevitable. Ya oíste lo que me dijo Valdez".

"Absolutamente".

"Tenemos que actuar con rapidez ahora".

Almendar miró por la ventanilla trasera. La limusina negra giró hacia una calle lateral y luego hacia otra.

"¡Nos sigue un coche!"

"¡Esta es mi gente, Almendar!"

"Es bueno saberlo".

"Sólo espero que Tueur-Cédric sea sensato y haga lo correcto".

Almendar enarcó las cejas. "¿Tiene alguna duda al respecto?"

"Últimamente parece un poco irrespetuoso".

"Quizá deberías haberle puesto una cadena más apretada".

"Entonces el riesgo habría sido mayor para mí".

"Usted manda, señor Chengiz", suspiró Almendar.

El rostro de Chengiz se endureció. Su voz sonaba tan fría como el tintineo del hielo.

"Nadie debería olvidarlo", murmuró. "¡Nadie!"

A Diego Almendar no le gustó el matiz. Pero no dijo nada al respecto. En su lugar, preguntó: "¿Dónde hemos quedado con Cédric?".

"En la Luz Azul La tienda es oficialmente propiedad de un testaferro, pero la mayor parte del dinero es mía. Así que puedo controlarlo todo allí. Y un chico del gueto como Cédric Danton sería probablemente la última persona que buscarías en un lugar elegante como el Blue Light".

Ya era muy tarde cuando nos sentamos en la sala de reuniones de Monsieur Marteau. Fuera ya había oscurecido y a través de la ventana teníamos una vista del mar de luces de la ciudad que nunca duerme.

Caron y Ndonga también acababan de regresar a la presidencia.

Fred Lacroix se sentó desplomado en uno de los sillones de cuero liso del despacho del Sr. Marteau. Sorbía su café. Melanie hacía tiempo que había llegado a casa, por supuesto, así que el brebaje no tenía el sabor especial que se le daba en este lugar. Los sindicatos habían impuesto horarios de trabajo regulados para las secretarias, al menos en la función pública. Las cosas eran a veces diferentes para los comisarios del FoPoCri. Al fin y al cabo, nuestros adversarios no trabajaban en horario de oficina.

Monsieur Marteau puso una cara muy seria. Desde que toda su familia había sido asesinada por gángsters, había dedicado toda su vida a luchar contra el crimen. Ya casi no había nada parecido a una vida privada para él. Por eso, en su caso, no era nada extraño encontrarle aquí, en su despacho, a estas horas de la noche.

"Dos policías muertos", murmuró sombríamente, frunciendo el ceño. Por desgracia, ocurría una y otra vez que los compañeros perdían la vida en la lucha contra el crimen. En todos los años que llevaba en su puesto, el Sr. Marteau había aprendido a tomarse las cosas con calma.

Probablemente ninguno de nosotros se acostumbraría. No importa cuántos años de servicio tuvieras en tu haber.

François tomó la palabra.

"Nos tendieron una verdadera trampa", explicó. "Han convertido su cuartel general en una bomba".

"¿Han dejado algún rastro que pueda ayudarnos?", preguntó el Sr. Marteau. A pesar de todos los sentimientos comprensibles, el trabajo tenía que continuar. Esa era la actitud del Sr. Marteau.

"Un equipo forense volverá mañana, pero creo que fueron bastante minuciosos. Apenas podemos esperar huellas dactilares o algo así después de las explosiones y los incendios".

"Creo que Cédric Danton tendrá más cuidado en un futuro próximo", conjeturé. "Después de todo, los ANGES saben ahora lo cerca que les pisábamos los talones. Las entrevistas con los residentes locales sugieren que su partida se produjo hace sólo una hora".

"¿Dónde podrían estar ahora?", preguntó el Sr. Marteau.

"Quizá nuestro amigo Fabrice Subiere sepa algo".

"O le engañó desde el principio y sólo quería llevar a unos cuantos policías a su perdición", conjeturó Caron.

"No lo creo", le dije.

"¿Tiene alguna garantía de ello, Pierre? ¿Alguna prueba?"

Me encogí de hombros.

"Instinto", dije.

"Puede engañarle", respondió Stéphane Caron.

"Eso también podría ser una prueba circunstancial. Quizá me equivoque, pero Subiere me pareció muy convincente".

Monsieur Marteau me dirigió una mirada pensativa. Se abstuvo de hacer ningún comentario. En su lugar, se volvió hacia Caron y Ndonga.

"¿Qué revelaron sus indagaciones sobre Chengiz?"

"Se habla mucho de él. Circulan muchos rumores", explicó Caron.

Monsieur Marteau enarcó las cejas.

"¿Es el hombre que está detrás de los ANGES TUEURS?"

"La sospecha se confirma, en mi opinión".

"¿Tiene alguna idea de lo que hay realmente detrás de esto?"

"Supuestamente una disputa con Montgomery Whaylor, considerado el líder de un clan de jamaicanos implicados desde hace tiempo en las drogas, la prostitución y el juego".

"Está siendo juzgado en este momento", intervine. "¿O me equivoco, Stéphane?"

"No, no te equivocas, Pierre. La sentencia se dará a conocer mañana. Probablemente resultará en otra absolución - como en la última docena de juicios con los que un joven fiscal intentó ganarse sus espuelas, pero hasta ahora sólo ha conseguido que le sangren la nariz. Es como tantas veces: no se puede llegar al tipo porque los peces pequeños tienen que aguantar con sus aletas al gran tiburón".

Ndonga añadió: "Entre los pececillos de Whaylor hay comerciantes en Pointe-Rouge, y los ANGES TUEURS los están echando al mar".

Ndonga señaló entonces las fotos que había sobre la mesa frente a él.

"Chengiz está vigilado las veinticuatro horas del día. Vigilamos de cerca quién entra y sale de su casa. Ya hemos encontrado a unos cuantos conocidos. Por ejemplo, hay un tal Pedro Valdez, supuestamente un comerciante de importación y exportación. Ha volado hoy desde Bogotá. Por supuesto que no es un correo de drogas, Chengiz no sería tan descuidado. Según nuestros datos de archivo, Valdez es alguien que hace contrabando de una mercancía muy especial".

"¿Cuál?", preguntó el Sr. Marteau.

"Información y mensajes. Si aparece, es que algo pasa".

"¿Una orden de muy, muy arriba?", pregunté.

Ndonga asintió. "Era de esperar".

"¿No podrían conseguir una orden para pinchar a este tipo?", preguntó Fred Lacroix.

"La autorización judicial no sería un problema en este caso. Pero su villa es una de las fortalezas mejor aseguradas de la ciudad. Primero habría que entrar allí. Y en lo que respecta a los micrófonos direccionales y similares, Chengiz ha hecho instalar algunos artilugios técnicos para impedir una operación de este tipo."

"Hace tres años, la brigada antidroga intentó algo parecido con él", añadió Stéphane Caron. "Sin éxito".

Ndonga señaló otra foto. Mostraba a un hombre de aspecto muy joven. Una auténtica cara de leche. Parecía más bien delgado.

"Es mayor de lo que parece", dijo Ndonga. "Es Tim Valmonde, tiene veintitrés años, conduce una Harley que nadie se explica cómo pudo permitirse sin trabajo. Uno de los nuestros le siguió hasta Bompard y le perdió allí". Boubou se encogió de hombros. "Una hazaña. Claro que pudo tomar algunos atajos con su silla de bomberos".

"¿Un ÁNGEL?", preguntó el Sr. Marteau.

Ndonga asintió.

"Apostaría a que Valmonde es una especie de enlace entre Cédric Danton y Chengiz. Ciertamente no creo en las coincidencias cuando se trata de su aparición fuera de la villa de Chengiz".

"Por cierto, esta noche también está fuera", añadió Caron. "El colega Borell le está siguiendo. Chengiz está ahora mismo en Blue Light, una tienda que le pertenece, aunque intente disimularlo hábilmente". Caron sonrió. "Quizá pueda engañar a Hacienda - pero no al FoPoCri".

"Esperemos que tengas razón, Stéphane", dijo escéptico Monsieur Marteau. Y tenía motivos para ser escéptico. Después de todo, Chengiz se las había arreglado hasta ahora para escabullirse por todas las redes que se habían utilizado para atraparle.

Me volví hacia mi colega Lacroix.

"¿Averiguó algo sobre el conductor del BMW?"

Los ojos de Fred brillaron agresivamente.

"Probablemente lamentes que no te pusieran en este camino".

"¡Sólo creo que puede haber algo de cierto, aunque todo el mundo piense que estoy loco! En cualquier caso, Fabrice Subiere jura que el último ataque al túnel de St-Loup no fue llevado a cabo por ANGES TUEURS".

Fred Lacroix se echó hacia atrás. Vació su taza de café y luego explicó: "He intentado encontrar a la compañera de Latisse. Parece que ha desaparecido. Y anoche robaron en su piso. Alguien barrió literalmente de abajo arriba. Nadie puede decir si falta algo o qué se ha podido buscar, excepto su compañera, una tal Genevieve Malvoise. Se ha iniciado una persecución. Después de todo, no se puede descartar que se trate de un crimen. Quizá sepamos más mañana,

cuando los primeros resultados del servicio de identificación estén sobre la mesa".

"¿Un robo ordinario?", preguntó el Sr. Marteau.

"No, puede descartar eso", explicó Fred. "No se tocaron objetos de valor".

Era casi medianoche cuando François y yo nos sentamos en mi coche deportivo para volver a casa. Estuvimos en silencio todo el tiempo.

Quizá estábamos demasiado cansados para charlar.

Además, aún quedaba lo ocurrido en la antigua sede de los ANGES TUEURS. Incluso nosotros tuvimos que digerir primero esas imágenes. Dos de los nuestros habían sido alcanzados. Eso tampoco pasó desapercibido.

Pero la verdadera amistad también se caracteriza por el hecho de poder permanecer juntos en silencio.

Ya casi habíamos llegado a la esquina donde solía dejar a François después del trabajo y luego me dirigía a mi piso.

Entonces llegó la llamada.

Un momento después, François tenía el móvil en la oreja. Dijo dos veces escuetamente: "¡Sí!". Luego plegó el aparato y buscó la luz azul. Mientras bajaba la ventanilla lateral para colocarlo en el techo del deportivo, dijo: "¡Gíralo en la próxima oportunidad, Pierre!".

"¿Qué ocurre?"

"Tueur-Cédric ha aparecido".

"¿Dónde?"

"En la Luz Azul. Tres adivinanzas sobre lo que quiere allí".

"O quiere pasar una velada agradable o recibir instrucciones de Omar Chengiz".

"Tú lo has dicho".

La luz láser parpadeaba a través del Blue Light, un templo ultramoderno del entretenimiento en una clase propia. La parte principal era una discoteca con clase, pero también había bares separados y un restaurante en la planta superior que ofrecía una especie de comida rápida étnica las veinticuatro horas del día.

La tienda estaba de moda.

En cualquier caso, Chengiz estaba muy satisfecho de cómo iban las cosas aquí.

Junto con Diego Almendar, se abrió paso entre la multitud. Otros dos guardaespaldas le seguían discretamente.

La música retumbaba. Cuerpos crispados se movían a ritmos palpitantes bajo la luz láser.

Había quedado con Cédric Danton en uno de los bares. Pero Tueur-Cédric no estaba allí.

Y eso molestaba enormemente a Chengiz. Odiaba la impuntualidad y siempre la veía como un signo de rebeldía en sus subordinados.

"Tal vez le atracaron", dijo Diego Almendar.

Se dio la vuelta y comprobó la posición de la pistola bajo su axila. Si tenía que hacerlo, podía sacarla a la velocidad del rayo y dar en el blanco con una precisión milimétrica. Almendar tenía una puntería excelente.

Un hombre bajo y gordo llamado Valdez lo había experimentado recientemente.

Almendar estableció un breve contacto visual con los demás guardaespaldas. Todo parecía estar en orden.

Chengiz pidió una copa en la barra. Golpeó nerviosamente la barra con los dedos. La música no ponía nervioso a nadie.

"Aquí viene", susurró Almendar.

Señaló a un hombre alto y moreno con un traje a medida.

Tueur-Cédric tenía un aspecto completamente diferente. Ninguno de los chicos de Pointe-Rouge que juraban por él le habría reconocido a primera vista.

"Viene solo", dijo Chengiz, algo sorprendido.

"No lo creo", dijo Almendar con tono de advertencia. "Sin duda hay gente de él aquí. Puede apostarlo, señor Chengiz".

Cédric Danton llevaba el traje como un disfraz. Miró nervioso a su alrededor, echó un vistazo a una curvilínea belleza rubia cuyo vestido revelaba sus encantos más de lo que los ocultaba, y luego se volvió hacia el bar. Al principio fingió no haber visto a Chengiz. Luego se volvió hacia el gran jefe.

"Hola, Omar", dijo.

"No sé si le he autorizado a llamarme así", respondió Chengiz, algo irritado.

Cédric sonrió.

"Vamos, nos conocemos tan bien ahora... Prácticamente somos socios".

"¿Compañero?" Chengiz hizo una mueca de diversión. "Te sobreestimas, Cédric". Se rió roncamente. "Incluso entonces, cuando te contraté, siempre tuviste algo de megalómano".

"No me diga".

"¡Vamos, Cédric! ¡No perdamos el tiempo! Tenemos algunas cosas que discutir".

"¡Por supuesto!"

"Vamos al separee del fondo".

"Si me tomo una copa antes".

"Esa no es la cuestión, Cédric".

Los dos hombres se miraron. Era un duelo silencioso. Se midieron el uno al otro.

Tendré que cuidar de usted, pensó Chengiz.

No necesitaba ser rebelde en este momento.

Después de que Cédric recibiera su copa y llevara en la mano derecha un enorme vaso con un largo tallo y un líquido verde brillante en su interior, se dirigieron a la sala privada. Se acomodaron en los asientos ultramodernos en forma de cuenco.

"Se trata de lo siguiente", dijo Chengiz. "En primer lugar, ¡no debe volver a enviar un mensajero a mi villa!".

"¿Qué otra cosa podría hacer? Hay problemas y..."

Chengiz interrumpió bruscamente a Cédric. No le interesaban las objeciones. Él mismo estaba con el agua hasta el cuello. El asesinato de Valdez le daría un poco de tiempo para conseguir lo que quería. Pero ciertamente no una eternidad.

"Ahora hay que expulsar a la gente de Montgomery Whaylor de un solo golpe. ¡Intente persuadir al mayor número posible de ellos para que se unan a nosotros! No hay razón para que el resto de ellos exista en Pointe-Rouge".

"Yo sugeriría lo contrario", explicó Cédric. "Nuestra expansión ha sido quizá demasiado agresiva últimamente. Demasiada gente se ha fijado en nosotros. Los FoPoCri nos pisan los talones. Casi hacen volar por los aires nuestro cuartel general".

"¿Qué?"

Chengiz no pudo ocultar su sorpresa.

Cédric se inclinó hacia delante.

"El FoPoCri tiene a uno de los nuestros bajo custodia. Debe de haber cantado como un pájaro. ¡Qué lástima! Era un chico para el que tenía grandes planes. Quizá le sobrestimé".

"No ha pensado en otras fuentes, ¿verdad?"

"¿De qué estás hablando?"

Chengiz levantó las manos.

"Informantes, traidores... ¡No lo sé!"

Ahora Cédric se estaba enfadando.

"Mantengo limpio mi territorio", afirmó. "¡Con una escoba de hierro! Si no confía en mí..."

"No, no. Pero lo que acabo de decir es muy importante. Debemos destruir a Montgomery Whaylor y a su clan ahora".

"¿Por qué tanta prisa?" Cédric Danton se echó hacia atrás. "¿Por qué precisamente ahora y por qué tanta prisa? Esperemos a que esos entrometidos del FoPoCri vuelvan a tener trabajo de verdad. Proteger a algunos invitados del Estado o algo así. Todo pasará y entonces podremos seguir adelante".

"Desgraciadamente, no puedo", dijo Chengiz.

"¿Por qué no?"

"No puedo explicártelo, Cédric. Pero le diré una cosa: dentro de unos días, puede que el sueño de ambos ya no se haga realidad."

Cédric entrecerró los ojos hasta convertirlos en estrechas rendijas. Su dedo índice subió como la hoja de una navaja.

"Escuche, a diferencia de usted, yo he estado en prisión antes. ¡Y no tengo ningún deseo de volver allí otra vez!"

"Eso se aplica a todos nosotros", dijo Chengiz con calma.

Cédric devolvió con calma la mirada del barón de la droga.

"¡No voy a correr ningún riesgo, Sr. Chengiz!"

"¡Harás lo que te digo, Cédric!"

"Ah, ¿y cómo vas a obligarme?"

"¿Quién paga sus caros hobbies? ¿Quién es su espina dorsal financiera? ¿Quién se asegura de que todo fluya libremente? Sin mí, no eres nada, Cédric. Ni siquiera un pedazo de tierra. Si no fuera por mí, no serías nada".

"Puede que antes fuera así, Sr. Chengiz. Pero los tiempos han cambiado".

Chengiz estaba furioso. Se agachó y agarró a Cédric Danton por el cuello. ¡Ese podrido advenedizo, a quien él mismo había hecho grande!

Chengiz enseñó los dientes como un depredador.

"¡Escucha, rata!", gruñó. "En el juego que está a punto de comenzar, hay exactamente dos papeles que puedes desempeñar. ¡Verdugo o delincuente! ¿Cuál te gusta más? Depende enteramente de ti".

El rostro de Cédric Danton se congeló.

Este hombre está al borde del precipicio, pensó Cédric. Pero eso también significaba que Chengiz estaba dispuesto a todo en esta situación. Incluyendo movimientos precipitados. Cédric lo analizó fríamente y se preguntó cómo debía reaccionar ahora. La resistencia abierta a Chengiz estaba descartada. Sencillamente, el gran jefe seguía siendo demasiado grande para eso.

"¡Escúchame, Cédric! ¡Haz lo que te digo! Es lo mejor para todos. Te has metido en la difícil situación en la que estás".

"¿Ah, sí?"

"A través de estas malditas pruebas de valor. Y luego dos veces más seguidas en el túnel de St-Loup". Chengiz echó mano a su caja de cigarros. "Algo así siempre provoca un clamor de indignación por parte de la opinión pública. Y entonces la policía despierta de su hibernación". Se rió horriblemente. "¡Es culpa tuya, Cédric! Pero como profesional, sabrás manejar la situación". Chengiz encendió el cigarillo y sopló el humo en la cara de Cédric. "¡Quiero que Pointe-Rouge sea nuestra! Casi hemos llegado a nuestro destino. No querrás rendirte a pocos metros de la meta, ¿verdad?".

"¿Y si lo es?"

"Créeme, Cédric: ¡Soy peor enemigo que el FoPoCri!"

Chengiz clavó en Cédric una mirada penetrante.

Cédric se lo devolvió.

Se miraron en silencio durante un buen rato.

Entonces Tueur-Cédric dijo finalmente: "¡Usted es el jefe, Sr. Chengiz!".

Chengiz hizo anillos con el humo de su cigarillo. Sonrió ampliamente.

"¡Siempre me gusta oír esa frase, Cédric! Una y otra vez".

Cuando François y yo llegamos al aparcamiento frente al Blue Light, Caron y Ndonga ya estaban allí. Además, por supuesto, de nuestro colega Alex Borell y su compañero Adam Gregoire, que seguían de cerca a Chengiz en ese momento. Fred Lacroix tampoco tardó en llegar.

"Chengiz está ahí dentro", dijo Caron, señalando la entrada principal del Blue Light. "Y probablemente se esté reuniendo allí ahora mismo nada menos que con Cédric Danton".

"¿Está segura?", le pregunté.

"El comisario Borell le vio entrar", explicó Stéphane Caron.

Y Borell añadió: "Sólo le vi muy brevemente, pero estoy bastante seguro. Las fotos de Danton no son tan malas después de todo".

He comprobado el ajuste de la P 226 en mi cinturón.

"Un lugar de encuentro ideal", dije. "Entre la multitud de bailarines y bebedores anónimos, difícilmente podrás probar que se conocieron. Y además el lugar es a prueba de bichos".

"Probablemente piense que un micrófono no funcionaría con el ruido que hay ahí dentro", dijo Fred Lacroix.

Caron se volvió hacia François y hacia mí.

"Ustedes dos iban tras Danton. ¿Quieren entrar y atraparlo?"

Sacudí la cabeza.

"Esto es un desastre. Este tipo es peligroso. Tomaría rehenes sin piedad o tirotearía el barrio si se diera el caso. Es más, probablemente todo esté infiltrado por la gente de Chengiz. Se supone que él controla este lugar".

"¿Y qué sugiere usted?"

"Ocupen las salidas y esperen. Tueur-Cédric tiene que volver a salir en algún momento".

François y yo nos hicimos cargo de la entrada trasera junto con Adam Gregoire, mientras que el resto de nuestra gente se quedó en la salida principal.

Llegaron algunos colegas más. Caron les informó.

Se colocaron discretamente alrededor de la Luz Azul.

Esperamos.

Era una noche helada. Clara como una estrella. Pero quizás sería la última noche en libertad de Tueur-Cédric Danton.

La salida trasera daba a una plaza asfaltada donde solían detenerse los vendedores. Al menos la plaza estaba razonablemente bien iluminada.

Una furgoneta de reparto estaba aparcada allí. También había varios vehículos de empleados. Una pequeña calle lateral salía de aquí. A ambos lados había casas de varias plantas con las características escaleras de incendios.

Entonces llegó por fin Cédric.

Realmente era él. La coincidencia con las fotos era evidente.

Llevaba un teléfono móvil en la mano derecha e hizo una llamada. Dejó que sus ojos se desviaran sospechosamente. Luego dobló el aparato.

Aún parecía sentirse inseguro.

Tenía la P 226 en la mano mientras me colocaba detrás de la furgoneta y le observaba. François se había colocado cerca.

Cédric vino directamente hacia nosotros.

Me pregunté dónde tenía el coche el tipo. Pero quizá no lo necesitaba. Quizá cogió un taxi hasta Pointe-Rouge.

Asentí a François.

Adam Gregoire estaba al acecho tras la esquina de la casa. Él también estaba preparado.

Dejamos que Cédric Danton diera unos pasos más. Dio una calada a su cigarrito, bastante quemado, e intentó formar anillos con el humo en el frío aire invernal.

Al momento siguiente salimos corriendo de nuestro escondite con las pistolas desenfundadas.

"¡Alto ahí! ¡FoPoCri!", grité.

Cédric se quedó helado.

Se vio rodeado por tres lados por funcionarios federales. Su mirada estaba inquieta. Movía la cabeza espasmódicamente. En ese momento pude leer sus pensamientos. Quería sacar la pistola, cuya empuñadura fue visible por un momento bajo la chaqueta abierta.

Pero Cédric Danton conocía su camino. Sabía cuándo no tenía ninguna posibilidad.

Nos acercamos lentamente.

"¿Monsieur Cédric Danton?", pregunté.

No respondió. En su lugar, escupió delante de nosotros. Un rubor oscuro cubría su rostro. Se notaba lo enfadado que estaba.

"Está bajo arresto, Monsieur Danton. Tiene derecho a guardar silencio. Si renuncia a este derecho, llamo su atención sobre el hecho de que todo lo que diga a partir de ahora podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal."

No sé cuántas veces he dicho esa frase.

Danton parecía despistado. No parecía querer darse cuenta de lo que había sucedido en ese momento.

Adam Gregoire había sacado las esposas de su cinturón, que iban a cerrarse alrededor de las articulaciones de Tueur-Cédric un momento después.

"¡Se acabó el juego, Danton!", le dije.

Cédric sonrió ampliamente. Enseñó los dientes como un depredador acorralado.

"¡Espera y verás, poli!", gruñó mordazmente.

El sonido de un motor rugiendo me hizo girar en redondo. Unos faros brillantes me deslumbraron. Una limusina avanzaba a toda velocidad por la estrecha carretera. Detrás de ella iban varias motos que parecían una escolta. Con cruces blancas en sus cascos negros, parecían casi uniformados. Probablemente era la escolta a la que Cédric había llamado por el móvil para que le recogiera.

La limusina dio un volantazo alrededor de los vehículos aparcados y luego dio marcha atrás. En un instante ocurrieron varias cosas a la vez.

Cédric sacó su pistola y disparó.

El comisario Adam Gregoire recibió la bala en la parte superior del cuerpo a corta distancia. Una sacudida recorrió su cuerpo. Con los ojos fijos, Gregoire se tambaleó un paso hacia atrás cuando primero las esposas y luego la pistola reglamentaria se le escaparon de las manos. Una gran marca roja se había formado en la parte delantera de su camisa. Cayó de espaldas al suelo y golpeó el suelo con un ruido sordo. Como un árbol derribado.

En el mismo segundo, se abrió fuego desde la limusina.

Una ametralladora sonó y envió una lluvia de plomo sobre nosotros.

Disparé la P 226 varias veces en rápida sucesión mientras me dejaba caer de lado y rodaba por el suelo. Las balas impactaron justo a mi lado. Por el rabillo del ojo, vi a Cédric Danton precipitarse hacia la entrada trasera y ponerse a cubierto detrás de un cubo de basura. Disparó su arma dos veces en mi dirección.

Volví a rodar y ahora estaba tumbado bajo el eje delantero de un Ford.

Mientras tanto, nos llegaron refuerzos. Algunos de los comisarios que se habían posicionado alrededor de la Luz Azul nos ayudaban ahora. Se atrincheraron en la zona y devolvieron el fuego a nuestros adversarios.

Las sirenas de la policía se oían detrás del siguiente bloque de casas y ahogaban el ruido habitual de la calle. Era evidente que estábamos recibiendo apoyo de la policía.

Salí a gatas de debajo del Ford por el otro lado y justo vi a Cédric Danton desaparecer de nuevo en el interior del Blue Light. Salí de

detrás del capó del Ford y apunté la pistola en su dirección.

"¡Alto ahí, Danton!", grité.

Porque si volvía dentro de la Luz Azul, podría ser un desastre.

Un disparo sin puntería en mi dirección fue la respuesta.

Disparé un tiro de advertencia cerca de sus pies, pero eso no le impresionó. Ni siquiera pensó en rendirse y se abalanzó sobre él.

François, mientras tanto, estaba a unos metros de mí, detrás de la furgoneta, poniéndose a cubierto.

Los tiradores ciegos de la PM de la limusina seguían disparando salvajemente. Las ventanillas de la furgoneta se hicieron añicos. Los neumáticos se desinflaron con un silbido cuando la lluvia de plomo los perforó en unos instantes.

El coche se desplomó sobre sus llantas.

Los comisarios contraatacamos.

Una de las motocicletas fue alcanzada. El depósito de gasolina estalló en llamas brillantes y detonó con un siseo. El motorista saltó justo a tiempo, mientras la moto patinaba por el asfalto, aún ardiendo durante unos metros. El conductor llevaba una Uzi en la mano izquierda, que disparaba sin cesar. Rodó por el suelo con gran habilidad antes de correr desesperadamente a través de la lluvia de balas de sus propios hombres para encontrar cobertura.

El casco oscuro con la visera bajada casi le hacía parecer una grotesca figura de cómic. Un golpe le alcanzó en el hombro y le hizo gritar con fuerza.

Uno de sus cómplices lo subió a la parte trasera de la máquina y se marchó a toda velocidad.

El salón parecía estar equipado con placas blindadas. En cualquier caso, la mayoría de las balas simplemente rebotaron.

El coche dio marcha atrás y giró chirriando los neumáticos.

Entonces el conductor pisó el acelerador a fondo mientras la gente seguía disparando por las ventanillas.

La limusina recorrió la estrecha carretera a una velocidad

vertiginosa mientras las brillantes luces intermitentes de los vehículos de emergencia enviados por la policía aparecían por delante. Los coches de policía se detuvieron. Los agentes saltaron y apuntaron con los cañones de sus armas a los hombres que huían.

La berlina frenó con un chirrido estridente.

El juego había terminado para los fugitivos.

Salí de la cobertura y recargué la P 226 con movimientos practicados, casi automáticos. Fue muy rápido. Vi que Fred Lacroix venía hacia mí.

"¿Sigue siendo segura la entrada principal?", pregunté.

"Claro, Pierre, pero..."

"¡No debe salir de la Luz Azul!"

"¿Qué pretendes?"

"¡Yo lo cojo!"

Vi cómo los agentes de policía detenían a los motoristas y a los ocupantes de la limusina.

Fred Lacroix me cogió del brazo.

"Esto va a ser un desastre, Pierre. ¿Sabes cuánta gente hay ahora en la Luz Azul?"

"El desastre podría empeorar cada momento que ese tipo esté suelto ahí dentro. ¿Sabes qué se le ocurrirá después? Se dará cuenta de que la Luz Azul está rodeada. Y cuando se le ocurra tomar rehenes..."

Dejé a Fred allí de pie. Corrí rápidamente hacia la entrada trasera.

François me pisaba los talones.

Abrí la puerta. Entramos con las armas desenfundadas y nos aseguramos por turnos. Ante nosotros se extendía un largo pasillo. Unas cuantas puertas daban a derecha e izquierda. Tal vez almacenes.

Las comprobamos. Estaban todas cerradas. Así que Tueur-Cédric no pudo haber desaparecido allí.

"¿Qué haría usted si estuviera en su lugar?", le pregunté a

François.

François se encogió de hombros.

"A ver si la entrada principal está sitiada".

"Supongamos que ya lo ha hecho y se ha dado cuenta de la ratonera en la que se ha metido".

Nos miramos brevemente. En ese segundo, tuvimos el mismo pensamiento. Iría donde pensara que estaría más seguro.

Entre las personas ...

Salimos corriendo y llegamos al final del pasillo. Una puerta conducía a la pista de baile Luz Azul, que estaba inundada de luz láser. El parpadeo constante hacía que hubiera que concentrarse mucho para ver algo de las caras de los bailarines. Los cuerpos sudorosos se agitaban ajenos a los estruendosos ritmos que hacían vibrar la pista. El bajo atronador creaba una suave presión en la zona del estómago.

Sólo ocasionalmente alguien se fijaba en nosotros o en el hecho de que llevábamos armas en las manos. Tal vez uno o dos visitantes de Blue Light pensaron que se trataba de un disfraz especialmente estrafalario o de un número de espectáculo para dar el último coletazo al huésped que pagaba aquí cuando se le habían acabado las gotas de éxtasis.

Las miradas que nos dirigían aumentaron. Nos abrimos paso entre la multitud.

Poco después, habíamos llegado al pequeño escenario donde un DJ calvo y con perilla jugueteaba con su equipo. Me acerqué a él. No le hizo especial gracia. Al principio asentía al ritmo de la música, luego su boca se abrió y me gritó algo. No pude entenderle.

Ambos estábamos simplemente demasiado cerca de los gigantescos altavoces, que bombeaban la música al Blue Light en calidad cuadrafónica.

Le tendí mi placa.

Su rostro cambió.

Se encogió de hombros y volvió a sus aparatos. Dejé vagar mi

mirada, porque desde aquí arriba se tenía una vista fantástica de la Luz Azul.

Se podía ver a través de la arena hasta la entrada principal al otro lado de este templo del entretenimiento. Vi a Caron y a Ndonga patrullando allí. Nadie podía pasar por delante de ellos. Al menos nadie con los rasgos faciales de Cédric Danton.

Los dos también dejaron vagar sus ojos por los cientos de cabezas. ¡Cédric Danton tenía que estar en algún punto intermedio!

Siempre que no se hubiera escondido en el piso superior, donde estaba el restaurante. Pero eso habría sido muy imprudente. Un restaurante solía estar bastante bien organizado, a diferencia del caos que reinaba aquí en la arena.

Caron me descubrió.

Se encogió de hombros. Eso significaba nada más y nada menos que una completa impotencia.

Y entonces lo descubrí.

Tueur-Cédric.

Durante una fracción de segundo, uno de los focos giratorios iluminó su rostro con tanta intensidad que era claramente reconocible. Miró a su alrededor con inquietud. Se precipitó despiadadamente hacia delante, apartando a todo aquel que se interpusiera en su camino.

Me preguntaba cuál era su destino.

Se detuvo ante uno de los bares. A su izquierda había algunas séparées. Y una puerta que conducía fuera de la arena. Quizá una salida de emergencia o algo parecido. Pero Cédric no podía salir de la Luz Azul.

Bajo ninguna circunstancia. Ahora que todo estaba también precintado por unidades policiales, sus posibilidades de escapar de este anillo eran nulas. Un anillo que se apretaba alrededor de su cuello como una soga.

Bajé del escenario del DJ y me volví hacia François. No tenía sentido intentar comunicarme. Le dejé claro lo que ocurría con algunos gestos.

Me siguió. Nos abrimos paso entre la multitud. Algunos de los invitados de Luz Azul reaccionaron con bastante indignación. Pero no podíamos tener eso en cuenta. Nos limitamos a apartar a un lado a los hombres y mujeres que gesticulaban salvajemente. Probablemente fue lo mejor que no pudiéramos entender lo que nos gritaban.

Pero las miradas molestas e incomprensivas eran soportables. Quizá habríamos avanzado más rápido si hubiéramos agitado nuestros carnés de identidad.

Sin embargo, tal aparición también podría haber provocado el pánico. Sobre todo porque una gran parte de los invitados había tomado sin duda algún tipo de sustancia no autorizada para aligerar el ambiente.

Pero no hemos venido por eso.

Queríamos a Cédric Danton.

El líder de los ANGES TUEURS.

Cuanto más nos alejábamos de los altavoces gigantes y del escenario del DJ, menor era el nivel de ruido. Un descanso para los tímpanos. Supuse que incluso podríamos charlar como es debido en los bares.

Le tendí la mano.

"¡Ahí está, François!"

François también lo había visto y levantó su pistola. La gente se echó a un lado.

Cédric Danton estaba de pie cerca de una puerta. NINGÚN ACCESO estaba escrito allí.

La conmoción resultante atrajo la atención de Cédric hacia nosotros. Miró en nuestra dirección. Y, por supuesto, se dio cuenta inmediatamente de quiénes éramos.

Tueur-Cédric era un hombre de decisiones rápidas.

Ésta era una de las estrategias de supervivencia que había utilizado con éxito hasta el momento. Hizo un movimiento de barrido y agarró la parte superior del brazo de una joven que estaba cerca, con aspecto un poco irritado. Tenía una melena rubia que le caía más allá de los hombros. Su vestido ajustado, de color plateado, dejaba la mayor parte al descubierto.

Giró en redondo cuando Cédric la agarró con fuerza por la muñeca y tiró de ella. Intentó zafarse, pero en el segundo siguiente estaba mirando el cañón desnudo de la pistola de Cédric y una sonrisa depredadora tan fría como la muerte.

Cédric Danton apretó la pistola tan fuerte contra la sien de la rubia que ésta gimió.

Todos los que estaban cerca se dispersaron. Y ocurrió exactamente lo que habíamos querido evitar. El pánico se extendió por la arena como un maremoto. Y Cédric sabía cómo avivarlo.

Alguien como él se dio cuenta de que el miedo era el poder más eficaz que existía. Cualquiera que pudiera generarlo estaba en la cima. Eso era tan cierto en Pointe-Rouge como en este reluciente cobertizo.

Cédric Danton giró la pistola mientras tiraba de la bella hacia la puerta.

El cañón se levantó.

El fogonazo parpadeó en rojo dos veces en rápida sucesión. El estallido fue lo suficientemente penetrante como para sobresaltar incluso al DJ en sus altavoces.

Las balas fueron a alguna parte. Un grito de horror resonó en la habitación. No tenía ni idea de si alguien había sido alcanzado. A Cédric no parecía importarle. No mostraba ninguna consideración. Ni siquiera hacia su propia gente, como ahora sabíamos por la declaración de Fabrice Subiere.

Una vez más disparó salvajemente en la zona. Intentó darnos, pero los disparos eran demasiado desenfocados.

Su último disparo hizo añicos una gran esfera que flotaba sobre la arena sobre cuerdas invisibles y emitía una luz láser azulada. Estalló y el ensordecedor sonido que produjo hizo que el clamor de cientos de personas pareciera un suave suspiro.

François y yo nos precipitamos hacia delante. Teníamos nuestras armas preparadas, pero ambos sabíamos muy bien que difícilmente podríamos utilizarlas en esta situación. Simplemente era demasiado peligroso. Había demasiados transeúntes de pie o intentando escapar despavoridos del horror.

Algunos estaban completamente fuera de sí y se tambaleaban hacia nosotros gritando. También nos estorbaban. La arena era un gran caos rugiente. Cualquiera que intentara oponerse al flujo de gente era empujado a un lado o pisoteado.

Cédric Danton abrió la puerta de una patada y tiró de la rubia detrás de él. Ella tropezó. Cédric la puso de nuevo en pie con un fuerte tirón y disparó en nuestra dirección por última vez. En algún lugar, alguien gritó con fuerza. Un grito brillante y desgarrador que nadie podía decir si estaba causado por una sensación de pánico extremo o por el hecho de que una bala maldita había encontrado su objetivo.

Momentos después, también habíamos llegado a la puerta.

François la abrió de un tirón. Entré furioso con la P 226 preparada y me encontré en una escalera. Una escalera conducía arriba, otra abajo, al sótano.

Sonaron los disparos y las reverberaciones hicieron un ruido infernal. Vi el fogonazo mientras me dejaba caer de lado y devolvía el fuego. Ninguno de los proyectiles dio en el blanco. Algunas de las balas que Tueur-Cédric disparó en mi dirección fueron desviadas por la barandilla metálica. Con un chirrido, el hierro fundido las envió a un viaje imprevisible en forma de peligrosos rebotes. Uno de estos proyectiles atravesó la puerta, justo al lado de François.

Fue asesina.

Cédric se apresuró a seguir, con la rubia aún a su paso.

Adelante, bajando las escaleras. Me levanté de nuevo y me apresuré tras él. François me siguió.

Cuando llegué al siguiente escalón, me agaché instintivamente.

En el mismo momento, la luz se apagó aquí abajo. El fogonazo del arma de Cédric resplandeció en la oscuridad. Como la lengua roja de un dragón, del que no se veía nada más. La bala pasó cerca de mi cabeza. Incluso me pareció sentir la brisa en mi pelo. Detrás de mí, el plomo se clavó en la pared y voló algunas baldosas de su pegamento.

No podía devolver el fuego. El riesgo de herir al rehén era demasiado grande.

Salté a un lado mientras la tormenta de plomo pasaba a mi lado.

31

Omar Chengiz seguía sentado en la séparée. Se llevó el vaso de tallo largo a la boca y sorbió tranquilamente su bebida.

"¿Qué vamos a hacer ahora?", preguntó Diego Almendar, que acababa de regresar a la séparée. "Se está desatando el infierno ahí fuera".

"¿Es ese nuestro problema, Almendar?"

"No lo sé. He visto oficiales de FoPoCri".

"Pero no están aquí por nosotros".

"¿Está segura?"

"¡No me gusta cuando alguien contagia el nerviosismo, Almendar!" Terminó su copa y se levantó. Sus ojos se habían

entrecerrado. Chengiz escrutó a Almendar durante un momento y luego preguntó: "¿Llevas tu arma?".

"Claro".

"¿La que usaste para acabar con el gordito?"

"Sí".

"Eso podría ser un problema para usted, Almendar. Siempre y cuando Valdez se encuentre en el fondo del mar en algún momento. Si cree que eso está descartado, podrá dormir tranquilo en el futuro. Si no, debería correr a la cocina y tirar la cosa por el conducto de la basura. Límpialo bien antes, por supuesto". Chengiz rió roncamente. Le dio una palmada en el hombro a Almendar.

"¡No pierdan los nervios! ¿De qué nos van a acusar? ¿De que disfrutamos de una copa?"

"¿Y si canta Cédric Danton?"

El rostro de Chengiz se volvió un poco más sombrío.

"¡Espera y verás, Almendar! En cualquier caso, ya es demasiado tarde para matarlo".

Cédric disparó a lo loco. Una y otra vez parpadeaba en rojo en la oscuridad del pasillo del sótano frente a nosotros.

Saltamos a un lado y nos pusimos a salvo.

Hice los cálculos.

Si había un cargador estándar en el arma de Cédric, entonces ya había disparado una cantidad considerable de su munición.

Pero un solo disparo le bastó para abatir a su rehén.

Se hizo el silencio.

No se oía nada desde el sótano. Los ruidos de la discoteca llegaban a nuestros oídos desde el piso de arriba. Allí seguía desatándose el infierno.

"¡Quédese donde está!" gritó Cédric mientras tanto. "Tengo una rehén conmigo y no dudaré en enviarla al otro lado del Jordán".

"¡No tienes ninguna oportunidad, Danton!", grité. "La Luz Azul está rodeada. No puedes salir de aquí. Especialmente no si corres desbocado... ¡Así que libera a la mujer!"

"¿Cómo te llamas?", gritó Cédric.

"¡Marquanteur!"

"¿Está autorizado a negociar?"

"Estoy autorizado a arrestarle".

"¡Quiero un carruaje!", graznó la voz de Danton.

"No puedo decidir eso por mi cuenta", dije. "¡Necesitamos tiempo para eso!"

"¡No tiene tiempo!", siseó Danton.

Algo parecía estar ocurriendo en la oscuridad. La joven gimió, como si le doliera.

"¿Tengo que recordarle bruscamente que tengo las de ganar,

poli?"

La ira se apoderó de mí. Este hombre era impredecible. Un depredador acorralado que estaba dispuesto a todo. La vida del rehén no importaba.

Respiré hondo.

Ganar tiempo. Ésa era siempre la palabra mágica en situaciones como ésta. Y mantener la calma. No podía dejar que sus emociones le dominaran y le hicieran descuidarse.

"Escucha, Danton", grité.

Pero Cédric Danton parecía hacer oídos sordos. No obtuve respuesta.

Intercambié una mirada algo perpleja con François.

"Sigue adelante", me susurró. Y luego susurró: "Intentaré llegar a él desde el otro lado".

"No sabes moverte por aquí".

"Habrá una manera". François me hizo un gesto con la cabeza y se escabulló. Sus movimientos fueron absolutamente silenciosos.

Tenía razón. Tenía que haber una segunda entrada al sótano.

Antes de desaparecer de mi campo de visión, me hizo un gesto alentador con la cabeza.

Mientras tanto, intenté mantener al líder de los ANGES TUEURS entretenido con mi cháchara.

"Danton, no puedo decidir sobre el coche yo sola. ¿Dónde debería estar aparcado?"

"En el aparcamiento".

"¿Y cree que así se saldrá con la suya?"

"No lo creo, lo sé. Después de todo, tengo una compañía encantadora".

Algo había cambiado en su voz, pensé. *Sólo que... ¿qué?*

Me devané los sesos con esta pregunta.

Lo repasé todo en mi mente, intentando comprender qué era. Y entonces lo tuve.

Debía de haberse adentrado bastante en el oscuro pasillo, me di cuenta.

Intenté ponerme en su lugar.

¿Qué habría hecho yo en su situación? ¿Confiar en la promesa de que alguien dejaría un coche en mi puerta? Incluso con un rehén del brazo, había que estar muy desesperado para intentar algo así. Cualquiera que supiera un poco del tema -y yo contaba a Danton entre ellos- tenía que saber lo escasas que eran las posibilidades de salir impune de algo así. Una persecución a través de Marsella, apoyada por helicópteros y posiblemente incluso documentada por un equipo de cámaras de alguna emisora de cable que escuchara la radio de la policía.

En realidad no podía confiar en eso.

A menos que sea su única oportunidad, pensé. Lo analicé todo mentalmente. ¿Qué otras opciones tenía? Lástima que no conociera mejor el funcionamiento interno de la Luz Azul. Quizá entonces habría encontrado la respuesta.

"¡Danton!", grité.

"¿Qué pasa, poli?"

"Llamaré a mi gente. Entonces podré decirle más sobre si es posible proporcionarle un coche. Pero incluso si llega el visto bueno, no será tan rápido como usted quiere".

"Entonces lo siento por la señora aquí presente".

"Es culpa tuya que la situación sea así", le contesté.

Tenía la sensación de que debía mantener la conversación. Ese fue el tiempo que supe aproximadamente dónde estaba Tueur-Cédric.

La risa ronca de Cédric resonó en el oscuro pasillo del sótano.

"¡No digas tonterías, poli!"

"Todo el infierno se está desatando en Blue Light. ¡El caos que has

provocado con tus disparos salvajes, Danton!"

"¿Qué tiene eso que ver con mi coche?"

"Un montón - ¿no se lo imagina?"

"Encontrarás una manera, policía. Le doy diez minutos. Si intenta poner un micrófono en el coche con un transmisor, ¡la señora lo pagará!"

"Danton ..."

"¡Es mi última palabra, policía!", siseó Cédric.

La joven gimió de dolor. No tenía ni idea de lo que le estaba haciendo.

"¡Ayúdenme!", gritó.

"¡Diez minutos!", dijo Danton. "¡Al frente de la entrada principal! Y no crea que no estoy lo suficientemente desesperado como para matar a mi rehén o a cualquiera que se interponga en mi camino. No tengo nada que perder".

En eso tenía razón. Había disparado a su colega Adam Gregoire delante de nosotros.

Este fue probablemente uno de sus asesinatos más fáciles de probar. Y fue un hecho que se le impusieron múltiples cadenas perpetuas.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo de mi abrigo.

Un momento después, tenía a Stéphane Caron al teléfono. Le expliqué brevemente la situación.

"Me ocuparé de ello", prometió.

"Diez minutos", le dije. "Hasta entonces, quiere que se tome una decisión a su favor".

"Eso va a estar apretado, Pierre", respondió Caron.

Como mucho, Cédric pudo entender lo que decía, pero no la respuesta de Caron.

"Entonces le diré que probablemente esté bien, Stéphane", le dije.

Caron respondió: "¡Hazlo, Pierre! Si puede mantenerlo contento... siempre que no haga daño al rehén".

"Estoy de acuerdo", refunfuñé.

"¡Eh, Danton!", grité.

Esperé unos instantes. Pero no hubo respuesta.

"¿Sigues ahí, Danton?"

No hubo respuesta. Una serie de pensamientos se arremolinaron en mi interior en ese momento. Me preguntaba si François había conseguido algo mientras tanto.

"¡Danton!" grité. "Acabo de recibir un mensaje sobre tu coche".

Quería cebar a Cédric, porque de repente mi instinto me dijo que algo no iba bien.

No hay respuesta.

Hace tiempo que se fue, pensé. El pensamiento era absurdo.

Este sótano era una trampa de la que no había escapatoria.

Los agentes de policía se situaron alrededor del Blue Light a la espera de echarle el guante a Cédric Danton.

Y sin embargo...

Agarré la P 226 con ambas manos.

Aunque en aquel momento iba en contra de todo razonamiento lógico, de repente tuve la sensación de que debía actuar con rapidez si quería evitar que Tueur-Cédric se me escapara de las manos. Por absurdo que pudiera parecer el pensamiento.

Llamé a Danton por última vez.

Sin respuesta.

Me dirigí con cuidado hacia el rellano, desde donde ya podía ver el oscuro pasillo del sótano. Estaba en bandeja, por así decirlo. Sin cobertura. Sin poder ver a mi adversario. A cada segundo esperaba que Cédric mostrara su arma. Mi único consuelo era que hasta el momento había demostrado ser un tirador pésimo.

Avancé con cuidado, agarrando la P 226 con ambas manos. En

caso de que algo le ocurriera a la joven como resultado de mis acciones, resolví devolverle la placa del FoPoCri para siempre.

Llegué a la entrada del pasillo del sótano. Apenas se veían unos metros, estaba muy oscuro aquí.

Esperé un momento y escuché.

No se oía el menor ruido.

Ya no está aquí, pensé. Lo había sabido. Me adentré en la oscuridad. A un lado, vi algo negro en la pared. Lo alcancé con la mano izquierda. Era lo que había pensado que era: un interruptor de la luz. Lo pulsé. Un par de tubos de neón que normalmente proporcionaban luz aquí abajo parpadearon. Uno estaba defectuoso, no se encendía.

Hasta el final del pasillo, se tenía una buena vista de todo.

¡No había ni rastro de Tueur-Cédric!

Me apresuré por el pasillo.

Había una puerta al final.

Una puerta de acero ignífuga, como las habituales en las salas de calderas. Empujé la manilla hacia abajo y tiré de ella para abrirla.

Levanté el cañón de la P 226 y ...

Me sorprendió lo que vi. Frente a mí había un salón acogedoramente amueblado. Había varias mesas redondas. Las sillas a juego estaban tapizadas en cuero. El suelo estaba cubierto de moqueta gris oscura. Había un bar a la derecha.

También había una salida trasera ...

Estaba bastante claro lo que se jugaba aquí en el sentido más estricto de la palabra.

Se trataba de un salón de juego ilegal donde clubes cerrados de jugadores se reunían cuando era necesario. Si había problemas, se comunicaba rápidamente a través de un sistema de interfono y el ilustre círculo se disolvía en la nada. Los jugadores desaparecían por la vía de escape.

¡Así que eso era lo que Cédric había tenido en mente!

Él había sabido cómo era aquí abajo. Después de todo, había empezado como uno de los de Chengiz. Tal vez incluso él mismo había apostado aquí abajo.

Me precipité hacia la salida trasera. Que el diablo sepa adónde conducía.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando oí un gemido y me quedé paralizada.

Giré en dirección al bar. Llegué al bar en pocos pasos.

Detrás de ellos estaba la rubia que había tomado a Cédric como rehén. Su posición era extremadamente incómoda. Cédric le había atado los brazos y las piernas a la espalda con un cinturón. De forma experta y brutal. Antes, le había hecho quitarse las medias de nailon y la había amordazado con ellas.

Me miró, buscando ayuda.

Rápidamente la liberé de sus ataduras. Ella luchó por respirar. Y entonces señaló en dirección a la salida trasera.

Lo entendí, incluso sin que ella tuviera que decir nada. Seguía en estado de shock. Sus grandes ojos oscuros estaban muy abiertos. El miedo seguía escrito en su rostro.

"Quédate aquí", le dije. "Alguien cuidará de ti en un minuto".

"¿Es usted policía?" Su voz sonaba débil. No era más que un suspiro.

"FoPoCri", dije.

Eso pareció tranquilizarla.

"Fue tan horrible", gimoteó mientras las lágrimas corrían por su rostro.

"¡Espere aquí!", repetí.

Y entonces me volví hacia la puerta. La abrí de un tirón, con la pistola preparada. Ante mí se extendía un pasillo largo y frío. Olía a humedad. Un sótano detrás del sótano, parecía.

Corrí por el pasillo después de encender la luz. Había tres bombillas polvorientas separadas por unas decenas de metros. El

pasillo hacía un recodo. Y finalmente llegué a una especie de agujero. Una estrecha escalera de caracol conducía hacia abajo. Los peldaños eran de rejilla metálica y no estaban bien atornillados. Traqueteó terriblemente mientras bajaba. El ruido resonó varias veces. Este ruido debía de ser una advertencia urgente para mi adversario, si es que seguía aquí abajo.

Miré a mi alrededor. La iluminación era escasa.

El pasillo que ahora se extendía ante mí era tan bajo que había que agacharse. Algunos pilares y dinteles de aspecto improvisado estaban obviamente allí para evitar que este extraño túnel se derrumbara.

Visualicé la ubicación de la Luz Azul. Para que este corredor tuviera sentido, la salida tenía que estar en un lugar que ya no estuviera en las inmediaciones de la Luz Azul.

Mientras avanzaba a toda prisa por el túnel en posición agachada, eché mano de mi teléfono móvil. Quizá podría comunicarme con nuestra gente para que hicieran los preparativos necesarios. Por desgracia, aquí abajo no tenía cobertura.

Reprimí una maldición y volví a guardar el teléfono en el bolsillo.

Me precipité hacia delante.

Quizá llegué demasiado tarde. Pero al menos tenía que intentarlo.

Seguí avanzando. La iluminación era cada vez peor, y finalmente sólo pude avanzar casi a ciegas.

Y entonces oí un ruido.

Un siseo.

¡Agua!

Luché por avanzar poco a poco. El único consuelo era que Cédric Danton no lo había tenido más fácil cuando pasó por aquí.

Y así fue.

El ruido se hizo más fuerte.

Poco después, llegué a una bóveda oscura. Aunque no podía ver gran cosa, me di cuenta enseguida de que debía de tratarse de una cloaca. El olor bestial lo decía todo al respecto.

A quienquiera que se le ocurriera esta vía de escape para los ludópatas, había que rendirle un respeto involuntario.

Antes de darme cuenta, estaba metida hasta los tobillos en un caldo oscuro, cuyos ingredientes no quería ni saber.

Había algo que brillaba por encima de mí. Una especie de anillo de luces. Era una tapa de alcantarilla a través de la cual caía la luz de la calle. Los parpadeantes letreros de neón podían verse hasta aquí abajo, en este apestoso submundo.

Los jugadores ilegales de Blue Light habían pensado realmente en todo.

Una escalera de acero había sido anclada en la pared de la bóveda y conducía hasta el barranco. Subí por ella con movimientos rápidos. Una vez arriba, levanté con cuidado la tapa de la arqueta hacia un lado. Me alegré de no encontrarme en medio de una carretera muy transitada donde una docena de coches te arrancarían la cabeza.

Salí del barranco y miré a mi alrededor. Me encontraba en una pequeña calle lateral relativamente iluminada. Aquí había tiendas de lujo. La mayoría estaban abiertas las veinticuatro horas del día.

Algunos transeúntes me lanzaron miradas curiosas al verme salir de la alcantarilla.

Volví a colocar la tapa sobre la abertura y dejé vagar mi mirada.

Y entonces lo vi.

Giró la cabeza cuando la luz del anuncio de un escaparate cayó sobre él y le hizo destacar claramente. Parecía uno de los transeúntes

que aún paseaban por las calles a esta hora del día. Lo único que destacaba de él era que no llevaba abrigo con estas temperaturas. Salí a la carrera, maldiciendo interiormente mis pies mojados. No era divertido caminar con ellos en esta fría noche.

Cédric Danton se giraba nervioso. Pero no me vio.

Como comisario, sabe lo que tiene que hacer para seguir a alguien y que no se dé cuenta enseguida. Aunque sepa quién le sigue.

Pero probablemente Cédric no había mirado tan de cerca mi cara.

De vez en cuando llamaba a nuestra gente por el móvil. Un poco de apoyo no vendría mal. No podíamos dejar que Tueur-Cédric se nos escapara de las manos otra vez.

Danton dobló una esquina. Le seguí hasta una calle poco iluminada, principalmente residencial. Típicas casas marsellesas. La hiedra trepaba por algunas de ellas. Los bordes de la calle estaban bloqueados por coches.

Cédric se giraba cada vez menos. En su lugar, miraba con interés los coches aparcados. Probablemente estaba pensando en hacerse con uno de estos vehículos.

Rápidamente se había decidido por un Citroën. No era un modelo. Un coche corriente al que nadie prestaría atención. Rodeó la puerta con un agarre practicado. No cabía duda de que tenía mucha experiencia en este campo.

Me acerqué con cautela.

En cuanto se abrió la puerta del Citroën, di un paso hacia él.

"¡Levante las manos, Danton!", grité. "Ya te he dicho mi línea una vez. No hagas ninguna estupidez!"

Danton parecía congelado. Sus manos se levantaron lentamente. Muy lentamente.

Giró la cabeza en mi dirección.

Un músculo se crispó en su cara. Cada tendón de su cuerpo estaba tenso.

Sabía exactamente lo que estaba pensando en ese momento. Estaba pensando en sacar su pistola y dispararla. Estaba sopesando en

secreto sus posibilidades.

Me acerqué a él y negué con la cabeza.

"¡No lo hagas, Danton! No tienes ninguna oportunidad. Antes de que hayas dado un paso en falso, habré apretado el gatillo".

Afortunadamente, era sensato.

Le hice poner las manos sobre el capó del Citroën y le saqué la pistola del cinturón por detrás. Luego le puse las esposas. Acababa de hacer clic cuando varios vehículos de emergencia con luces azules intermitentes avanzaron a toda velocidad por la carretera. De ellos saltaron agentes, en su mayoría uniformados de policía. Pero también había algunos comisarios en el lugar.

Vi que Fred Lacroix y Ndonga venían hacia mí. Y François un poco más tarde.

"¿Estás bien, Pierre?", preguntó Ndonga.

Asentí con la cabeza y luego miré hacia abajo, a mis zapatos mojados y a las perneras de mis pantalones.

"Aparte del hecho de que tuve que vadear un caldo poco apetitoso".

Dos policías se llevaron entre ellos a Cédric Danton.

Ndonga se volvió hacia él y le dijo: "Hemos capturado a bastantes de los suyos. Y estoy seguro de que algunos de ellos hablarán con nosotros. No pinta bien para ti, Danton".

Cédric convirtió su rostro en una máscara desdeñosa. Escupió.

Ndonga seguía sin impresionarse.

Se llevaron a Tueur-Cédric.

Tendríamos que hablar con él largo y tendido.

"Soy un ciudadano honrado", bramó Omar Chengiz cuando François y yo entramos en la séparée donde el gran jefe golpeaba con rabia la mesa.

Su gorila se sentó petrificado y visiblemente intimidado a su lado.

Caron les había hecho algunas preguntas incómodas.

Chengiz miró en mi dirección con una mirada venenosa.

"¿Quién es usted? ¿Tiene algo que decir aquí?"

"Me llamo Pierre Marquanteur", le dije.

"Por el amor de Dios, ¿por qué me retienen aquí? ¿Es ya un delito penal que ustedes, los policías, se tomen una copa? Increíble".

Caron se dio la vuelta, molesto. Por lo visto, ya le había hincado el diente a Chengiz. Chengiz era duro como una roca. Como si estuviera hecho de granito. Y sobre todo -como siempre- apenas había pruebas contra él. No había más que pruebas circunstanciales contra él. Y él lo sabía. Esa era su fuerza.

El rostro de Caron se había puesto rojo oscuro. Respiró hondo y asintió con la cabeza. Sabía cuándo necesitaba un descanso para no perder el equilibrio emocional. A nadie le sirvió un comisario que perdiera los nervios. Eso también forma parte de nuestro trabajo: reconocer con realismo cuándo se ha llegado al límite.

Le dije con mucha calma: "¿Sabe a quién acabamos de detener?".

"Su colega nunca se cansó de mencionarlo", respondió Chengiz.

"Un hombre que conoce bien".

"Vale, Danton trabajaba para mí. Pero también para otros. ¿Por qué no les pregunta a ellos? Yo no tengo nada que ver con él".

"Actualmente es el líder de una banda con el bonito nombre de ANGES TUEURS".

"Nunca he oído hablar de ello".

"¿No lee el periódico, señor Chengiz?"

Su rostro se torció en una mueca.

"He abandonado el hábito. Sólo contiene malas noticias, y a mi edad hay que procurar que las arrugas no sean demasiado profundas y numerosas."

Sus maneras provocativas realmente podían llevarte contra la pared. Intenté mantener la calma.

"Estos ANGES TUEURS te están organizando el negocio del crack en Pointe-Rouge. Los gorriones silban desde los tejados, Chengiz".

Se rió roncamente.

"Entonces, ¿por qué no presenta a estos gorriones ante el tribunal, Monsieur Marquanteur - ese era su nombre, ¿no? Mientras sólo husmee en la niebla y maltrate a honorables hombres de negocios..."

"Usted estaba aquí para reunirse con Danton", me di cuenta.

"¡Pruébalo!", exigió. "¡Demuéstrelo o déjeme en paz!" Se levantó y buscó su caja de puros. Sacó uno de los delgados cigarros marrones y se lo metió en la boca. "Si no le importa".

"¿No se ha enterado de las nuevas leyes de protección de los no fumadores?", gruñó Caron.

"¿No he dicho que no leo el periódico?" salió de entre los labios de Chengiz. Encendió el cigarrito y sonrió cínicamente mientras intentaba formar anillos con el humo.

Me miró.

"Admítelo, no tienes nada contra mí. El mero hecho de estar en la misma discoteca que el líder de una banda criminal no puede ser motivo para retenerme aquí más tiempo".

Intercambié una mirada con François.

Ambos sabíamos que este perro tenía razón, por mucho que fuera contra corriente.

El movimiento brusco que hizo con el cigarrillo entre los dedos casi apagó el fuego. Se volvió hacia Caron y se inclinó un poco hacia delante.

"¡Por favor, devuélvannos al Sr. Almendar y a mí nuestros

papeles!"

Caron les empujó.

Los ojos de Almendar se iluminaron.

Las facciones de Chengiz eran puro triunfo.

"De acuerdo entonces", dijo con confianza. "Entonces me largaré de aquí".

Ninguno de nosotros lo detendría. Ni un solo juez de Francia nos expediría una orden de detención.

Chengiz demostró una vez más su notable talento para salirse con la suya.

"¡Un momento!", le dije cuando estaba a punto de salir de la séparée.

Su postura se puso rígida. Se volvió de nuevo y enarcó las cejas.

"¿Qué pasa, señor comisario? ¿No puede perder?"

"Tal vez".

"¡Entonces debería dar las gracias por esta lección!"

Le dirigí una mirada glacial.

"¿Le dice algo el nombre de Christophe Latisse?" La pregunta fue el resultado de una intuición repentina. Estudié detenidamente cada movimiento del rostro de Chengiz en los segundos que siguieron.

Su mirada se congeló. Parecía enfáticamente controlado. Se tenía a sí mismo bajo un maldito control, y quizás incluso podría haberse convertido en un buen actor, aunque su tipo quizás estuviera un poco pasado de moda.

No obstante...

Estaba convencida de que la mención de este nombre había desencadenado algo en él. Por supuesto, eso no era una prueba. Ni siquiera un indicio. Era simplemente lo que mi instinto, nacido de la experiencia, me sugería.

Hizo una mueca.

"¿Quién, por favor?"

"Christophe Latisse", repetí.

Mi mirada parecía incomodarle, pero quería resistirla a toda costa.

"Nunca he oído hablar de él, señor Marquanteur", explicó entonces Chengiz encogiéndose de hombros. Había dudado demasiado para parecer convincente. "¿Quién se supone que es?"

"Sólo un hombre al que le gustaba conducir BMWs", le dije. "Recibió un balazo en la cabeza a la salida del túnel de St-Loup".

"¿No eran esos ANGES TUEURS los que crees que tenían algo que ver contigo?"

Sonreí finamente.

"¡Para alguien que no lee el periódico, está usted bastante bien informado, Sr. Chengiz!"

Dio una calada a su cigarrito y me sopló el humo en la cara.

"¡Me aburres!"

Con eso, se dio la vuelta y se marchó con su gorila.

"Estoy convencido de que volveremos a verle pronto", dijo François. "¡Pero probablemente le acompañará tal coro de abogados que ninguno de nosotros podrá articular palabra!".

"Hay que seguir siguiéndole la pista", dijo Caron. "No podemos perderle de vista ni un momento".

François se encogió de hombros.

"Si es listo, hará lo imposible por hacer el ridículo ahora más que nunca".

Omar Chengiz se rascaba la barbilla nerviosamente mientras el cigarrito humeaba entre sus labios finos y perfilados. Parecía alguien que estaba pensando mucho.

"Jefe, tiene que ir a bucear ahora", dijo Almendar, que estaba sentado a su lado en el asiento trasero de la limusina extralarga que iba a llevarlos a ambos de vuelta a la villa de Chengiz.

Chengiz se rió.

"¿Qué eres, Almendar? ¿Un hombre o un miedoso?"

Almendar se puso rojo. Se mordió el labio y permaneció en silencio. Obviamente no tenía ganas de quemarse la boca otra vez.

"No voy a quedarme de brazos cruzados y ver cómo todo se deshace bajo mis dedos... No, voy a verlo pasar".

Almendar se encogió de hombros.

"Habrá mucho malestar en los ANGES. Puede olvidarse de ellos por el momento. Hasta que se restablezca el orden y alguien vuelva a estar al mando".

"Usted puede ayudar en eso", se convenció Chengiz.

"¡Eso implica un gran riesgo!"

"¿Ah, sí?"

"Sr. Chengiz, odio decirlo, pero este perro rastreador de FoPoCri está esperando para probar que usted tiene una conexión con los ANGES".

Chengiz sonrió.

"¡Probablemente tendrá que esperar aún más!" Se rió roncamente. "Almendar, no soy un principiante. No me atraparán. Llevan años intentando inculparme. Pero no funciona. Y eso es porque siempre voy unos pasos por delante de ellos. Es como la historia de la liebre y el erizo: yo soy el erizo y siempre he estado ahí... No, no me preocupan esos inofensivos chicos de FoPoCri".

"¿Entonces qué?"

Chengiz suspiró.

"El tiempo", murmuró. "Está huyendo de mí. La gente de Bogotá se preguntará dónde está el pequeño Valdez. Y puede que su sucesor ya esté en camino. No estaría mal que lo tuviera todo bajo control para entonces".

Diego Almendar miró a su jefe, estupefacto.

Es un megalómano, pensó. *O particularmente inteligente.*

La transición podría ser fluida.

"¿Cómo va a conseguirlo, Sr. Chengiz?"

Chengiz sonrió. Una calada cruel jugueteó alrededor de sus finos labios. Aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero.

"Tengo un plan", dijo. "Pero en primer lugar, todo tiene que suceder muy rápido y en segundo lugar..."

"¿Sí?"

Chengiz clavó su intensa mirada en Almendar.

"Confío plenamente en usted, Almendar".

"¡Le agradezco este honor, Sr. Chengiz!"

"Materialmente, nunca fue en su detrimento".

"Lo sé".

"Almendar, necesito tus servicios de nuevo en esto".

"¿De qué se trata?"

Chengiz sonrió con desgana.

"Tu especialidad, Almendar", susurró. "¡Asesinato!"

A la mañana siguiente, ni siquiera el famoso café de Melanie pudo despertarme como es debido. Primero, los comisarios nos reunimos para una breve sesión informativa en el despacho del Sr. Marteau.

Fred Lacroix apenas pudo reprimir su bostezo.

Mientras estábamos aquí sentados, nuestros especialistas en interrogatorios se ocuparon de los detenidos de anoche.

"Buen trabajo", dijo el Sr. Marteau. "Acabo de hablar con Bajere. Dice que será difícil sacar ni una sílaba útil de los ANGES. Las armas incautadas están en el laboratorio. Una cosa, sin embargo, llama la atención". Monsieur Marteau dejó que su mirada recorriera la sala. Frunció el ceño ante Ndonga, que estaba ocupado ajustándose su corbata de seda megamoderna. Tras una breve pausa, el Sr. Marteau continuó: "Hasta ahora, todos los detenidos han negado que el último atentado en el túnel de St-Loup fuera perpetrado por ANGES."

"Eso no significa necesariamente nada", dijo Caron. "Sólo intentan sacar la cabeza del atolladero. Dicen todo tipo de cosas".

Monsieur Marteau sacudió la cabeza.

"No, si se tratara de sacar sus cabezas de la soga, entonces tendrían que trabajar con nosotros. Y no lo hacen. Tienen este maldito código de honor y no ven que la mayoría de ellos sólo fueron utilizados. Prefieren que les corten la lengua a decir algo". Monsieur Marteau miró en mi dirección. "Tal vez haya algo en su sospecha de que alguien completamente diferente llevó a cabo el último ataque, Pierre".

"Deberíamos comprobar si existe alguna conexión entre Chengiz y este Christophe Latisse", sugerí.

El Sr. Marteau se encogió de hombros.

"¿Tiene alguna razón para creer que existe una conexión?"

"Sólo la reacción de Chengiz a mi pregunta".

Monsieur Marteau enarcó las cejas.

"Entonces, ¿cómo fue?"

"No verbal, como se suele decir", le expliqué.

"Así que no apto para el protocolo".

"Desgraciadamente".

"Creo que nos enfrentamos a algunos problemas más inmediatos en lo que respecta a Chengiz", explicó Stéphane Caron.

Monsieur Marteau volvió la mirada.

"¿Y cuáles son?"

"Intentará mantener el lugar en sus manos con todas sus fuerzas. Pero el líder de los ANGES TUEURS está en nuestra celda de custodia. Mucho dependerá de cómo reaccionen los demás miembros de la banda".

Montgomery Whaylor era un hombre negro, alto y de rostro anguloso. Tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha y le bajaba hasta la barbilla de una puñalada. Había ocurrido hacía años, cuando se había enfrentado a un compañero en la cocina de una prisión. Eso había sido en sus primeros días. Ahora ya era demasiado listo como para que le pillaran. Dejaba que otros hicieran el trabajo sucio por él.

Dos fornidos guardaespaldas se situaron a izquierda y derecha. Eran jamaicanos, como el propio Montgomery. Y no sólo eso. También eran parientes suyos.

No confiaba en nadie que no perteneciera a su clan. Por eso sólo se había rodeado de personas con las que estaba emparentado de algún modo. Por supuesto, esto no era una protección real contra las intrigas y complots que eran habituales en su línea de trabajo. Pero para Montgomery Whaylor, al menos significaba la ilusión de seguridad.

Con paso mesurado, bajó los escalones que conducían al portal del tribunal. Su sonrisa era amplia y triunfal. Con un gesto de la mano que habría sido más propio de un gobernante feudal, saludó a la multitud de periodistas y reporteros de televisión que le esperaban. Decenas de micrófonos le tendían la mano.

"¿Qué opina de su absolución, Sr. Whaylor?"

"¿Fue un juicio justo?"

"¿Qué dice a la acusación de que presionó a los testigos para que no declararan contra usted?"

Montgomery se detuvo.

"¡Esto es Francia!", dijo. "Bendecida por Dios a través de su sistema judicial. Aquí hay justicia y la sentencia de hoy lo ha demostrado una vez más". Montgomery no quiso decir nada más.

Sus guardaespaldas empezaron a despejarle el camino. Los fornidos tipos, que probablemente pasaban todo su tiempo libre en gimnasios de culturismo, no eran precisamente remilgados.

"¡Sr. Whaylor, ha sido una absolución de segunda clase! La

acusación de que estaba implicado en el blanqueo de dinero con varios de sus clubes nocturnos en Pointe-Rouge no se ha aclarado realmente".

Montgomery giró en redondo. Enseñó los dientes como un depredador. Su dedo índice subió como la hoja de una navaja y apuntó al periodista delgado y con gafas que había gritado aquello tras él.

"¡Piense bien lo que dice, señor! ¡Tengo más abogados que dedos tiene usted en ambas manos! Si no tiene mucho cuidado, ¡acabaré con usted de tal manera que sólo podrá hacer su trabajo de taquígrafo judicial por su cuenta!"

"¿Por qué evita siempre las preguntas desagradables, Sr. Whaylor?"

Montgomery respiró hondo. Estaba hirviendo por dentro.

"¡Afortunadamente, se le considera inocente hasta que se demuestre lo contrario! Debería pensar en ello antes de soltar sus estupideces y ¡posiblemente hacer que se impriman cientos de miles de veces!".

En el segundo siguiente, el rostro del jamaicano cambió.

Se puso rígido. Sus ojos se desorbitaron. El horror se dibujó en su rostro. Horror y asombro.

Una sacudida recorrió su cuerpo.

Sin emitir un sonido que hubiera sido audible en la conmoción, algo había golpeado la parte superior del cuerpo del jamaicano y destrozado su camisa y su chaqueta a la altura del corazón.

Una segunda bala le siguió sólo una fracción de segundo después. Impactó cerca de la primera bala.

Montgomery gimió apagadamente.

La fuerza del impacto hizo caer a Montgomery hacia atrás y al suelo.

Sus guardaespaldas sacaron sus armas y dispararon en dirección a un coche deportivo blanco desde el que se habían efectuado los disparos. Ahora se alejaba chirriando los neumáticos.

Llevaba ya media hora sentado frente a Tueur-Cédric Danton en la sala de interrogatorios. Nuestro especialista en interrogatorios Bajere también estaba sentado a la mesa con los brazos cruzados.

Danton no había dicho una palabra durante media hora. Se había vuelto completamente testarudo. Me miró con una sonrisa arrogante.

"Es lamentable que quiera cargar con todo, Sr. Danton", le dije. "El único que se beneficia de esto es Omar Chengiz".

"¡No te molestes!" gruñó Danton. "Sólo vas de farol".

"Espere y verá", le contesté. "Una cosa lleva a la otra. Al final, tendremos todo el rompecabezas ante nosotros".

"¿Ah, sí?"

"Disparó a un agente de policía delante de nosotros", le dije. "Sólo por eso hay cadena perpetua".

"¡No se moleste!", gruñó Danton.

"¿De verdad crees que Chengiz moverá un dedo más por ti?"

"¿Es ese su problema?"

Entrecerró los ojos y se echó hacia atrás.

Le enseñé una foto. Una foto de Christophe Latisse. Le echó un vistazo rápido y luego puso cara de aburrimiento.

"¿Qué estás haciendo?"

"¿Conoce a este hombre?"

"No, nunca lo he visto".

"Era el ocupante del BMW al que dispararon en el segundo atentado del túnel de St-Loup".

"¡No tenemos nada que ver con eso!", rugió. Se volvió en dirección a Bajere. "Ya se lo he dicho cinco veces, pero al parecer nadie quiere oírlo".

"¿Ha oído alguna vez el nombre de Christophe Latisse?", le pregunté.

"No."

"¿Mencionó alguna vez el Sr. Chengiz este nombre?"

"Me aburres".

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y François entró.

"Pierre, ha ocurrido algo que te interesará".

Me levanté.

Salimos a la calle. Fuera, en el pasillo, François dijo: "¿Le dice algo el nombre de Montgomery Whaylor?".

"¿No es ese el líder del clan jamaicano al que la brigada antidroga lleva años intentando atrapar en vano?".

"Así es. Fue absuelto de nuevo esta mañana. A alguien no pareció gustarle. Le dispararon desde un coche deportivo. Sucumbió a sus heridas. Si quiere saber más sobre el asesinato, puede ver una grabación en la televisión del desayuno".

Miré a François con cierta irritación.

"¿Me he perdido algo o cuál es la conexión con nuestro caso?"

"La conexión es Chengiz", respondió François. "Montgomery Whaylor era su mayor competidor. Antes de que Chengiz agitara Pointe-Rouge con sus ANGES TUEURS, Whaylor era probablemente el gran jugador de fondo allí. Al menos eso es lo que dice la brigada antidroga".

"Si Chengiz se deshace ahora de su rival, será el momento más desfavorable imaginable".

"Tal vez no sabemos lo suficiente. Todavía nos falta una pieza del rompecabezas, Pierre. Una crucial".

"Dímelo a mí".

"Y luego hay algo más".

Alcé las cejas.

"¿Qué?"

"Acaba de llegar la noticia de que Genevieve Malvoise ha sido encontrada. Ya se acuerdan: La compañera de Christophe Latisse, a quien Fred buscaba en vano".

Junto con Fred Lacroix, nos dirigimos a un emplazamiento industrial abandonado en el norte de Bompard. Era una ruina abandonada. Aquí había existido una fábrica de papel. Ahora sólo quedaban algunas naves vacías, cuyas vigas de acero se oxidaban lentamente.

Numerosos vehículos de emergencia dejaron claro de inmediato lo que estaba ocurriendo.

Aparcamos el Renault que nos habían dado en el parque móvil un poco lejos y nos bajamos.

Era un día brumoso y frío. El frío húmedo te calaba hasta los huesos.

Saludé a un colega conocido de la brigada de homicidios y mostré a uno de los agentes mi identificación.

El oficial nos dejó pasar.

Luego llegamos a la sala donde aparentemente se había encontrado el cadáver. El cuerpo ya había sido colocado en un ataúd de metal. El rostro del forense era muy serio. Se volvió hacia el comisario que estaba a cargo de la operación aquí.

"La fallecida no murió por las quemaduras", declaró el médico. "Le dispararon".

"¿Qué tipo de quemaduras?", intervine e inmediatamente mostré mi DNI.

El comisario se dio la vuelta y me miró, algo asombrado.

Antes de que pudiera decir nada, el forense respondió: "La joven fue probablemente torturada con aparatos de electrochoque. Las lesiones son bastante típicas. Después le dispararon en el centro de la cabeza. A quemarropa".

"¿Y cuánto tiempo hace de eso?"

"Al menos medio día". Se volvió hacia el comisario de la brigada de homicidios. "El resto lo sabrán por mi informe, Messieurs".

"Está bien", asintió el comisario.

El médico se alejó mientras ya se llevaban a la mujer muerta.

El comisario se volvió hacia mí.

"¿Por qué es un caso que interesa al FoPoCri?"

"Aún no sabemos si éste es el caso. Pero podría haber una conexión con el último ataque de ANGES TUEURS".

El comisario frunció el ceño. "¿En qué sentido?"

"Genevieve Malvoise era la compañera del conductor del BMW que murió tiroteado", le expliqué. "Poco después de su muerte, alguien registró su piso y Genevieve Malvoise desapareció. ¿Tiene alguna idea de lo que los autores querían de ella?"

"Información, diría yo", explicó el colega. "Pero sólo son especulaciones. Hasta ahora, no hemos encontrado ningún rastro que nos permita sacar conclusiones."

Echamos un vistazo a la escena del crimen. Genevieve Malvoise yacía atada en el suelo. Tal y como estaban las cosas, aún no podíamos descartar un crimen con motivos sexuales o un asesinato ritual.

Mientras así fuera, era mejor que la brigada de homicidios continuara la investigación. Telefoneé al jefe del departamento, un tal comisario Sorganz. Acordamos que se nos informaría inmediatamente de cualquier nuevo hallazgo. Todo lo demás sólo podría decidirse en cuanto se dispusiera del informe médico y del informe del servicio de identificación.

Fred Lacroix me miró con cierto escepticismo.

"¿De verdad cree que hay una conexión con Chengiz, Pierre? Me parece muy improbable".

"Estoy seguro de ello, Fred", le dije. "La forma en que reaccionó a mi pregunta ..."

"Nuestro trabajo se basa en hechos concretos, Pierre", dijo François. "Y en lo que respecta al Latisse, hasta ahora no tenemos nada que siquiera insinúe tal conexión".

Me encogí de hombros.

"¿Qué puedo decir? Tiene razón, por supuesto. Sin embargo, este

punto no me deja en paz. Christophe Latisse fue asesinado deliberadamente, y presumiblemente no por un miembro de los ANGES TUEURS. Pero por otro lado, debe haber sido alguien que estaba muy familiarizado con sus hábitos".

"Salvo algunos detalles", añadió Lacroix.

Asentí con la cabeza.

"Te refieres a los picos en la A de ANGES".

"Tú lo has dicho".

"Fred, me gustaría echar un vistazo al piso de Christophe Latisse".

Fred sonrió.

"¿Por qué no? No tengo ni idea de si al Sr. Marteau le parecerá una gran idea, pero después de la detención de Tueur-Cédric Danton seguro que tendrá algún tipo de prima con él".

Paul Claviére estaba de pie delante de su tienda. La cafetería del edificio vecino estaba temporalmente cerrada. debido a obras de remodelación.

El rugido de los motores le hizo incorporarse y prestar atención. Conocía ese sonido.

No tan profundo y zumbante como los coches ...

¡Motos! Al menos una docena de ellas. Se quedó congelado durante un segundo y miró hacia la carretera. La falange de motociclistas vestidos de cuero negro rugía a lo largo de la carretera. Ocupaban toda la anchura de la carretera, sin tener en cuenta el tráfico que circulaba en sentido contrario.

Detrás de las motos venía un pequeño convoy de exquisitas berlinas. Todos robados, supusimos.

Claviére miró hacia los ANGES TUEURS.

No era la primera vez que se enfrentaba a ellos.

Y por supuesto, como todo el mundo en el barrio, les pagó parte de sus beneficios.

Pero normalmente no acudían en tal número a cobrar su parte.

¿Qué ha pasado?", se preguntó Claviére, tragando saliva. ¡Tenía una corazonada!

Luego caminó los pocos pasos que le separaban de su tienda.

De momento no había ningún cliente. Y eso era bueno.

Claviére rodeó el mostrador y abrió un largo cajón. Sacó de él una escopeta de bombeo y la cargó. La escopeta siempre estaba cargada. Después de todo, los robos no eran infrecuentes en este barrio. Claviére sabía que había que esperar cualquier cosa en Pointe-Rouge. Y sencillamente no estaba dispuesto a entregar tan fácilmente el dinero que tanto le había costado ganar.

Pero hoy se trataba de otra cosa.

Para saber más.

Por su vida.

Algunos de los motoristas sacaron armas y las apuntaron. Pistolas automáticas. Subfusiles y rifles. Había de todo en una buena armería. Al momento siguiente, una lluvia de balas salió disparada, rompiendo un cristal tras otro. Los proyectiles rasgaron las estanterías, haciendo bailar las latas y salpicando su contenido en la pared.

A estas alturas, como muy tarde, Paul Claviére se dio cuenta de que sólo le quedaba una cosa por hacer: ¡Escapar!

Primero se precipitó detrás del mostrador y se agachó allí.

Esperar hasta que la primera lluvia de balas se hubiera calmado. No tenía otra opción por el momento. Contempló con rabia impotente cómo se destruía el interior de la tienda. La máquina de café reventó y la caja registradora fue perforada con docenas de pequeños agujeros de aspecto punzante por la ráfaga de una Uzi. Los billetes de euro del interior probablemente no tenían mucho mejor aspecto.

Paul Claviére agarró firmemente el fusil con ambas manos.

Básicamente, siempre había contado con que algún día ocurriría.

Deben de haberse enterado de alguna manera de mis contactos con el FoPoCri, pensó. Y lo que los ANGES TUEURS no podían soportar por nada del mundo era a quien creían un traidor. Eran duros como el acero. No pedían pruebas por mucho tiempo. No había defensa en su tribunal.

El miedo de Clavière era limitado. Básicamente, hacía tiempo que había renunciado a vivir y había repetido esta situación una docena de veces en su mente. Los días de pasar la noche en vela por miedo habían terminado. Miró hacia el teléfono. El teléfono estaba al otro lado del mostrador.

Pero el frenesí de disparos de los ANGES TUEURS no había dejado intacto gran parte del aparato. Las balas habían destrozado el plástico duro y dejado al descubierto las entrañas electrónicas.

Claviére ya no podría llamar a nadie para decirle quién le tenía en su conciencia.

La lluvia de balas se apagó. Se hizo el silencio.

Sospechosamente tranquilo.

Las puertas se cerraron de golpe.

Se oían pasos. Clavière miró hacia la puerta que daba a los almacenes y a su piso privado, en la parte trasera del edificio.

Pero faltaban unos metros para llegar a esta puerta. Y era dudoso que pudiera pasarla con vida.

Los pasos parecían acercarse...

El hecho de no poder ver nada de su adversario puso a Claviére casi frenético.

Le temblaban las manos.

Entonces tomó una decisión nacida de la pura desesperación.

Salió de su cobertura detrás del mostrador y sacudió su escopeta de acción de bombeo. El cañón giró hacia la salida, donde vio varias figuras. Sus trajes de cuero oscuro les hacían parecer irreales. Casi como hombres del espacio que acabaran de salir de un ovni para arrasar el mundo. En las películas malas, eso era involuntariamente gracioso. Ahora no.

Claviére se precipitó hacia la puerta.

Disparó al mismo tiempo, pero su bala no fue a ninguna parte.

Vio el destello de un fogonazo. Parpadeó el rojo brillante del frío acero.

La carga alcanzó primero a Claviére en la parte superior de su cuerpo, lo desgarró hacia un lado y lo clavó literalmente contra la pared. Algunas de las balas de esta ráfaga de disparos de Uzi le atravesaron y dibujaron un dibujo en la pared detrás de él.

No había llegado muy lejos. Se deslizó al suelo sobre la pared, a un metro del mostrador. Un reguero de sangre recorría la astilla blanca. Claviére dejó caer la pistola a su lado. La aferró convulsivamente, intentó levantarla y apretar de nuevo el gatillo. Pero sus brazos ya no le obedecían. Un temblor recorrió todo su cuerpo mientras una gota roja corría por su boca.

Levantó los ojos.

Conocía al hombre que se le acercó. Un rostro pálido y lechoso. Claviére le había visto crecer en estas calles. Se llamaba Tim

Valmonde.

Había una fría sonrisa en el rostro de Tim.

Se inclinó hacia Claviére.

"¡Siempre te lo advertimos, Claviére!"

Claviére quiso replicar. Pero no pudo. No fue más que un traqueteo ininteligible.

Tim hizo una mueca.

"Sabías lo que les hacemos a los traidores. ¿Se pregunta cómo nos enteramos? Sospechábamos de usted desde hacía tiempo. Pero nuestro buen Tueur-Cédric era simplemente demasiado indulgente e indeciso. Eso es lo que tiene ahora. Sus amigos del FoPoCri le tendieron una trampa. Algo desagradable, ¿verdad? Pero algo así no volverá a ocurrirnos pronto. Al menos no bajo mi liderazgo".

"Tonto", dijo Claviére. Su voz no era más que un suspiro.

Entonces su cabeza se hundió hacia un lado. Su mirada se congeló.

Tim le miró con una sonrisa fría.

Se dio la vuelta y se dirigió a su pueblo.

"¡Hay mucho que hacer!", gruñó sombríamente.

Y entonces, en un estallido de pura furia destructiva, dejó sonar su Uzi una vez más, destrozando las últimas latas de conserva que quedaban intactas. Quizá se imaginó que eran cráneos humanos.

Alrededor de las cabezas de las personas que aún estaban en su lista ...

Ya tenía una sensación de mareo mientras conducíamos por el túnel de St-Loup. Pero en dirección opuesta a la del hombre cuya vida pasada intentábamos explorar. Era fácil ir de la parte sur de Marsella a la norte o viceversa.

¡A tiro de piedra!

Christophe Latisse había vivido en una casa adosada cerca de la costa. Antes de echar un vistazo, nos detuvimos en el departamento de robos de la comisaría local y pedimos al comisario Balthasar Maville que nos explicara lo que habían investigado hasta el momento.

No fue mucho.

Al parecer, este robo no se tomó muy en serio. Después de todo, la víctima había muerto y ya no podía quejarse. Y aún no se había identificado a ningún familiar, como admitió el comisario Maville ante mi asombro.

Parecía un poco avergonzado y no dejaba de rascarse la barbilla sin afeitar.

"Estamos completamente faltos de personal", dijo.

"Claro", refunfuñé.

"Escuche, señor Marquanteur, de todas formas sólo queda una hermana, que se dice que emigró a la India hace años para vivir en un ashram. Nos estamos poniendo en contacto con ella a través de la embajada francesa en Delhi. Es todo lo que podemos hacer". Puso una carpeta sobre la mesa. "Este es nuestro informe preliminar, señor Marquanteur. Échele un vistazo usted mismo, pero me temo que no podrá hacer mucho con él".

"¿Cómo entraron los ladrones en la casa?"

"A través de una ventana. Simplemente la abrieron a la fuerza. Debían tener prisa y lo saquearon todo".

"Eso lo sabemos nosotros", interrumpió Fred Lacroix. "Creía que el informe forense ya estaría sobre la mesa".

"Aún lo estamos esperando", explicó Maville.

Le dije: "No hay nada que puedas hacer".

"¡Me alegro de que pienses así!"

"Gracias de todos modos".

No tuve la sensación de que pudiéramos aprender nada importante aquí. Así que nos bebimos el fino café del distrito y nos despedimos.

Luego nos dirigimos al piso de Latisse. Fred Lacroix conocía bien el lugar. Sabía dónde había vivido Latisses.

La casa adosada tenía un total de tres plantas. Latisse había alquilado los dos pisos superiores y vivía él mismo en la planta baja con Genevieve Malvoise.

Su piso estaba precintado.

Cuando entramos, nos encontramos con una imagen de caos.

Los muebles habían sido volcados, la tapicería acuchillada e incluso parte del papel pintado había sido arrancado de las paredes. Alguien había hecho un gran trabajo aquí.

"Sabes, Pierre, me sorprendió desde el principio", dijo Fred Lacroix. "Este hombre supuestamente dirigía una agencia de consultoría de seguridad. Pero no parece haber tenido una oficina".

Me volví hacia un gran escritorio cuyos cajones habían sido abiertos bruscamente. Astillas sobresalían de la madera. El contenido de los compartimentos había sido saqueado apresurada pero minuciosamente. La pared del fondo había sido destrozada porque, obviamente, se había utilizado como escondite.

¿Para qué?" pasó por mi cabeza. Esa era la pregunta más importante.

François estaba revisando los pocos libros que Latisse había poseído. Estaban amontonados bajo la estantería. Cada uno de ellos había sido registrado.

"Me pregunto si los ladrones encontraron lo que buscaban", dijo François.

"Probablemente no", respondí. "Si no, no habrían tenido que interrogar así a Genevieve Malvoise".

"También es verdad otra vez".

"Debe haber mucho en juego aquí".

"Creo que eran varios, Pierre. Si no, no habrían sido lo bastante rápidos. Si enciende la luz aquí, podrá ver el exterior. Sólo hay cortinas, ni persianas ni contraventanas".

"Y fueron extremadamente minuciosos", dije.

"¡Casi se podría pensar en algunos colegas!"

"En cualquier caso, conocían su oficio".

Dejo que mi mirada se deslice sobre el escritorio completamente caótico.

Algunos de los documentos que originalmente habían estado sobre él se habían deslizado detrás del escritorio durante el registro efectuado por el ladrón o ladrones. Agarré el mueble por dos esquinas y lo separé de la pared. Detrás había un auténtico revoltijo de papeles. También había un elegante birógrafo Parker con un grabado personalizado y un dictáfono. Sin embargo, en el aparato no había ningún casete.

Y entonces encontré algo más. Un pequeño diario negro.

Lo hojeé.

Las notas se garabatearon rápidamente. Christophe Latisse no tenía buena letra. Si los nombres de las personas con las que se reunía estaban escritos completos y no simplemente abreviados, era imposible descifrar algunas de las cartas con la mejor voluntad del mundo. Tendría que haber sabido quién estaba detrás de esas cursivas y curvas extrañas y de aspecto agitado.

Parecía un ejercicio de entrenamiento para grafólogos en ciernes.

Busqué la fecha en la que había muerto Christophe Latisse. No fue sólo el instinto lo que me hizo hacerlo, sino el razonamiento lógico. Si Latisse había sido efectivamente víctima de un atentado selectivo del que alguien había querido culpar a los ANGES TUEURS, sólo podía haber sido alguien que hubiera sabido exactamente cuándo Latisse viajaría por el túnel de St-Loup.

Miré a ver si tenía cita ese día.

En realidad había una entrada. Primero una hora: 10.30 a.m. Luego una abreviatura: R.F.G.

Cogí mi teléfono móvil y marqué el número.

Al momento siguiente tenía al teléfono a la secretaria de un bufete de abogados dirigido por un tal Rainier F. Gironde.

Coincidía con la abreviatura.

Doblé el teléfono móvil.

El Sr. Gironde tendría algunas preguntas que responder.

Inmediatamente nos pusimos en marcha hacia el centro de Marsella. Fred Lacroix iba al volante. François se sentó a su lado, mientras que yo me senté en el asiento trasero.

Había puesto a mi lado el expediente que la brigada de robos de la policía había abierto. Hojeé el expediente. No encontré en él ninguna pista interesante.

Rainier F. Gironde era un hombre canoso y modesto, de frente alta y ojos despiertos. Su nariz era ancha y chata. Vestía un traje a medida del último diseño de moda. Al principio, su secretaria había intentado deshacerse de nosotros, pero en ese aspecto se había topado con granito.

Gironde nos recibió en un amplio despacho que ocupaba la mayor parte de un piso de ensueño con vistas al Mediterráneo. El mobiliario era muy sencillo y funcional. De las paredes colgaba arte moderno, que su propietario creía que eclipsaría cualquier paquete de acciones en términos de revalorización.

Gironde se levantó de detrás de su escritorio, lo rodeó y se acercó a mí. El apretón de manos con el que me saludó fue excesivamente firme. El apretón de manos de un hombre que quería demostrar inmediatamente a todo el mundo quién mandaba.

Le enseñamos nuestros carnés de identidad.

Su expresión permaneció impasible, como si no estuviera especialmente impresionado. Nos condujo a una zona de asientos. Los sillones eran negros, de cuero y bastante incómodos.

"¿Qué puedo hacer por ustedes, Messieurs?", preguntó entonces. "¿Quieren un coñac?"

"Estamos aquí sólo por negocios", explicó François con naturalidad.

Fred Lacroix y también declinó. Gironde se encogió de hombros.

"Como desee".

Empecé la entrevista.

"¿Conoce a un hombre llamado Christophe Latisse?"

Era una pregunta sencilla, para la que probablemente también había una respuesta sencilla. No así para Gironde. Cruzó las piernas y me escrutó con mirada despectiva.

"¿Cómo voy a entender esta pregunta?"

"La forma en que está planteada".

"Le sorprenderá que no le responda directamente, pero..."

"¡Tienes toda la razón!"

Un músculo se crispó en su cara. Se frotó la sien con el dedo índice. Luego continuó por fin: "La cuestión es simplemente que no sé si estoy incumpliendo el deber de confidencialidad de mi abogado si le doy información".

"Dado que sólo puede incumplirlo si el señor Latisse era su cliente, eso responde a la pregunta", dije. "Usted conocía al señor Latisse".

"Le corresponde a usted sacar conclusiones, monsieur..."

"Marquanteur".

"Disculpe, pero no recuerdo los nombres".

"Pero aún recuerda la de Latisse".

Unas cuantas arrugas aparecieron ahora en la frente de Gironde. Su rostro adoptó un aspecto molesto. Parecía molesto.

"¡Escúcheme, señor Marquanteur! Mi tiempo es extremadamente valioso..."

"¡La nuestra también!"

"... y no debería desperdiciarlo. ¡Así que vaya al grano!"

"El Sr. Latisse tenía una cita con usted a las diez y media del día 4 de este mes, y no pudo acudir".

Gironde asintió.

"Sí, una historia trágica. Fue asesinado por esos lunáticos que disparan desde los puentes a las autopistas y lo ven como una prueba de valor, aunque habla más bien de una astucia y cobardía

particulares."

"Hay dudas sobre la teoría de que realmente ocurrió", dije.

Gironde enarcó las cejas.

"¿En serio?"

"Podría haber sido asesinado".

"Bueno, por lo que sé de ella, me parece muy poco probable". Me miró y luego se encogió de hombros. "Pero, por favor, si quiere decir... Me pregunto qué quiere de mí".

"Nos gustaría saber por qué estaba con usted, Sr. Gironde".

"No creo que tenga derecho a preguntarme eso".

"¿Ah, no?"

"Quizá los de su clase a veces no se toman las leyes tan en serio y quizá ni siquiera tienen un concepto real de lo que significa su espíritu".

"Y con su profesión, por supuesto, es completamente diferente", comentó irónicamente François.

Gironde giró la cabeza hacia él y torció el rostro en una sonrisa de negocios. Una máscara fría que no revelaba nada de lo que ocurría tras ella.

"Ha dado en el clavo".

Ahora Fred Lacroix se involucró. Mostró a Gironde una foto de Genevieve Malvoise.

"¿Conoce a esta señora? Quizá también sea cliente suya".

"No es ella. Era la compañera de Latisse".

"¿Era?", me hice eco.

El rostro de Gironde se crispó mientras me dirigía una mirada gélida. Su sonrisa parecía congelada. Sus dientes relucían de un blanco impoluto.

Le dije: "¿Habla de Madame Malvoise en pasado, como si ya no

estuviera entre los vivos?".

El rostro de Gironde se torció en una máscara cínica.

"El pasado se refería al Sr. Latisse. Incluso con las parejas casadas, dice el refrán, 'hasta que la muerte os separe'. Eso debe aplicarse aún más a las personas que viven juntas sin licencia matrimonial".

"No puedo reírme de ello, Sr. Gironde".

"También fue completamente grave".

"¿Cuándo vio por última vez a Genevieve Malvoise?"

"No me acuerdo".

"Pero seguro que se acuerda si tiene un dispositivo de descarga eléctrica".

"¿Qué estás haciendo?"

"Es una pregunta, nada más. Puede responderla con un sí o un no".

"¿Me he perdido algo? Al principio se trataba de la muerte de Latisse".

"¡De alguna manera todo está conectado!"

"Le sugiero que vuelva cuando haya puesto un poco más de orden en el caos, Sr. Marquanteur". Y con una sonrisa de suficiencia en los labios, añadió: "¡Me refiero tanto al caos en este caso como al caos en su cerebro! Pero quizás, en lo que a eso se refiere, todo vaya junto".

Intenté mantener la calma.

"Genevieve Malvoise ha sido asesinada, y aún no puedo superar el hecho de que usted ya parecía saberlo, Sr. Gironde".

"¿Ah, sí?" Levantó las cejas y se encogió de hombros. "Sé que desde la llegada del psicoanálisis de Freud, se pueden leer todo tipo de cosas en algo así. Pero a veces un lapsus linguae es sólo un lapsus linguae".

"¡Vamos, Pierre!", dijo François. "Es mejor que volvamos con una citación y una orden de registro. No conseguiremos nada más".

"¿De verdad cree que puede asustarme con eso?", rió el abogado. "Sabe muy bien que no conseguirá ni lo uno ni lo otro".

Odiaba admitirlo. Pero, por desgracia, Gironde tenía razón.

Desgraciadamente, ser antipático no era un delito.

Sonó mi teléfono móvil. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué el teléfono. Era un triste mensaje que tenía que entregar la centralita.

Paul Claviére había sido asesinado.

La rubia curvilínea aspiró un poco de nieve en su nariz con un tubo. Se inclinó sobre la mesa para que se pudiera ver muy profundamente su escote.

Pero de alguna manera Omar Chengiz no podía disfrutar hoy de la vista. Simplemente estaba demasiado tenso.

Diego Almendar se había dejado caer en uno de los sillones y se había bebido el champán directamente de la botella. Puso cara de satisfacción.

Pero su jefe estaba menos satisfecho.

Dio un paso hacia Almendar y gruñó: "¡Basta! Ahora tenemos que mantener la cabeza despejada".

Almendar se encogió de hombros.

"No sé qué le pasa, Sr. Chengiz. Le he quitado de en medio a Montgomery Whaylor. Debería colgarme una medalla".

"¡Muy gracioso!"

Sonrió.

"¡Si es necesario, también aceptaré acciones o fajos de billetes de 500 euros!"

"¡El asunto no ha terminado en absoluto, Almendar!"

Volvió a ponerse serio.

"Lo sé", dijo, dejando la botella sobre la mesa. "Sobre todo, no confiaría en que Cédric Danton y los demás detenidos guardaran un silencio obstinado".

"Pero mientras estén bajo la custodia del FoPoCri, no tengo forma de resolver el problema. Sólo cuando sean trasladados a un centro de detención normal podré utilizar mis contactos".

Las conexiones de Chengiz a este respecto eran excelentes. Si era necesario, se encontraría a alguien que hiciera callar para siempre a un ANGEL demasiado hablador. Pero sus conexiones no llegaban hasta las celdas de custodia de nuestro presidio.

Pero eso no era tan malo. Los detenidos no podrían permanecer allí mucho tiempo.

Y si se llegaba a juicio, se les pediría que repitieran las declaraciones que hubieran hecho en presencia de un investigador del FoPoCri. Hasta entonces, había tiempo suficiente para hacer algo.

Chengiz estaba más preocupado por algo completamente diferente. Y eso eran las condiciones en Pointe-Rouge.

Lo que había oído al respecto le provocaba dolor de cabeza. Los ANGES TUEURS parecían estar desbocados.

Tengo que asegurarme de que vuelvo a tenerlo todo bajo control, pensó. Pero, por otro lado, era obvio para él que no podía dar ni un paso más fuera de sus cuatro paredes por el momento sin ser vigilado.

En ese momento, un criado doméstico entró en la habitación.

Era un hombre demacrado, de mediana edad, con el pelo rubio ceniza y el rostro inmóvil. Iba vestido como un mayordomo. Llevaba un teléfono móvil en la mano derecha.

"¿Señor Chengiz?"

"¿Qué pasa?", preguntó Chengiz con cierta rudeza.

"¡Una llamada para usted!"

Chengiz frunció el ceño.

"Si es el FoPoCri ..."

"Es la oficina del Sr. Gironde".

El rostro de Chengiz cambió. Se mordió el labio.

Maldición, pasó por su mente. *Eso sólo podía significar que iba a haber problemas.*

"¡Ponga la llamada en mi despacho!", dijo Chengiz.

Abrió una puerta corredera y entró en su despacho. Había un teléfono blanco sobre el gran escritorio de aspecto bastante ostentoso. Chengiz cerró primero la puerta tras de sí. Dudó un momento. Luego se acercó al teléfono y lo descolgó.

"¿Señor Chengiz?", llegó la voz de un hombre al otro lado de la línea.

"Sólo puedo esperar que tenga una buena razón para llamar aquí, señor Gironde", dijo Chengiz con un gruñido. "Sabe que no hay que subestimar el riesgo de interceptación".

"Ha ocurrido algo, señor Chengiz", respondió impasible Gironde. "Un par de comisarios han estado sentados en mi despacho hasta hace un momento y me han hecho unas preguntas bastante desagradables".

"Y estás a punto de perder los nervios, ¿verdad?"

"I ..."

"Qué pena. Pensé que trabajaría con profesionales".

No fuimos a Pointe-Rouge para ver dónde habían asesinado a Paul Claviére. Caron y Ndonga estaban allí y nos lo contarían todo más tarde.

De todos modos, pensé que era poco probable que allí surgiera una nueva pista. Era obvio que los ANGES TUEURS estaban ahora revueltos. Después de todo, su líder estaba sentado en nuestra celda.

Lo primero que buscaban siempre eran traidores.

Sentí pena por Claviére. Había sido un hombre recto e intrépido. Uno de los pocos de su barrio que se había atrevido a hacer algo contra el crimen. Había pagado por ello. Con su vida.

Fred, François y yo nos dedicamos a las tediosas investigaciones informáticas y de archivos que ahora figuraban inevitablemente en nuestro programa. A ninguno de nosotros nos gustaban estas actividades.

Sobre todo cuando aún se estaba más o menos hurgando en la niebla. Teníamos unos cuantos nombres y unos cuantos cadáveres. Tenía que haber una conexión en alguna parte que de momento no podíamos ver.

Volvimos a repasar todos los hechos, teníamos todo impreso sobre las personas que habían desempeñado un papel en el caso hasta el momento. Era un batiburrillo de información y datos.

Pero entonces encontramos lo que buscábamos.

Rainier F. Gironde había actuado en varias ocasiones como abogado nada menos que de Omar Chengiz. Pero no en procedimientos penales. Si lo hubiera hecho, lo habríamos descubierto más rápidamente. Gironde no estaba especialmente familiarizado con el derecho penal. Su especialidad era algo completamente distinto. Había representado a Chengiz en un juicio relacionado con un asunto inmobiliario.

"Así que hay una conexión", me di cuenta.

Chengiz - Gironda - Latisse.

Un extraño triángulo.

François asintió.

"Desgraciadamente, ¡esta toma de conciencia aún no nos ha llevado mucho más lejos!"

"Es un comienzo", respondí.

"Quizás. Hasta ahora, sólo hay una conexión entre Gironde y Chengiz por un lado, y Latisse y Gironde por otro. Puede que en realidad sólo tengan el mismo abogado".

"¿Te lo crees?"

"Sólo quiero decir que no debemos dejarnos llevar, Pierre".

Seguimos buscando obstinadamente. De algún modo, todo tenía que tener sentido. Entre medias, vi a Fred bostezando sin pudor.

No sé cuánto tiempo había pasado. No había mirado el reloj. De todos modos, Maxime Valois, del departamento de búsqueda, vino a nuestra oficina en algún momento. Puso sobre nuestra mesa un informe de desaparición de la policía de Aubagne.

"Toma, Pierre", dijo en mi dirección. "Esto nos acaba de llegar".

Le eché un vistazo.

Y se quedó atónito.

"Una denuncia ordinaria de desaparición", explicó Valois. "Un hombre se va de vacaciones unos días y luego no regresa a su puesto de trabajo en una gran empresa de electrónica. No se presenta, no parece estar en su piso, aparentemente sin familiares. Enseguida me fijé en su rostro. Se parece a la del conductor del BMW que murió tiroteado frente al túnel de St-Loup".

Miré con incredulidad las impresiones del ordenador que nos había dado Valois.

La coincidencia fue realmente sorprendente.

El hombre se llamaba Emile Barnier, vivía en las afueras de Aubagne y trabajaba para Jupiter Electronics, una empresa de alta tecnología con sede allí.

"¿La empresa presentó la denuncia de desaparición?", pregunté para asegurarme.

Valois asintió.

"Extraño, ¿verdad?", comentó. "Es evidente que no era un empleado sin importancia. Además, no parece haber habido nadie más en la vida de este hombre".

François dijo: "O Christophe Latisse tiene un hermano gemelo o ..."

"... una segunda identidad", terminó Valois. "En mi opinión, eso es lo que parece. El hecho de que no parezca haber tenido contactos privados también habla a favor de ello."

¡Una segunda existencia ilusoria!

¿Por qué un hombre como Christophe Latisse necesitaba algo así?

Eché un vistazo a mi reloj. Las cuatro y media de la tarde.

"Supongo que sólo un viaje a Aubagne nos llevará a alguna parte por el momento".

Viajamos en dos coches. Fred Lacroix cogió un Renault del parque móvil.

Junto con el comisario Quinley, un joven colega recién salido de la academia de policía que acababa de incorporarse, iba a echar un vistazo a Jupiter Electronics, mientras que François y yo íbamos a examinar más de cerca el piso del tal Emile Barnier, alias Christophe Latisse.

François y yo cogimos mi coche privado, el deportivo.

Recogimos las llaves del piso en la comisaría de Aubagne. Un agente de policía nos explicó que habían forzado la puerta del piso y que habían colocado una cerradura nueva.

"Un gran esfuerzo para un hombre que no vuelve de vacaciones a tiempo", le dije.

"No se podía descartar un crimen".

"¿Un delito?"

"El Sr. Barnier era empleado de Jupiter Electronics. Esta empresa trabaja principalmente para el Ministerio de Defensa. Allí se desarrollan, por cuenta del gobierno, sistemas de control electrónico para sistemas de misiles y cosas similares altamente sensibles. El Sr. Barnier ocupa un puesto clave en el servicio de seguridad de la empresa. Cuando alguien así desaparece, las causas pueden ser diversas".

Entendí lo que quería decir.

A Jupiter Electronics probablemente le preocupaba que alguien pudiera estar intentando sonsacar información relevante para la seguridad a Barnier, alias Latisse.

No se llegó a eso.

En su lugar, alguien simplemente había hecho un trabajo corto con él.

El piso de Emile Barnier estaba en la tercera planta de un bloque de viviendas en las afueras de Aubagne. Una dirección discreta en una calle discreta.

Tomamos el ascensor.

En el pasillo, me encontré con un hombre alto, de rostro anguloso y sienes grises. Su abrigo de cachemira volaba tras él. Nos escrutó con una mirada sin sentido pero atenta y luego desapareció por la siguiente esquina.

Por alguna razón, miré hacia él. Pero ya se había ido.

"¿Le pasa algo?", me susurró François.

"No lo sé".

Llegamos a la puerta principal.

Cuando fui a abrir la puerta, me di cuenta de que algo iba mal. La puerta ya estaba abierta. Algo de luz entraba por una pequeña rendija desde el interior.

Intercambié una mirada con François y cogí mi pistola.

François hizo lo mismo.

Evidentemente, no fuimos los primeros en interesarnos por este piso.

François dio un paso a la derecha, yo a la izquierda.

En el segundo siguiente sonó un disparo. Un agujero del tamaño de un puño se formó en el centro de la puerta cuando un proyectil zumbó entre nosotros. Se estrelló contra la pared con una fuerza asesina, destrozando el papel pintado y haciendo que la piedra se desmoronara.

Una segunda le siguió en el momento siguiente. Otro agujero se abrió en la puerta.

A derecha e izquierda de la puerta, François y yo nos apretamos contra la pared, mientras desde dentro alguien intentaba convertir la puerta en un colador lo más rápidamente posible.

Entonces los disparos se calmaron.

Se oían pasos.

Agarré mi Sig Sauer P 226, me di la vuelta y le di una patada a la puerta destrozada. Salió volando hacia un lado. Tenía la pistola

preparada cuando entré en el piso.

"¡Soltad las armas! FoPoCri!", grité.

Me encontraba en una especie de salón que parecía ocupar la mayor parte del piso. La puerta del balcón estaba abierta y entraba una brisa fresca.

Cautelosamente di unos pasos hacia delante.

François me siguió.

El piso había sido registrado. Parecía como si hubiéramos molestado a alguien haciéndolo.

No se veía a nadie.

François cruzó la habitación y se volvió hacia la puerta de la izquierda, que debía conducir a otra habitación. Mientras tanto, yo me volví hacia el balcón.

François abrió la puerta de una patada. Con la pistola preparada, saltó hacia delante.

"Aquí no hay nadie", dijo secamente.

"Habrá tomado la escalera de incendios", le contesté.

François fue al baño. También sin éxito. Yo continué hacia el balcón.

Salí con cautela.

Mi primer impulso fue mirar hacia abajo. Pero entonces vi un movimiento a un lado y me di la vuelta.

Una Uzi me apuntaba. Ni siquiera a un metro de mí. Un hombre con el pelo corto y una barba oscura se colocó frente a mí.

Se había apretado contra la pared y me estaba esperando.

El cañón de su Uzi apuntaba a mi estómago.

Su dedo se apretó alrededor del gatillo para atravesarme literalmente con una ráfaga de disparos de este práctico subfusil.

No era necesario apuntar a un metro.

Y no con una Uzi de todos modos. Alguna bala alcanzaría su objetivo y se aseguraría de incapacitarme.

Mis manos apretaron la P 226.

Me di cuenta de que aún podría apretar el gatillo y disparar al tipo en defensa propia. Pero no lo suficientemente rápido como para salvarme la vida.

Pasó un segundo entero.

Casi había superado el asombro de que ambos siguiéramos vivos.

"Suéltela", dijo en voz baja. Hizo un movimiento apretado y preciso con el cañón del subfusil. Debía arrojar la P 226 desde el balcón. Aún dudaba.

Pero entonces vi que el músculo de su dedo índice se tensaba.

Este hombre no aguantaba una broma. La gruesa vena de su frente palpitaba. No dudaba en disparar sin más. Por qué no lo había hecho hasta ahora, no lo sabía.

Así que obedecí.

La pistola voló por encima de la barandilla del balcón. Golpeó en alguna parte de la escalera de incendios y aterrizó con estrépito. Se deslizó aún más. Aterrizó en el fondo con un ruido sordo.

Giré un poco la cabeza.

Pero no podía ver a François.

Debió darse cuenta de lo que estaba pasando.

Sin embargo, estaba condenado a la inactividad. Estaba justo en su línea de fuego. François no podía hacer nada por mí en ese momento.

"Ahora entraremos juntos", dijo el hombre de la barba amordazada. "¡Dese la vuelta muy despacio!"

Obedecí. Apenas tenía otra opción.

"¿Qué haces en este piso? Los muebles baratos de aglomerado no parecen precisamente un botín que merezca la pena", le dije.

"¡Mantén la boca cerrada! Yo haré las preguntas".

Apretó el cañón de la Uzi contra mi espalda. Tuve que ponerme las manos sobre la cabeza. Me llevó delante de él como un escudo.

"¡Salga si quiere evitar que su compañero se convierta en un colador!", gritó el hombre de la barba amordazadora. Eso iba dirigido a François. El hombre debió darse cuenta de que éramos dos.

No hubo respuesta.

Esto pareció confundir al ladrón.

"Su amigo no parece especialmente interesado en lo que le ocurra", explicó entonces en un tono cáustico. La puerta de la habitación contigua estaba abierta. Se produjo un tenso silencio.

El tipo se dio cuenta ahora de que algo iba mal. Pero no sabía el qué.

La puerta del pasillo estaba entreabierta.

Empezó a moverse. Al principio podría haber pensado que era la corriente de aire que soplaba del exterior.

Entonces una sombra cubrió la luz. Se abrió por completo.

Giré la cabeza y alcancé a ver al hombre del abrigo de cachemira. Una sonrisa cínica jugueteaba en su rostro anguloso. Llevaba una automática en la mano derecha.

"¿Por qué no acabaste con él?", preguntó.

"Quiero saber quién le envió... ¿Ha conocido a su compañero?"

"No."

El hombre de la barba amordazada apuntó con el cañón de la Uzi a la puerta de la habitación contigua. "Entonces aún debe estar allí".

Me tiraron bruscamente al suelo. Aterricé con fuerza en el desgastado suelo de parqué. Sentí dolorosamente una rodilla en mi espalda. Y entonces sentí algo frío y metálico presionando incómodamente mi nuca. El cañón del subfusil.

El hombre del abrigo de cachemira entró en la habitación contigua con una pistola en ristre.

"¡Aquí no hay nadie!", gritó.

Entonces todo sucedió muy deprisa.

Me encontraba en una posición desfavorable. Desfavorable sobre todo porque no podía ver gran cosa. Noté un movimiento por el rabillo del ojo.

Detrás del hombre que me clavaba su Uzi en el cuello, una sombra oscurecía la luz que entraba por la ventana.

"¡Suelte el arma!"

Era la voz de François.

La reconocí inmediatamente. Pasó una fracción de segundo y entonces la presión ejercida sobre mí por la rodilla y el subfusil se liberó. Giré sobre mí mismo, arrebaté la Uzi de la mano del tipo y le empujé para apartarle de mí.

Justo entonces, el hombre del abrigo de cachemira apareció en la puerta de la habitación contigua.

Disparó inmediatamente.

Pero François fue más rápido.

Un disparo certero de su pistola reglamentaria alcanzó al hombre en el hombro. Fue sacudido hacia atrás. El arma cayó de su mano. Su brazo se crispó mientras su abrigo se enrojecía. Su rostro se contorsionó de dolor.

Me levanté, caminé hacia él y cogí su pistola.

El hombre jadeó.

Se oía de fondo una sirena de policía.

"Nuestra gente ya está en camino", comentó François. "Ya les he informado por teléfono móvil".

Le miré un poco asombrada.

"¿De dónde vienes tan de repente, François?"

"A través del piso vecino. No era del todo seguro subir de un balcón al otro. Pero ¡qué no harías por un buen amigo!"

No tardó mucho en desatarse el infierno en el piso de Emile Barnier, alias Christophe Latisse. El hombre del abrigo de cachemira necesitaba atención médica y se lo llevó el equipo médico de urgencias. Bajo vigilancia policial, por supuesto.

Mientras se lo llevaban, bajé corriendo los tres pisos para recuperar mi pistola, que aún debía de estar tirada en el asfalto, en algún lugar detrás de la casa.

Unos minutos más tarde estaba de vuelta en el piso con mi P 226 en la funda.

El hombre de la barba atragantada estaba sentado desplomado en una de las sillas tapizadas. Ahora llevaba esposas. Le habíamos quitado el permiso de conducir a nombre de Martin Harles.

"¿Qué buscaba aquí, Sr. Harles?", le pregunté.

"No voy a decir nada al respecto", respondió.

"Pero debería... Supongo que no ha venido por iniciativa propia".

"¿Ah, no?"

"¿Quién le envía?"

"¡No te molestes!" Me miró. "Tengo derecho a un abogado".

"Claro".

"Haré uso de ello".

Me encogí de hombros. "Lo que tú digas".

François me llevó a un lado.

Mientras tanto, llegó un equipo forense. Cada pelo de la alfombra del piso tenía que ser revuelto individualmente. Sólo podíamos esperar que saliera algo de ello.

Un oficial de policía de Aubagne me preguntó adónde iban a llevar al prisionero.

"Le llevaremos a nuestra oficina en Marsella", dije. "¡Asegúrese de

que su cómplice herido esté bien vigilado!"

"¡No se preocupe por eso!"

Uno de los policías uniformados entró en ese momento. Llevaba un pequeño paquete en la mano.

"Aquí", dijo. "Estaba en el buzón de abajo".

"¿De dónde ha sacado la llave?", preguntó asombrado el otro policía.

"En absoluto. Tuvimos que abrirlo".

"Deme eso", dije y cogí el paquete.

Era un sobre acolchado dirigido a Emile Barnier. También llevaba una etiqueta informática con una tienda de muebles como remitente. Sin embargo, el paquete era bastante fino para tratarse de un catálogo.

Lo abrí.

Contenía media docena de discos sin etiquetar.

Miré a François.

"¡Será interesante descubrir lo que hay ahí!"

François asintió.

"Quizá eso es lo que buscaban aquí", dijo.

"¿Y si Latisse se envió los discos a sí mismo?", dije, dirigiendo a François una mirada interrogante.

"Entonces sería un escondite perfecto", se dio cuenta François.

"Con este etiquetado, la carta debe llevar un tiempo en el camino". Le tendí el sobre a François.

La dirección era tan arañosa que ningún sistema electrónico de clasificación podía leerla. Además, el código postal de Aubagne no podía descifrarse correctamente.

Y probablemente fue intencionado.

El hombre miró con desconfianza a los numerosos vehículos de emergencia, cuyas luces azules parpadeantes indicaban claramente a cualquiera que los observara que aquí había ocurrido algo.

El hombre tenía el pelo rizado y unas cejas muy oscuras que casi crecían juntas en el centro. Estaba esperando en su coche, un Ford de cuatro puertas. No dejaba de mirar su reloj. Luego comprobó el asiento del automático, que había escondido bajo su desgastada chaqueta de cuero, y se bajó. Algo debía de haber salido mal.

"¡Por favor, mueva su coche de ahí!", dijo alguien.

El hombre de pelo rizado se dio la vuelta y miró el amplio rostro de un policía uniformado.

"¿Disculpe?"

"¡Está obstruyendo nuestro trabajo! Por favor, aparque en otro sitio".

"¿Qué ha pasado aquí?"

"Un tiroteo. Pero podrá leerlo mañana en el periódico".

El policía se colocó frente a él para que no quedara ninguna duda de que ése era el final del camino para el hombre de pelo rizado. No se le permitiría ir más lejos.

Maldijo para sus adentros.

"¡Un momento! Me voy inmediatamente".

Volvió a su coche, se subió y sacó un teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta. Con movimientos frenéticos, marcó un número.

"¿Monsieur Gironde? ¡Habla Bleau! Ha ocurrido algo".

Omar Chengiz recibió al bogotano con una sonrisa amarga.

El sucesor del pequeño Valdez se llamaba Quinoga. Tenía los ojos azules y el pelo ralo. Chengiz le calculaba unos cuarenta años.

"Mis clientes están muy preocupados", explicó Quinoga sin más dilación. "Se suponía que un hombre llamado Valdez iba a venir a verles".

"Oh."

"Ha desaparecido sin dejar rastro".

"Oh, lo siento", contestó Chengiz. "¿Quiere beber algo?"

"Gracias, pero no quiero perder el tiempo".

"¿Por qué tan incómodo, Sr. Quinoga?"

"Las circunstancias".

Quinoga parecía helado.

Se dirigieron a una zona de asientos. El invitado de Bogotá tomó asiento.

Diego Almendar también estaba en la sala. Permaneció en un segundo plano y sirvió una copa a su jefe. Chengiz vació el vaso de un trago antes incluso de haberse sentado.

"¿Por casualidad no sabrá dónde ha ido Valdez?"

"Siempre viajaba mucho".

"No me diga".

"Yo sólo esperaría y vería".

"Tal vez tenga razón. Sea cual sea el caso. Queremos que la situación aquí se calme. Queremos que lleguen a un acuerdo con los jamaicanos".

Chengiz sonrió al oír esta petición. Casi las mismas palabras que había utilizado Valdez.

"¿Era ese el mensaje que Valdez debía entregar?"

"Sí, entre otras cosas".

"Bueno, han pasado muchas cosas".

"¿Ah, sí?"

"Un acuerdo con los jamaicanos sólo se cuestionará cuando se haya restablecido el orden. Puede que la noticia aún no le haya llegado, pero Montgomery Whaylor ha muerto. Alguien le negó la absolución en su último juicio. Entonces, ¿con quién debería llegar a un acuerdo?"

"Qué afortunada coincidencia para usted, ¿verdad?"

"Yo no lo llamaría así".

"Ellos son los que más se benefician de su muerte".

"¡Oh, no esté tan seguro! Pero sea como fuere, nadie puede devolverle la vida. La cuestión es si su organización sobrevivirá a esta crisis".

"Pero usted se ofrece como mano organizadora", remató Quinoga.

"Sus clientes tendrán que aceptarlo".

"¿Quieres que te lo diga?"

"¡Eso es!"

Quinoga se quedó pensativo. Luego asintió.

"Debería saberlo".

"Nadie en Bogotá puede impedirlo".

"Eso no, pero..."

Chengiz enarcó las cejas. "¿Pero qué?"

"Podría dar la impresión de que se ha aprovechado de la situación y ..."

"¿No lo hacemos todos, Sr. Quinoga?"

"... y quizá algún día se recuerde".

Chengiz rió roncamente.

"¿Es una amenaza?"

"Una observación".

"Entonces, por favor, dígales a sus clientes que, para bien o para mal, tendrán que aceptar cómo se han desarrollado las cosas aquí. Soy el número uno en este negocio y ninguno de sus clientes podrá permitirse ignorarme en el futuro, ni siquiera amenazar con hacerlo. ¿Nos entendemos?"

Quinoga se encogió de hombros.

"Eso estaba claro".

"Yo también lo creo".

"Hay otro problema".

"Oh, ¿y eso sería?"

"Sus ángeles de la muerte de gatillo fácil de Pointe-Rouge deberían ponerlos en la cadena lo antes posible".

"Es conmovedor que se preocupe por mí, Sr. Quinoga".

"¡Es un consejo!"

Chengiz conocía demasiado bien este tipo de consejos. Cuando llegaron de Bogotá, en realidad eran órdenes.

Decenas de vecinos de Aubagne fueron interrogados por la policía. Entre ellos se encontraba el administrador de la propiedad, Rainier F. Gironde, que declaró que el alquiler había sido concertado por un abogado.

Y detrás de él estaba nada menos que Omar Chengiz.

Por la tarde, teníamos algunos informes sobre la mesa. En el despacho del Sr. Marteau, lo repasamos todo. El arma que se había utilizado para matar a Genevieve Malvoise no era la misma que la que había matado al conductor del BMW en el túnel de St-Loup.

Las quemaduras encontradas en su cuerpo fueron causadas por una pistola eléctrica. El perito convocado por el Sr. Marteau creía haber identificado la marca. Se trataba de un arma comercial y, en este caso, de un instrumento de tortura.

Sólo en Marsella había docenas de tiendas que disponían de este tipo de aparatos. Averiguar si había alguna cara conocida entre los clientes que habían comprado recientemente un aparato de este tipo suponía días de trabajo minucioso.

Por supuesto, la pregunta más interesante era qué había almacenado en los discos que habían estado en el paquete. Los datos estaban encriptados, como nos explicó nuestro especialista Simon Martiner. Y nuestro personal de oficina aún tendría que descifrarlo durante un tiempo.

A continuación, Fred Lacroix informó detalladamente sobre las conversaciones que había mantenido en Jupiter Electronics.

"Latisse -conocido allí como Barnier- era valorado como un empleado altamente cualificado en el sector de la seguridad", explicó. "Sin embargo, casi nadie tenía contacto personal con él".

"¿Estaba en una posición que le permitía pasar datos de contrabando?", le pregunté.

"Su trabajo consistía en encontrar puntos débiles en los sistemas de seguridad", asintió Fred. "Quién sabe lo que hizo después de descubrir un agujero como ése".

El Sr. Marteau se encogió de hombros.

"No lo sabremos con seguridad hasta que conozcamos el contenido de los discos".

"Deberíamos hacer una copia de los originales y llevárselos a Electrónica Júpiter. Ellos deberían saber lo que es".

"¿Qué tipo de personas detuvo en Aubagne?", preguntó el Sr. Marteau.

"En estos momentos, Bajere se ocupa de uno de ellos. El otro está en el hospital de la prisión. Según sus papeles, se llaman Frank Barton y Martin Harles".

"¿Se sabe algo de ellos?"

"Son gente de Chengiz. Están empleados oficialmente en una de sus empresas. Pero a mí no me parecen hombres de negocios. Harles insistió en un abogado, un tal Monsieur Baron. También pertenece al establo de Chengiz. Es conocido por volver a liberar gorilas del hampa por docenas".

"Podría ser difícil para él esta vez".

"Supongo que también".

Nuestro especialista en interrogatorios, Derek Bajere, puso cara de fastidio cuando fui a verle.

"No se le puede sacar nada a este tipo", dijo. "Pero eso se debe principalmente al abogado, que no deja de interponerse. También tuve la impresión de que Harles estaba bajo mucha presión".

Alcé las cejas.

"¿Bajo presión? ¿Por qué?"

"No lo sé... Fue sólo una sensación. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas, Pierre. El gran jefe da un futuro dorado a la familia del arrestado, y éste permanece callado, no importa cuántos años más gane".

"¿Dónde está Harles ahora?"

"En su celda".

"Quiero hablar con él".

"Eso es sólo teatro".

Sonreí. "Puedo aceptarlo".

Bajere se encogió de hombros. "Usted debe saberlo".

Harles estaba encogido en una de las celdas de detención en las que podemos alojar temporalmente a los detenidos.

Levantó la vista mientras el agente uniformado cerraba la puerta enrejada tras de mí.

"¿Qué quieres?", preguntó. "No tiene sentido. No te molestes y además..."

"... sólo hable con nosotros en presencia de su abogado. Lo sé".

"Así es".

"Esto no es un interrogatorio", le dije.

"¿Entonces qué? ¿Alterar la paz del preso preventivo?" Se rió cínicamente.

"¿Por qué no me disparó en el piso de Aubagne?"

"¿Debería haberlo hecho?"

"Depende del punto de vista desde el que se mire".

"Usted lo ha dicho, monsieur... ¿Cómo se llamaba?"

"Marquanteur. Commissaire Pierre Marquanteur".

Mostró los dientes como un depredador.

"¿Esta es tu nueva estafa ahora, no? Primero le echa encima a este especialista en interrogatorios, le deja que le haga preguntas al estilo metralleta, y luego viene alguien en visita personal. Ahórrese las molestias, Sr. Marquanteur".

"¿Por qué no responde a mi pregunta?"

"Sólo intentas hacerme hablar".

"En este caso, eso sólo podría interpretarse a su favor".

Me miró. Sus cejas se juntaron en una línea serpenteante.

"Quería saber quién es usted, Sr. Marquanteur".

"No esperaba que fuéramos funcionarios, ¿verdad?"

"Mira, ahora deberíamos terminar nuestra conversación".

"¿Quién creías que iba a venir?"

"¡No te molestes!"

Le clavé la mirada. Miró a un lado, evitándome.

"Si no quiere hablar, escúcheme. Un hombre llamado Christophe Latisse ha sido asesinado a tiros. Y de una forma que en un principio podría sugerir que los ANGES TUEURS fueron los responsables de este acto. Pero en realidad, fue un asesinato llevado a cabo por razones completamente diferentes a una simple prueba de valor".

"¡No me interesa lo más mínimo lo que estás diciendo!"

"Pero debería".

"¿Ah, sí?"

"Usted y su amigo herido también están en la historia".

"¡No me digas!"

"El piso de Latisse fue registrado. De forma similar al piso de Aubagne, por cierto. Quién sabe, puede que aún encuentren allí una pequeña fibra de tu jersey. Quizá alguien del vecindario haya visto tu cara".

"¿Qué estás haciendo?"

"Si está absolutamente segura de que no puede ser así, puede seguir guardando silencio y escuchar al abogado que Omar Chengiz le proporcione".

"De dónde..."

No le dejé decir ni una palabra.

"Pero no esté demasiado seguro de que ese abogado representa realmente sus intereses. El que paga manda -¿no ha oído el dicho? Puedes abrir la boca ahora, entonces serás un testigo clave. O puedes esperar hasta que te enfrentes a cargos de asesinato y nadie te creerá".

"¿Asesinato?", se hizo eco.

"¿No es lógico suponer que usted o su cómplice mataron a Latisse?"

"¿Por qué deberíamos haberlo hecho?"

"Sí, ¿por qué?", dije, estirándome.

Sus ojos parpadearon inquietos. Vi cómo apretaba las manos. Se mordió los labios. Estaba trabajando en su interior.

Eso está bien, pensé. Debería reflexionar sobre ello. Quizá con el tiempo se daría cuenta de lo que realmente le beneficiaba y de que probablemente sólo era un engranaje muy pequeño en este juego. Un pequeño engranaje en la gran rueda que mantenían en movimiento personas como Omar Chengiz.

"Debería conseguir algunos discos, ¿no? Discos cuyo contenido debe valer mucho". No contestó. Se frotó las palmas de las manos con nerviosismo. "Electrónica Júpiter fabrica sistemas de control para cohetes y otros misiles. Muchas grandes empresas de defensa desarrollan aquí sus sistemas y luego los incorporan a sus productos. ¿Quién cree que está interesado en esto? Sin duda hay gente que pagaría un alto precio por ello. Latisse -o Barnier, como se hacía llamar- probablemente robó datos. Tuvo la oportunidad de hacerlo. Me pregunto qué papel desempeñó Chengiz en esto. ¿Se encargó él de que los interesados se interesaran por la mercancía caliente? ¿O la quería él mismo para venderla al mejor postor? Un comercio que a la larga podría haber llegado a ser incluso más atractivo que el mercado de la droga en Marsella".

"¡Siga hablando, marquanteur!"

"Su jefe sacará la cabeza de la soga. Igual que el abogado Gironde, que está implicado de alguna manera. Pero usted se quedará colgado".

Su cabeza se sacudió ante la mención de este nombre.

"Yo no maté a Latisse", dijo.

"Tal vez".

Me miró.

"¡Pero le habría matado en el piso de Aubagne, Sr. Marquanteur! En cuanto hubiera sabido quién era usted y quién le había enviado".

"¡Me había identificado en voz alta como policía!"

Sonrió.

"Ya lo he hecho también".

"Ya veo".

"Como he dicho, os habría matado a ti y a tu compañero".

"Será mejor que no le diga eso al juez", le contesté con una fina sonrisa. "¡Eso no va bien en el tribunal!"

Respiró hondo.

"¡Váyase ahora, Sr. Marquanteur!"

"¡Se te acaba el tiempo, Harles! Mañana interrogaré a su cómplice. Quizá esté más hablador y no necesite tu declaración. El robo y la agresión a un funcionario federal ya están en la lista que se le presentará. Pero el asesinato de Latisse se añadirá a ella. Y luego está una tal Genevieve Malvoise, que fue brutalmente torturada y luego asesinada. Presumiblemente porque alguien quería saber dónde estaban esos discos".

Harles palideció. "I..."

"¿Le gustaría decir algo al respecto, Sr. Harles?"

Sacudió la cabeza.

Me di la vuelta para marcharme. Llamé al uniformado para que me dejara salir de la celda.

El oficial aún no había abierto la puerta cuando Harles gritó: "¡Espere, marquanteur!".

Me di la vuelta.

"¿Qué más hay?", pregunté.

Harris se levantó y dio un paso hacia mí.

"Me gustaría hacer una declaración".

Quince minutos después estábamos en la sala de interrogatorios. Un aparato de grabación estaba en marcha. Harles estaba sentado frente a mí.

Derek Bajere y François Leroc también se encontraban en la sala.

Cada uno de nosotros tenía delante un vaso de papel con café de máquina expendedora.

"Empieza", le dije. "¿De parte de quién se suponía que ibas a conseguir los discos?"

"En nombre de Omar Chengiz. Pero yo no maté a Latisse, ni torturé y maté a la joven".

"¿Tiene una pistola eléctrica?"

"No."

"¿Quién cree que cometió los dos asesinatos?"

"Latisse" fue asesinado por Diego Almendar. Es la mano derecha del Sr. Chengiz. Sólo deja que Almendar haga trabajos especiales como éste".

"Entonces es una suposición por su parte".

"¡Puedes creerlo o no!"

"¡Lo que me está diciendo es poco, Sr. Harles!"

Levantó los brazos con entusiasmo.

"Conseguí las fotos con las que Diego se entrenó para conseguir esta extraña letra de ANGES TUEURS. No fue tan fácil, pero al final lo hizo de forma bastante convincente. Para tener que hacerlo tan rápido".

"Hay que culpar del asesinato a los ANGES TUEURS", dije.

"Claro. Latisse era un antiguo agente de los servicios secretos. Cuando alguien así muere, suelen saltar todas las alarmas. Almendar tuvo que asegurarse de que el asesinato se disimulara de la forma más perfecta posible".

"¿Y la mujer?"

"La mató un hombre llamado Bleau".

"¿Quién es?"

"No tengo ni idea. No forma parte de nuestra organización. Ni siquiera sé su nombre de pila".

"¿Cómo sabe que torturó a la mujer?"

"Sólo lo sé, Sr. Marquanteur. Es suficiente, ¿no?"

"¿Estuviste allí?"

Vaciló, me miró y luego se reclinó en su silla.

"No quiero responder a esa pregunta".

"¿Por qué no?"

"Porque entonces me estaría incriminando a mí mismo". Se inclinó hacia delante y dijo un poco más bajo: "Como ya ha insinuado, todo se trataba de espionaje industrial en Jupiter Electronics. No me pida detalles. No los conozco. Pero hay gente que pagará mucho dinero por unos pocos discos. Servicios secretos, gobiernos, no lo sé. Se necesitan sistemas de guía electrónica para que los misiles den en el blanco con una precisión milimétrica. Puede imaginarse que estarían detrás de algo así... El negocio de la tecnología robada es casi tan rentable como el tráfico de drogas. Supongo que la idea de entrar en este comercio vino de Gironde".

"¿Rainier F. Gironde?", pregunté para asegurarme. "¿El abogado de Chengiz?"

"Exactamente. Gironde tenía los contactos internacionales adecuados y además era socialmente presentable. Al fin y al cabo, Chengiz siempre tuvo cierto olor a mafia, aunque nunca se pudiera demostrar que hubiera cometido un delito concreto. Ambos contrataron entonces a Latisse. Con su experiencia en el servicio de contrainteligencia militar de la Marina, era la persona idónea para colarse en Jupiter Electronics. Había pasado años luchando contra los espías y ahora sabía cómo hacerlo para no ser descubierto por el otro bando. También le resultó bastante fácil establecer una doble identidad a través de sus antiguos contactos en el servicio secreto. Sus documentos falsos eran auténticos".

"Pero ahora conoce muchos detalles", se dio cuenta François.

Harles giró la cabeza.

"Sobre Latisse, sí. Acabé explorándolo para Chengiz. A su agencia de seguridad no le iba muy bien. Al menos no de un modo que hubiera permitido a Latisse mantener su estilo de vida. Estaba endeudado, y eso le convirtió en un candidato adecuado".

"¿Qué salió mal?", pregunté. "El trato podría haber durado toda la eternidad, ¿no? Entonces, ¿por qué tuvo que morir Christophe Latisse?".

"Se volvió demasiado impertinente".

"¿Pidió demasiado dinero?"

Harles asintió.

"Simplemente retuvo una entrega y exigió una suma que estaba más allá de cualquier sentido de la realidad. También amenazó a Chengiz con utilizar sus conexiones con los servicios secretos y entregarlo al cuchillo".

"Y entonces Latisse debería ir a Gironda a negociar con él, ¿no?"

"Probablemente, Monsieur Marquanteur".

"Pero nunca llegó allí ..."

"... ¡porque Diego Almendar le disparó primero!"

"¿Y usted no estaba allí?"

"Barton y yo nos encargamos de buscar la entrega: los discos. Pensábamos que los tenía Genevieve Malvoise. Habría sido lo lógico. Pero, por desgracia, ella había desaparecido de la faz de la tierra".

"Así que no tuvo éxito".

"Al principio no. Pusimos patas arriba el piso de Latisse y encontramos las llaves de dos cajas de seguridad. No fue tan fácil averiguar dónde estaban los armarios a los que pertenecían las llaves. Por desgracia, no contenían lo que esperábamos".

"Y entonces encontró a Genevieve Malvoise después de todo".

Su rostro adoptó un aspecto sombrío.

"Sí", murmuró Harles, "y entonces Bleau les interrogó". Suspiró. "Los clientes se estaban impacientando. Pensaban que Chengiz o Gironde podrían estar intentando engañarles. Por eso ya no confiaban en nosotros. Así que uno de los suyos nos acompañó".

"¿Y ese era Bleau?"

"Sí". Asintió con la cabeza, como afirmándolo.

"¿Tiene idea de para quién trabajaba?"

"No. Tendría que preguntarle a Omar Chengiz, aunque no estoy seguro de que él lo supiera".

"¿Y Gironda?"

"No lo sé".

"Genevieve Malvoise no murió por las descargas eléctricas, sino de un balazo", afirmé.

"Bleau" le disparó. Estaba completamente fuera de sí. Ya no había nada que sacarle. Sólo decía tonterías y se inventaba cosas. Quizá realmente no sabía dónde estaban los discos. En cualquier caso, Bleau acabó impacientándose".

Entramos directamente en las fauces del infierno. El fuego de la PM centelleaba tras los pilares de hormigón. Heridos y muertos yacían esparcidos ensangrentados por el suelo de hormigón. Un humo acre y oscuro salía del capó de un Maserati rojo.

Frené el Renault.

Los demás vehículos de emergencia nos siguieron rápidamente.

Los compañeros saltaban de los coches por todas partes y se ponían a cubierto. Muchos de ellos también iban equipados con MP o pistolas de bombeo. Por un megáfono, se ordenó a los combatientes que se rindieran; tanto a los ANGES TUEURS como a la gente de Chengiz, que se había atrincherado detrás de sus coches. Estos últimos bajaron inmediatamente sus armas porque estábamos a sus espaldas. Sabían que habían sido superados.

La lluvia de balas se calmó.

Mientras tanto, llegaba el apoyo de los colegas. Se veían luces azules y uniformes por todas partes. Esperaba que pronto llegaran algunas ambulancias. Porque habría suficiente trabajo para ellas.

Me puse detrás de nuestro Renault, bastante demolido.

Los ocupantes de la oscura berlina habían salido del vehículo con las manos en alto. Uno de ellos era probablemente el chófer. Nada menos que Diego Almendar se había sentado en el asiento trasero y nos había disparado.

Salí de detrás del Renault. Llevaba la P 226 en la mano derecha. François y Fred me siguieron. Fred esposó a Diego Almendar, que gruñó alguna maldición ininteligible en voz baja. Miré a mi alrededor.

Y entonces, a cierta distancia, reconocí el cuerpo sin vida de Omar Chengiz. Estaba tendido en el suelo de cemento con las piernas torcidas.

A la mañana siguiente, nuestros especialistas en interrogatorios estaban muy ocupados. La imagen completa de la verdad iría surgiendo poco a poco de las distintas declaraciones. Tim Valmonde, el último líder de los ANGES TUEURS, gravemente herido y superviviente, había intentado persuadir a los suyos para que se callaran desde la camilla la noche anterior. Pero era poco probable que lo consiguiera. Empezarían a incriminarse unos a otros para buscar su propia ventaja. Y una perspectiva de la vida después de los ANGES. Habían asesinado y aterrorizado a todo un barrio. Y el tráfico de estupefacientes que organizaban hizo que muchos de sus compañeros acabaran en la cuneta como yonquis.

Pero los ANGES también eran víctimas. Marionetas en manos de un hombre llamado Omar Chengiz, que sin escrúpulos sólo había buscado su propio beneficio, sin ninguna consideración por la vida humana. Al final, se había enredado en la misma red que él mismo había tendido.

"No hay que hacerse ilusiones", dijo François mientras viajábamos esa mañana. "Los ANGES TUEURS ya no existen, pero otras bandas serán sus sucesoras. Quizá no tan poderosas ni tan bien equipadas. Pero el problema seguirá siendo el mismo".

"Me temo que tiene razón", tuve que admitir.

Y pronto se encontrarían sucesores para el gran jefe Omar Chengiz dispuestos a entrar en escena.

Nuestro destino esta mañana era el bufete de abogados de Rainier F. Gironde.

Su secretaria intentó deshacerse de nosotros de nuevo, pero simplemente pasamos de largo y entramos en el despacho de Gironde. Gironde estaba al teléfono. Terminó la llamada bruscamente y nos miró con enfado.

"¿Qué quieres aquí? ¿Cómo se atreve a entrar así?"

"No se excite tanto y guarde su sitio", le dije.

Gironde hizo una mueca.

"¿Todavía quiere asociarme con la muerte de ese conductor de

BMW? Estás haciendo el ridículo".

Me incliné un poco hacia delante.

"Estamos aquí porque necesitamos su ayuda, Sr. Gironde".

"¡Oh, algo completamente nuevo!"

"Sin embargo, también tenemos una orden de arresto en nuestro bolsillo. Pero usted sabe mejor que nadie lo complacientes que pueden ser los fiscales cuando es necesario".

Los ojos de Gironde se entrecerraron. Se quedó helado.

Pude ver que estaba pensando mucho sobre lo mucho que sabíamos.

"Quizá por fin vaya al grano, Sr. Marquanteur", dijo.

"Con mucho gusto. Vuestro amigo y patrón Omar Chengiz ha muerto. Quizá ya se haya enterado... Así que ya no puede hacerle daño, y su gente habla como cascadas. Sólo le digo esto para que sepa cuál es su propia situación. El silencio no siempre es oro".

"No me diga, señor Marquanteur", replicó Gironde en tono cáustico. Su sonrisa era más bien agria.

Continué: "Usted era el intermediario de Chengiz en tratos relacionados con tecnología robada. Se trata de sistemas de control electrónico como los que fabrica Jupiter Electronics. Latisse era tu hombre allí. Y Chengiz, como siempre, mantenía un perfil bajo. Por desgracia, Latisse ha causado recientemente algunos problemas. Amenazó con poner a Chengiz - ¡y por lo tanto a usted también! - si no conseguía más dinero por sus servicios de espionaje en Júpiter Electronics. Por eso tuvo que morir. Usted debía negociar con él. Pero su asesino conocía la fecha que Latisse había acordado con usted. Difícilmente la habría pasado él mismo. Así que el asesino de Latisse debió obtenerla de usted".

"¡No hagas el ridículo!"

"Todo encaja. Latisse fue asesinado por orden de Chengiz. Enviaron a algunos de los suyos a buscar la última entrega pendiente. Eran unos disquetes".

Gironde tragó saliva. Hizo un gran esfuerzo por mantener sus

facciones bajo control.

"Adelante", murmuró entonces.

"Sus socios comerciales desconfiaron de usted y enviaron a un hombre llamado Bleau para apoyar a la gente de Chengiz. Tenemos una descripción de él. Y nuestro ordenador reconoce este rostro. Jonas Bleau parece ser el alias de un libanés llamado Abdul Jamal, sospechoso de trabajar para la inteligencia iraquí."

Vi el asombro en la cara de Gironde.

"Probablemente nunca se ha interesado más por sus clientes", se dio cuenta François.

Y añadí: "¡El negocio pasó por usted! Y Bleau era el intermediario de su cliente. Así que debe saber cómo contactar con él".

"¿Persiguen a este hombre?", preguntó Gironde sorprendido.

Asentí con la cabeza.

"Es un asesino. Probablemente torturó a Genevieve Malvoise y luego la mató para averiguar dónde están los discos. ¿No le interesa eso también, Sr. Gironde?"

"¡Estoy segura de que me lo dirás!"

"Los tenemos. Latisse tenía un escondite perfecto. Se envió el material a sí mismo y se aseguró de que la carta viajara lo suficiente. El contenido de los discos ya ha sido analizado en gran parte con la ayuda de algunos especialistas de Electrónica Júpiter. Y resultó que Latisse había intentado protegerse incluyendo en los discos datos precisos sobre cómo se llevaban a cabo sus negocios de espionaje. Genevieve Malvoise podría haber utilizado esto contra usted y Chengiz. Pero los matones de Bleau y Chengiz fueron más rápidos. Latisse lo proporcionó todo, todos los implicados, sus tareas e incluso los canales a través de los cuales se efectuaron los pagos".

La Gironda se había derrumbado prácticamente.

François dijo: "Al final, se trata de saber cuánta culpa de la preparación de los dos asesinatos en particular se le atribuye a usted y cuánta al muerto Chengiz".

Gironde era un hombre inteligente. Y, sobre todo, conocía nuestro

sistema jurídico. Podía imaginar lo que le esperaba.

Entonces preguntó: "¿Qué debo hacer?".

Era un oportunista que se apresuraba a arrojar su abrigo al viento. Pero ésta era nuestra oportunidad.

"Concierte una cita con Bleau", le expliqué. "¡Dígale que los discos están en sus manos! ¿Puede localizarle?"

"En cualquier momento. Por teléfono móvil".

"Entonces llámelo ahora".

Gironde dudó. Luego cogió el teléfono.

El punto de encuentro fue en el estanque del Parque de Ville, en el extremo sur.

Era el lugar perfecto para una reunión anónima, ya que allí se encontraba la isla de fitness, visitada por mucha gente durante el día.

Gironde había acordado reunirse con Bleau delante de la estatua, situada junto a la isla de fitness.

Teníamos a nuestra gente apostada por todas partes en el barrio.

Nos mezclamos discretamente entre la gente y vigilamos a Gironde.

Era nuestro cebo y estaba visiblemente incómodo en su papel.

Fred Lacroix se había sentado en un banco con la última edición del Journal de Marseille y fingía estar realmente interesado en la página de negocios. Ndonga y Caron actuaban como si estuvieran enfrascados en una animada conversación. El buen vestuario de Ndonga hacía fácil suponer que era un corredor de bolsa que se tomaba un descanso de media hora en el parque tras un buen negocio millonario.

Apareció un hombre con rizos oscuros. Destacaba porque no paraba de darse la vuelta. Como si buscara señales sospechosas.

Sin duda era Bleau.

Su aspecto era muy parecido al de las fotos que tenemos de él en nuestros archivos informáticos.

Ahora todo pendía de un hilo. Si empezaba a sospechar, la operación podía convertirse en un desastre. En estos momentos no había tantos transeúntes en la zona como de costumbre, pero aún eran suficientes para que Bleau tomara un rehén si se diera el caso.

Había demostrado lo poco escrupuloso que era con Genevieve Malvoise.

Bleau se acercó entonces a Gironde con pasos rápidos y decididos.

Fue entonces cuando atacamos.

"¡Alto ahí! ¡FoPoCri!", grité con la pistola preparada.

En el mismo momento, las armas de los otros oficiales apuntaron también a Bleau.

El hombre de pelo rizado se dio la vuelta. Sacó una pistola de su chaqueta y giró en redondo.

Los pocos transeúntes que se habían acercado hasta aquí en este frío día se alejaron apresuradamente.

Todo pendió de un hilo durante unos segundos. Un músculo se crispó inquieto en el rostro de Bleau. Sus ojos parpadearon. Cada tendón de su cuerpo parecía estar tenso en ese momento.

"¡Es inútil!" gritó François. "¡Suelte el arma!"

Bleau seguía dudando.

Sacudió la cabeza hacia un lado. Lanzó una mirada furiosa a Gironde.

Luego bajó el arma. Cayó al suelo.

Unos segundos después, las esposas chasquearon a su espalda.

Oí a Ndonga recitar la consabida frase: "Es usted sospechoso de asesinato y de actuar como agente de inteligencia para una potencia extranjera. Por lo tanto, le detengo. Tiene derecho a permanecer en silencio. Si renuncia a este derecho..."

No se abstuvo. En su lugar, interrumpió a Ndonga.

"¡Insisto en que se me trate de acuerdo con la Convención de La Haya sobre Guerra Terrestre!"

Intercambiamos algunas miradas de asombro.

"Llléveselo", le dije entonces.

Cuando Bleau fue conducido ante Gironde, escupió airadamente delante del abogado.

"¡Hijo de puta!", siseó el hombre de pelo rizado.

Gironde dio involuntariamente un paso atrás. También a él se lo llevaron.

François y yo caminamos detrás de los demás.

Y mientras el sol salía un poco y brillaba fríamente sobre el cuidado césped, François me preguntó: "¿Qué pasa, Pierre? Podemos ser felices".

"¿En serio?"

"Hemos hecho nuestro trabajo. Todo lo que viene después es un tira y afloja legal. Y tenemos poca influencia en ello".

Asentí ligeramente con la cabeza. Vi cómo nuestra gente llevaba a Bleau, alias Abdul Jamal, a uno de nuestros coches.

Nos dirigió una breve y sombría mirada.

"Me pregunto qué convención se aplica realmente a Genevieve Malvoise", murmuré a François.

Se encogió de hombros.

"¡Probablemente uno que aún no se ha escrito, Pierre!"

FIN


El Corresponsal

Table of Contents